

Históricas Digital

“Séptima parte”

p. 467-590

Nicolás Pizarro

Obras II. El monedero

Carlos Illades y Adriana Sandoval
(edición, recopilación y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Coordinación de Humanidades
Instituto de Investigaciones Filológicas

2005

616 p.

Texto

(Nueva Biblioteca Mexicana 154)

ISBN (pasta dura) 970-32-3204-3

ISBN (rústica) 970-32-3205-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SÉPTIMA PARTE





1. UN PROCESO

Ocupados en referir a nuestros lectores los diversos incidentes que tuvieron lugar por el plagio cometido en la persona del maquinista, no habíamos tenido oportunidad de volver a hablar del viaje de la familia de don Fausto a Toluca y México.

Recordamos solamente haber insinuado que por orden que Walker supuso emanada de Fernando, la familia se puso inmediatamente en camino. Desgraciadamente ninguno de ella lo conocía; se extraviaron a la salida de Tenancingo, en el espeso monte llamado de Pozo, y les fue necesario emplear casi toda la noche para hallarse en la madrugada a una legua de la capital del Estado de México, en cuyas cercanías comenzaron a sentir ese aire purísimo, frío y cortante que corre siempre en aquel valle.

Rosita y Clara sufrían un gran dolor en todo su cuerpo, particularmente la primera, que había perdido sus zapatos desde el principio de la caminata, y que tenía entumecidas todas las extremidades de su cuerpo.

La perspectiva que se ofrecía a los ojos de los viajeros, aunque su situación no les permitía fijar en ella su atención, era verdaderamente encantadora. A la derecha del camino una larga cadena de montañas, como barreras de gigantes puestas para dividir los valles de México y Toluca, mostraban sus cimas iluminadas por los primeros rayos del sol, a la izquierda el volcán que lleva el nombre de la última ciudad ostentaba su plateada nieve, sus arenas rojizas, que matan toda vegetación cerca de la laguna que tiene por cráter, y sus bosques de pinos, desde el punto en que acaban los arenales hasta los ricos sembrados del valle. Pronto distinguieron los caminantes, para consolarse de su cansancio, la ciudad como recostada en los despoblados cerros de Huichila y el Toloche, que la defienden por el norte y su alegría fue mayor cuando comenzaron a percibir desde una gran distancia las sonoras campanillas de La Merced, El Carmen y San Francisco, cuyo timbre parece que



se hace más agudo con el frío, cuando llaman misas que se dicen en dichos conventos.

Luego que pasaron los viajeros por la garita del beaterio, que se halla casi al pie de un enorme promontorio de peñascos, a que se ha dado con mucha propiedad el nombre de Calvario, porque ninguno de los que existen entre nosotros puede presentar mayor semejanza en aridez y aspecto salvaje con las peladas rocas del Gólgota, empezaron encontrar personas muy cubiertas para resguardarse del frío, que iban a misa o a sus quehaceres, notando Clara a pesar de su cansancio, en las mujeres que salían a las puertas o a sus ventanas a ver a los viajeros, una admirable tez blanca y sonrosada, observación que le comunicó a Rosa y que ésta no pudo apreciar por hallarse atacada ya de una muy fuerte calentura. La casa en que entonces paraban las diligencias se hallaba poco distante en una callejuela sin nombre, y fueron a descansar allí los fugitivos.

Walker salió inmediatamente, Rosita se acostó y Roldán comenzó a analizar con su esposa, recargados en un barandalito del balcón del cuarto que caía a la callejuela, los extraños sucesos de la noche interior.

—Es necesario, decía Clara, con ese tono de superioridad que toman las mujeres vivas sobre los tontos, ponernos en juicio; ¿a qué vienen esos continuos gastos que estás haciendo desde el día de nuestro matrimonio? Yo convengo en que un marido que estima a su esposa haga alguna demostración de su contento; pero tú has pasado, según creo, los límites de tu posibilidad... Ese viaje a Tenancingo ha sido verdaderamente una ostentación cara, bajo muchos aspectos.

—Cuando te lo propuse fue muy de tu gusto, dijo Roldán, muy satisfecho de tener una buena respuesta que darle a su esposa. Ésta, sin ocuparse de ella, añadió:

—Plegue a Dios que en esto pare...

—¿Pues en qué ha de parar?, interrumpió Roldán, celebrando en su interior la fortuna de hallarse a una regular distancia de los ministros de la justicia.

—¿En qué ha de parar? Yo no soy adivina; pero no teníamos necesidad alguna de que nuestra casa fuesen a buscar monederos falsos...

—¡Clarita!, exclamó el marido poniendo un semblante severo, pues deseaba a toda costa que no se tocara el asunto de la moneda falsa; parece que algo vas a decir contra del señor don Fernando...

—Líbreme Dios de ello; pero ¿por qué se ha desaparecido?

—¡Oh! esto es muy sencillo... porque...



—¿Por qué? dime.

—En primer lugar... porque es muy dueño de su voluntad.

—¡Bonita respuesta!

—En segundo lugar... ¡ah! ya caigo, por los surianos.

—Y bien, debió venirse con nosotros.

—Eso de que debió no lo paso, porque tiene muchos negocios en México, y sin duda se fue directamente a la capital; así me lo ha dicho Walker en el camino, que ya sabes que es su grande amigo. Clara hizo una señal como de duda: ¿No lo crees?

—No: ¿dime por qué dejó su caballo ese señor, si tanto le interesa llegar pronto a México?

—Es la misma pregunta que le hice a Walker, y me respondió que pensando en la necesidad que tendríamos de venir pronto, dejaba su caballo para Rosita, y que así le había encargado se lo dijese a ésta.

—A propósito de ese americano, voy a indicarte un deseo que tengo.

—¿Un deseo?, preguntó el marido mostrando desagrado.

—Sí, me ha ocurrido un capricho; ya sabrás que todas las mujeres tenemos caprichos.

—¿Cuál es el que tienes ahora?

—Deseo que ese hombre no esté con nosotros, que se vaya por su camino y nosotros por el nuestro.

—¿Habrá sido tan osado, dijo Roldán apretando los puños, impulsados de su genio celoso, que te haya faltado?

—No, hombre, es un capricho de mujer y nada más.

—No lo creo, porque tú no has tenido caprichos hasta ahora.

—Pues te prevengo que suelo tener muchos.

—No es verdad: tú algo me ocultas; no tienes confianza en tu marido.

Clara no sabía en las que se había metido despertando los celos de su esposo, así es que por las repetidas instancias que éste le hacía en todos los tonos para que le dijese si le había faltado, iba ya a decirle la verdad, cuando entró Walker preguntando con mucho empeño y con mal pronunciadas frases, por el estado de Rosita. Ésta había dormido y en aquel momento se sentía muy aliviada; llamaron después a los pasajeros para la comida pero, tanto por el estado de Rosita, como por el empeño que tenía Roldán de lograr una seria explicación con el yanqui, encargaron que se les sirviese en su cuarto.

Apenas empezaba la comida cuando tocaron en la puerta de la pieza que ocupaban los viajeros de que hablamos unos americanos que preguntaron por Walker, quien se fue inmediatamente con ellos y no

volvió hasta en la noche, a tiempo que ya había en la casa de diligencias un nuevo huésped, don Justo Amable, que había ido inmediatamente a saludar a Roldán y a su familia, retirándose a pocos momentos porque había llegado rendido.

Don Fausto volvió a la carga con objeto de averiguar de Clara lo que con razón suponía que le ocultaba respecto de Walker, y tuvo ella, para evitar otra interpretación, que referirle de qué modo había concurrido el americano al asalto de la casa del señor Dávila, lo cual se comprobaba con la circunstancia de que todavía el día de su casamiento llevaba aquel un anillo de Rosita, que desde entonces había ocultado.

Roldán luego que dejaba de ser suspicaz tenía una pequeña dosis de prudencia que aprovechaba toda entera, y no juzgó entonces conveniente romper con el yanqui, a quien forzosamente habían de dar auxilio sus compatriotas que estaban posesionados de Toluca hacía algunos meses, y solamente se resolvió a vigilarlo temiendo de él toda clase de males.

Desgraciadamente Rosita había vuelto, al caer de la tarde, a la calentura de la mañana, lo que hizo indispensable diferir el viaje que ya estaba fijado para el siguiente día.

Roldán, que todo se volvía ojos, desde que sabía quién era el yanqui, al volver éste entrada ya la noche, vio que pasó al cuarto de don Justo, y que allí habían tenido ambos una larga conversación de que al apenas pudo percibir, acercándose, frases cortadas, que le llenaron de inquietud por no comprender todo su sentido. Lo que mayor asombro le causó fue que el americano, que nunca podía seguir una conversación en castellano, lo hablaba fácilmente, aunque con muchos disparates, al disputar con Amable sobre un punto que Roldán no pudo siquiera sospechar.

Walker, que había tomado un cuarto aparte para dormir, vino a dar las buenas noches y a preguntar por la enferma, con objeto de inquirir si el viaje para México debía ser al día siguiente. En la tarde se había llamado un médico con objeto de preguntarle si Rosita podría caminar sin grave riesgo, y había manifestado que sólo tenía una ligera indisposición que podría desaparecer en poco tiempo, pero que si se la hacía caminar se exponía a muy fatales consecuencias. Supuesto este dictamen sólo se pensó ya en curar a la enferma y esperar su restablecimiento.

Esto no obstante, Roldán quiso observar lo que haría el yanqui, comunicándole que al día siguiente sería forzosamente el viaje, por cuya

noticia le pareció muy contrariado. Se retiró este último a breve rato procurando persuadir antes a Roldán de que no era conveniente la marcha, entró al cuarto de Amable, y en seguida salió a la calle, no volviendo al hotel hasta la hora avanzada en que Roldán estuvo en observación.

El cansancio y la desvelada hicieron que éste no abriese su cuarto en la mañana siguiente sino hasta que fueron a despertarle dando sendos golpes en la puerta. Se levantó despavorido y encontró una patrulla de americanos, que no queriendo esperar se hacían abrir, los que gastaron pocas palabras que los del cuarto no entendieron, y a pesar de los gritos de Clara, del llanto de Rosita y del espanto de Roldán, pusieron a éste entre filas y lo hicieron marchar.

En ese día se comenzó a hablar en la ciudad de la prisión verificada en la noche anterior de un viejo septuagenario, acusado de proteger la desertión de los americanos, en cuya casa se habían encontrado dos soldados que lo habían denunciado. El viejo deseando libertarse había huido por las azoteas y había caído fracturándose una pierna, en cuyo estado lo habían conducido al cuartel de “Los Texanos” que se hallaba en el convento de San Francisco, en unión de dos frailes mercedarios a quienes se creía complicados,¹ así como a don Fausto Roldán, que en la mañana que se verificó su aprehensión iba, según se decía, a fugarse por la diligencia. Se añadía que el general Cadwalader estaba resuelto a hacer un terrible ejemplar, y que el proceso iba a instruirse con gran celeridad.

Efectivamente, desde aquel día se abrió la información de testigos en que figuraron principalmente D. Dowis y M. Sexmith, en quienes se observó un singular prurito de hablar, pues cada uno de ellos empleaba dos o tres horas en referir muchos detalles de la acusación, sin otra interrupción que la de escupir a menudo las varias veces en que fueron interrogados. Los jurados, que eran todos oficiales americanos, escuchaban pacientemente en sesiones que duraban días enteros, y hacían que el secretario escribiese con minuciosidad cuanto declaraban los testigos favorables o adversos, en presencia de los acusados, a quienes para nada se les interrogó, aunque se les hizo saber por medio del intérprete, que podían hacer ellos mismos o sus defensores, que estuvieron también presentes desde el principio del proceso, las preguntas que juzgasen a propósito.

¹ Este hecho en lo sustancial es histórico. [Nota del autor.]

Roldán y los demás acusados se hallaban verdaderamente aterrados y no hay duda en que si les hubiesen tomado lo que entre nosotros se llama declaración preparatoria, se habría conocido que estaban a punto de volverse locos.

El peligro en que se hallaban era realmente grande. Diariamente hacían los americanos horribles ejecuciones azotando cruelmente y a veces hasta la muerte a varios mexicanos acusados verdadera o falsamente de robos rateros, o de infringir la prohibición que habían hecho de no vender aguardiente a las tropas. Volvían los ejecutados a los cuarteles a lamentar sus heridas y su ignominia, dando gritos tan horribles que no podían oírse sin espanto, especialmente por los prisioneros que se hallaban acusados de lo que para los americanos debía parecer infinitamente mayor delito, que era seducir a los irlandeses para que fuesen a unirse con nuestro ejército.

El hecho estaba bien probado, si se atenía el jurado a las declaraciones sustancialmente contestes² de Dowis y Sexmith, y de ella resultaba la terminante complicación de Roldán y de uno de los padres, quienes daban, según decían, el dinero para proporcionar a los desertores vestido, caballos y guía.

No privaremos a los que quieran recordar los horribles sufrimientos con que nos obsequiaron nuestros vecinos del norte, de los retratos hechos a grandes pinceladas de aquellos implacables acusadores que según hemos indicado hablaban dos y tres horas continuamente, aunque no tienen otro mérito que el haberse tomado los apuntes en el mismo lugar en que se verificaba el juicio. Dowis era alto y delgado, de figura repugnante y patibularia; algunos lunares gruesos afeaban más su pálido y descompuesto rostro: la pupila de sus ojos de un color indeciso, algo verdoso, sus miradas graves pero desconfiadas; su bigote casi negro, no muy espeso, así como el pelo de su cabeza, venían a inducir duda al que lo creyera de raza pura. Sexmith era muy joven y de pequeña estatura, hablaba un poco menos y siempre después de Dowis; sus facciones eran regulares, su cabello rojo subido; se le creía capaz de alguna simpatía antes de observar su mirada fría y como burlesca, y que sus ojos eran de un azul tan opaco, tan deslavado que parecían de muerto. Estos individuos vestidos de un paño grosero, azul oscuro, de pie y con cachucha en mano ante el jurado, escupiendo

² Dícese del testigo que declara lo mismo que ha declarado otro, sin discrepar en nada (DRAE).

repetidas veces, eran los que sostenían la culpabilidad de los acusados, refiriendo que en la casa del anciano, que era comerciante, los habían vestido de paisanos; que los frailes mercedarios los exhortaban para que consumasen la deserción y que don Fausto Roldán, a quien ya habían visto en la casa de diligencias, les había dado dinero así como uno de los mercedarios. Lo único que hubo de indudable en este particular, fue que dichos americanos se encontraron sin uniforme una noche en la casa de don Francisco Esteves, que vivía en la esquina de la segunda calle de San Juan de Dios y La Merced, y que allí penetró a balazos una patrulla de soldados atraída probablemente por los denunciantes. ¿Cuál fue el secreto motivo de la furia de éstos al sostener su acusación? Es cosa que no se ha podido averiguar.

Los planes de don Justo Amable se habían realizado, aunque no tan completamente como esperaba. Roldán no podía proteger a Rosita, es verdad, pero quedaba Clara, a quien no había sido posible complicar en el negocio de los desertores, que había comprendido, aunque confusamente, de dónde les venía a ellos todo el mal, y estaba dispuesta a impedir que se lograsen los depravados intentos del mayor-domo. Éste excitaba a Walker a que cumplierse su ofrecimiento, lo cual parecía fácil, porque no se juzgaba un grande obstáculo la presencia de Clara; pero ignoraban que dos mujeres íntimamente unidas son como en el juego de ajedrez dos roques,³ inatacables. Juntas salían a ver al abogado que se había encargado de la defensa de los acusados, juntas visitaban al preso a quien procuraban consolar y fortificar, de manera que la empresa de aislar a la huérfana para entregarla al sátiro había fracasado.

Walker y Amable tenían fuertes disputas, porque el primero quería separarse de Toluca sin esperar el término del negocio, con objeto de ir a terminar los suyos a México; pero no quería dejar sin paga a sus cómplices, ni marcharse sin garantía, porque en su concepto había ganado ya el precio convenido, mientras que Amable sostenía que no debía nada. Dowis y Sexmith que iban repetidas veces a la casa de diligencias, exigían de Walker el cumplimiento de las promesas que sin duda éste les había hecho, cuanto que los abogados, haciendo uso de la facultad de interrogarles, habían logrado que cayesen en graves contradicciones, que hacían el éxito del negocio muy incierto; pero todas sus instancias se estrellaban en la firmeza de Amable para defen-

³ Torres de ajedrez (DRAE).



der sus monedas, hasta que los tres americanos vinieron a amenazarle con la muerte si seguía mostrándose rebelde. Don Justo tuvo que capitular y facilitó la mitad del precio ofrecido, con promesa de caballeros, dada por todos los que participaron del dinero, de llevar a término el negocio. Quiso la mala suerte del mayordomo que el día mismo en que entregó la mitad de la suma a Walker, salieran inesperadamente todos los presos en libertad porque habiendo llegado a Toluca la noticia de que se habían firmado los preliminares de la paz entre los comisionados mexicanos y el americano, pareció ya sin objeto la continuación del proceso.



2. OTRO VIAJE EN DILIGENCIA

Roldán salió al siguiente día de Toluca con Clara y Rosita; Amable y Walker, que no habían abandonado sus planes, se encontraron frente a frente de las jóvenes en el momento en que partía la diligencia, lo cual, como es de suponerse, afligió mucho a la familia del comerciante, prolongando la agonía en que éste había entrado desde el momento de su prisión. Roldán tuvo en aquel viaje otro serio motivo de alarma, y fue el haber conocido en la primera posta a sus acusadores Dowis y Sexmith, a quienes no había visto antes porque iban en el pescante de donde se bajaron para hablar con Walker, que también se apeó allí, invitando a don Justo para que hiciese lo mismo, lo que no quiso verificar, porque sus reumas se habían hecho más rebeldes con el frío de Toluca. Los tres americanos iban perfectamente armados, con pistolas giratorias y rifles; Roldán, Amable y otros cinco o seis mexicanos absolutamente desarmados, cabizbajos y sin atreverse a cambiar palabra alguna, cosa que rara vez sucede entre viajeros que van en un mismo carruaje.

Probablemente la tristeza visible de Roldán y de su familia se había hecho contagiosa a los demás pasajeros, o acaso la situación lamentable que entonces guardaba la República se reflejaba en el silencio y abatimiento que mostraban los mexicanos.

Torrentes de sangre habían corrido en Palo Alto, La Resaca, Monterrey, Angostura, Cerro Gordo, Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec, y en todas estas acciones se había conocido que, aunque teníamos excelentes soldados y jefes subalternos, carecíamos absolutamente de generales. Los partidos, que entre nosotros se han parecido tanto a las facciones, olvidaban a la nación para disputarse un mando miserable y llegar a ejercer sus ruines venganzas.

El pueblo no presentaba esos grandes ejemplos de dignidad, de entereza y de patriotismo, que salvan las nacionalidades amenazadas, y no faltaron traidores que procurasen persuadirlo de que no era la



ocasión de combatir. El mal ejemplo cundía desde la capital en que su ayuntamiento proclamaba a la faz del mundo, y ante la presencia del invasor, que “*México había recibido una lección de los americanos semejante a la que Persia recibió de los macedonios*”, y de aquí tomaba motivo para invitar al resto de la República a que se cubriese de oprobio, solicitando la anexión. El resultado de estas invitaciones fue la más espantosa anarquía: en San Luis Potosí hubo un extraño pronunciamiento por la disolución social; en el Estado de México, la pugna en que se hallaba la Junta legislativa, que entonces se creó, y su gobernador, hizo que desarmasen a éste en Sultepec, y que fuese aprehendido en Tenancingo, en vez de encontrar en tales pueblos el auxilio que buscaba contra los americanos; por todas partes, en fin, se difundía esta frase aterradora: ¡sálvese quien pueda!

Poseídos seguramente del desaliento general caminaban los mexicanos que iban en el carruaje, según hemos dicho, procurando inútilmente adivinar lo que Walker hablaba con sus compatriotas, sacando frecuentemente la cabeza por la portezuela, y después de haber entrado por el monte que sigue de Jajalpam vieron que los americanos aprestaban sus armas, reconociendo los casquillos de los rifles y las pistolas.

Don Justo Amable, que estudiadamente no había dirigido una palabra a Walker, le dijo casi temblando:

—¿Qué cosa hay señor don Guillermo?

—Mucho fandango, respondió éste sin mirarle, pues tenía fija la vista hacia lo más espeso del monte, a cuyo lugar dirigían los otros americanos del pescante la mano, hablando muy rápidamente.

La aflicción de los otros pasajeros era extremada; pero absolutamente pasiva, porque según hemos dicho no llevaban armas.

El asalto no se hizo esperar, pues luego que llegó el carruaje a una pequeña subida que llamaban “El Gallinero” fue rodeado de unos quince hombres a caballo, que dando grandes gritos pidieron las armas.

Todos los bandidos llevaban careta excepto uno que parecía el jefe que, con voz de trueno y mirada terrible, prevenía a los viajeros entregasen sus armas, y fue el primero en acercarse a la diligencia con una pistola en la mano, encontrándose con el rifle de Walker que apuntaba a su pecho. Ni el bandido se hizo para atrás ni el americano, y quedaron apuntándose por un momento. Algo semejante debió pasar por fuera con los otros americanos pues, ya parada la diligencia, hubo unos momentos de silencio horroroso. Un salto que dio el caballo del bandido hizo que dejara de amenazar a Walker y, creyendo éste que era la

ocasión de disparar, le dirigió el tiro atravesándolo de parte a parte, pero no había visto a otro de los asaltantes que en aquel mismo instante lo cazaba, de manera que mientras por un lado fue a caer el caballo ya muerto el jefe de los ladrones, por otro recibía Walker una bala que le deshizo el hombro derecho y que le hizo dar una especie de rugido que se hizo oír de todos, a pesar de que los muchos balazos que siguieron al disparo de Walker atronaban el aire.

Los ladrones luego que vieron caer a su jefe, lejos de correr como sucede generalmente, cargaron sobre los pasajeros furiosamente, gritándoles que les dieran las armas. Don Justo Amable, creyendo que el riesgo que corría personalmente debía de cesar luego que lo viesen rendido los asaltantes, olvidándose de sus reumas y atropellando a todos, salió el primero por la portezuela. Como los ladrones ignoraban la disposición en que se hallaba don Justo, furiosos por la pérdida de su capitán, lo recibieron a machetazos, por cuya causa el mayordomo comenzó a dar espantosos gritos, hasta que cayó al suelo bañado en su sangre. El movimiento que había encabezado Amable se hizo general, por mera imitación, y aunque los que le seguían por el lado en que bajó se detuvieron horrorizados al ver su desgracia, los que salieron por el opuesto continuaron bajando, incluso Walker, que debilitado por la sangre que perdía cayó al suelo, de manera que al pie de una portezuela y junto a la rueda estaba Amable, y por el otro lado Walker, el primero rezando lleno de pavor, y el otro maldiciendo lleno de rabia. Los americanos del pescante, que no habían recibido daño ni lo habían hecho, entregaron sus armas y bajaron para seguir la suerte de todos.

En este momento, Rosita, que había visto caer a Amable, y Clara que había bajado por donde estaba Walker, se acercaron a uno y otro respectivamente, para restañarles la sangre con sus pañuelos. El dolor le había quitado por un momento el conocimiento a don Justo, y sus facciones iban tomando esa rigidez de los cadáveres, cuando volvió en sí y reconociendo a Rosita que hincadas las rodillas en tierra procuraba vendarle la herida que tenía en el cuello, una sonrisa de inefable consuelo esparció por su rostro la resignación, porque su vanidad, que no le podía abandonar ni aun en aquel trance, le hizo creer que la compasión de Rosita tenía distinto origen que la bondad de corazón. La joven aunque extraordinariamente conmovida, no dejó de apercebirse de aquella transformación verificada en don Justo por su sola presencia. Clara hacía otro tanto con Walker, logrando por recompensa que uno de los ladrones burlándose de su humanidad y creyendo

que era una de esas mujeres perdidas que seguían a los yanquis, le dijese asiéndola de sus largas trenzas:

—¡Hola, Margarita! yo te enseñaré a querer a los yanquis; y la amenazaba con la espada en ademán de querer cortárselas, cuando otro de ellos, en quien parece había recaído el mando de la cuadrilla gritó con enojo:

—¡Déjala, Juan! ¿No ves que es una señorita?

—¿Y tú quién eres para mandarme que la deje?

—Mira quién soy, contestó el otro tirándole desde luego un tajo que el primero paró con dificultad lleno de cólera. Los otros ladrones se interpusieron diciendo:

—Juan, obedece, ya sabes que siempre que ha faltado “El Tigre” nos ha mandado “El Gachupín”.

—¡Muchachos, sin maltratar a nadie!, gritó aquel a quien llamaban “El Gachupín”, y despachemos pronto.

Después de esto los asaltantes despojaron en el mismo camino a los pasajeros de cuanto llevaban, encontrando en una gran cartera de Walker varias alhajas que Rosita conoció inmediatamente y algunos papeles que tiraron al suelo, y que recogió Clara reconociendo después ser libranzas giradas por don Fernando Henkel. Concluida esta operación los precisaron a que inmediatamente, y sin llevar a los heridos que no daban señales de vida, continuasen su viaje. Los pasajeros por su parte se apresuraron a cumplir tal orden, esperando poder hallar en el camino personas que se encargasen de recoger a aquellos desgraciados.

Los bandidos se internaron al monte luego que vieron a la diligencia que se alejaba; pero antes transportaron a los heridos a una barranquilla extraviada, a donde habían llevado antes a su jefe cuyo cuerpo cargaron.

Desgraciadamente en las pequeñas rancherías del camino y aun en la venta de Cuajimalpa, no encontraron los pasajeros ni aun ofreciendo una regular cantidad de dinero, hombres que quisieran ir a recoger a Walker y a Amable, y éstos quedaron definitivamente abandonados a sí mismos.

Walker fue el primero que se incorporó, y agarrándose con el brazo izquierdo de unos arbustos, se puso en pie con ánimo de seguir a los ladrones y suplicarles que le volvieran su cartera.

El infeliz, después de dar algunos pasos vacilantes, conoció que no podría dar muchos, y exclamó en inglés con acento desesperado: Si hay infierno, ¿por qué tarda en tragarme?

La exclamación fue oída de Amable que se hallaba a corta distancia y que hizo esfuerzos para sentarse, logrando apenas recargarse sobre el tronco del árbol a cuya sombra lo habían puesto.

Una nube cubría su vista, a pesar de que el sol del medio día lanzaba sus rayos poderosos sobre toda la campiña. Después de un breve rato, algo despejado, buscó a alguien en rededor sin distinguir de pronto a su cómplice.

—¡Rosita! ¡Rosita!, exclamó con voz débil que fue no obstante percibida de su compañero, quien hizo un horrible gesto de desprecio al ver a Amable sentado bajo el árbol, y repitió con burla como haciéndole eco ¡Rosita! ¡Rosita!

El mayordomo oyó a su vez al yanqui y logró entonces distinguirlo como sombra fatídica entre un matorral; se santiguó cual si hubiese visto al diablo y se puso a rezar mezclando magníficos actos de fe y de contrición.

El grato aroma que despedía el pañuelo de cambray que Rosita le había puesto en el cuello, vino a darle recuerdos mundanos; vio aunque con cierta confusión la cifra de la joven, como si las letras estuviesen bajo un vidrio de aumento; besó aquel emblema querido y sintiéndose sin fuerzas para detenerse, dejó caer su cabeza sobre el suelo.

Walker, cuyo furor crecía con la impotencia, se vio su brazo hecho pedazos, y que apenas pendía del resto de su cuerpo por unos músculos; hizo grandes esfuerzos para acercarse a la orilla de un precipicio que estaba cercano, y en el fondo del cual se oía serpentear un arroyo. Extendió rápidamente la vista por un lado del bosque que estaba descampado, como para despedirse de la vida, hiriéndole hondamente el contraste de su situación con el encanto que ofrecía la naturaleza. Millares de aves revoloteaban por el aire o saltaban llenas de contento de rama en rama; el rumor que forman las hojas de los árboles era muy tenue, porque apenas las conmovía una pequeña brisa, y dejaba oír en toda su claridad el canto de ese pájaro que llaman clarín de la selva, que sabe unir dos notas para darnos ejemplos de armonía. De entre lo más espeso del bosque salió entonces en muy impetuosa carrera un venado perseguido por dos enormes lobos: el venado salvó con su natural agilidad aquel precipicio que estaba atrayendo a Walker, los lobos uno en pos de otro calcularon muy mal el salto, resbaláronse al caer en la orilla opuesta, y se precipitaron a lo más profundo del barranco, haciéndose pedazos entre las peñas. Walker que presencié esta rápida escena sintió alternativamente un rayo de alegría, acordándo-



se de sus tiempos de cazador en que a las orillas del Potomac y del Delaware perseguía los ciervos, y después al ver que los lobos se despeñaban, un estremecimiento doloroso se apoderó de todo su cuerpo, reflexionando involuntariamente que había perdido para siempre su fuerza, y que aun en el caso de que sanase de su herida, carecía de los recursos necesarios para volver a su patria, porque el fruto de un año de campañas y de crímenes había desaparecido en unos minutos. Un doloroso vértigo causado por lo mucho que se desangraba, le hizo perder en aquel momento el equilibrio, y pareciéndole que la tierra huía bajo sus pies, dio un paso hacia el abismo, en cuyo borde estaba, quedó suspenso sobre él, deteniéndose con una mano y con los pies del matorral, en que por última vez le había visto don Justo Amable. El espectáculo de todas las batallas a que había concurrido se presentó a su imaginación tenebroso y sangriento; miembros despedazados, ayes de moribundos, estruendo de la artillería, todo esto vino a atormentarlo en tan crítico momento. Abrió los ojos queriendo hacer un último esfuerzo para salvarse, porque la muerte que poco antes parecía buscar lo espantaba, y no vio sino círculos rojos sobre un inmenso fondo oscuro: la fuerza le faltaba ya para sostenerse cuando una de las raíces del matorral cediendo al peso que sostenía se descuajó, y el yanqui, echando una horrible blasfemia, se precipitó de peñasco en peñasco.

Unos cuervos que estaban tranquilamente posados sobre las enhiestas ramas de un negro ciprés, lanzaron un ronco graznido al ver acercarse al punto en que yacía don Justo Amable a unos hombres que traían dos camillas, y que sin duda habían sido mandados por la autoridad de algún pueblecillo cercano, a donde llegaría acaso la noticia de la catástrofe.

—Si no es por el rastro de sangre, dijo uno de aquellos hombres, nunca hubiéramos llegado a dar con ellos.

—Pero los regueros son tres y no hay más que un muerto; contestó otro.

—Mira cómo se quedó, observó el primero, al examinar el cadáver de don Justo Amable, ¡está mordiendo su pañuelo!

—¡Pobrecito! le dolerían mucho sus heridas.

Aquellos campesinos no podían alcanzar que el último beso dado por el mayordomo de monjas a la cifra de Rosita había sido tan entusiasta, tan locamente nervioso que el lienzo había quedado fuertemente retenido entre sus labios.

—¿Le quitamos el pañuelo?, preguntó otro.



—Quítaselo. ¿Para qué ha de ir mordiéndolo como perro de agua?, contestó el que hacía de jefe, queriendo hacer reír a los demás con su ocurrencia.

—¿No vieron cómo se estremeció?, observó con cierto terror el mismo que hacía de jefe.

—Lo llevaremos pronto, dijo el más anciano, puede que todavía esté vivo. Era bueno que uno de nosotros fuese a Santiago por el médico.

Efectivamente, uno de los peones fue a avisar al médico de Santiago Tianguistengo, mientras que los demás llevaron al herido al pueblecillo de Capuluaque, cuyo alcalde había mandado recogerlo por el aviso que le había dado un leñero que desde lejos había observado la catástrofe.



3. ÚLTIMA CONVERSACIÓN DE “EL GACHUPÍN” Y DE JUAN “EL COYOTE”

Estos dos bandidos se encontraron después de haber hecho la repartición proporcional entre todos los que concurrieron al asalto, uno en frente de otro, junto al cadáver del capitán, cerca de aquel lugar en que un año antes habían enterrado a Machorro. “El Gachupín”, que rara vez había determinado alguna cosa por sí mismo, pues regularmente esperaba las órdenes del “Otomí”; no sabía lo que debía hacer con aquel cuerpo exánime, ni el camino que él mismo debería tomar. Su vida había sido un reflejo de la de Pedro “El Otomí”, estaba acostumbrado a pensar y sobre todo a obrar dentro de la órbita que éste le señalaba, y aunque rayaba ya en cuarenta años y era de genio sagaz, duro y porfiado, se sintió como aislado en el mundo, luego que fue rota la cadena que lo había unido siempre con su jefe.

Su contienda con Juan “El Coyote” le privaba del recurso de la discusión; así es que permanecía como una estatua sin despegar los labios, hasta que vio a éste que disponía su caballo para irse.

—¿Juan, te vas?, le preguntó a media voz.

—Si a su *mercé* no le ocurre otra cosa; contestó “El Coyote” en un tono indeciso, que no marcaba bien ni la mofa ni la chanza amistosa.

—¿Qué no me ayudas a enterrarlo?, dijo “El Gachupín”, refiriéndose con una expresiva mirada al cadáver.

—Él me habría dejado tirado en el campo, sin volverse a acordar de mí.

“El Gachupín” ofendido por esta respuesta buscó la azada que había servido para sepultar a Machorro, y que se guardaba allí para lances semejantes, y se puso a cavar la fosa muy silenciosamente. Su compañero se sentó en frente mirándole trabajar, hasta que observando que estaba ya muy fatigado, le dijo:

—¡Venga esa azada! y mire que yo no sé guardar rencor.

“El Gachupín” por toda respuesta se sonrió, entregó aquel instrumento, y se sentó en frente de la fosa a medio cavar, del mismo modo que lo había hecho su compañero.

Concluida la operación, después de que por dos o tres veces se cambiaron en el trabajo:

—Esta ceremonia será ahora sin rezos, dijo Juan, a no ser que tú quieras hacer de padre; ¿te acuerdas de aquel lego de zancas muy largas que luchó aquí con “El Tigre”? ¿No lo has vuelto a ver?

—Sí, dijo echando un suspiro “El Gachupín”, a quien realmente contrariaba el tener que enterrar a su capitán, que había sido el único amigo que había tenido desde su infancia.

—¿Dónde has visto a ese loco?

—No recuerdo por qué camino; pero después que salió de la casa del capitán, una tarde, casi de noche, pasaba a pie, y parecía que había andado mucho; le ofrecí mi caballo, se montó en él dándome las gracias, y desapareció.

—Aceptó fray Gil tu caballo.

—Sí.

—¿Pues no te acuerdas que no quiso recibir del capitán ni el dinero ni el caballo?

—Me acuerdo bien que dejó la casa cojeando y apoyándose en su bordón, sin querer recibir lo que Pedro nos mandó darle; pero los hombres no son siempre los mismos, ¿o qué sé yo? de mí quiso recibir fray Gil lo que rehusó del capitán.

—¿Ya ponemos el cuerpo?

—Sí.

Los dos bandidos tomaron el cuerpo exánime del capitán, y cubriendo “El Gachupín” su requemado rostro con sus lágrimas, dijo entre dientes, como siempre hablaba, con extraordinaria emoción, al echar la primera tierra sobre el cadáver:

—¡Perdónale, Dios mío!

—¿Rezas?, preguntó “el Coyote”.

—Sí.

—Pues no lo merecía esta alhaja.

“El Gachupín”, que no quería romper con su compañero, porque sentía que se concentraba hacia él una parte del afecto que le tenía a Pedro “El Otomí”, le preguntó a aquél después de que cubrieron el hoyo.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo que usted mande mi capitán.

—Déjate de bromas, que ya sabes que no sé aguantar.

—¿Pues no eres mi capitán?



—No, ni volveré jamás a ser ladrón.

—¡Cómo! ¿Has sepultado con “El Tigre” tus antiguas malas mañas?

—Creo que sí; esa sepultura me habla al corazón. No pongas ese gesto, pues ya sabes que mi resolución de no volver a robar no puede provenir del miedo, me conoces...

—Sí, confieso que eres valiente...

—Pues bien, me parece que hay una cosa mejor en qué ocuparse que el robar a los caminantes.

—¿Y qué piensas hacer?

—Por ahora no lo sé.

—Pues mientras lo piensas, yo voy a seguir mi antigua vida y, según nos fuere a uno y otro, sabremos quién acierta. A propósito de tu buena vida creo que la reforma ya viene tarde, empezará desde ahora por aquello de que más vale tarde que nunca.

—Ciertamente.

—Pues entonces dame la parte que te ha tocado en el robillo de esta mañana, aunque no sea más que en retribución de aquel soberbio tajo que me tiraste para defender a la Margarita... Con que dame tu parte, y amigos como siempre.

—La he echado al fondo de la sepultura; si quieres cala, pero no dejes el cuerpo descubierto.

Juan parecía que vacilaba; tomó la azada para sacar la tierra, lo que al fin no verificó, porque le ocurrió otra idea en aquel momento que le hizo volver a sentarse junto a su compañero, diciéndole con mucha gravedad:

—No turbemos la paz del capitán, que debe estar juzgado; antes de irnos colocaremos una cruz en ese sepulcro, y después haremos decir varias misas por el perdón de su alma.

“El Gachupín”, engañado con aquel tono, y creyendo fácil el atraerse a su compañero a la buena vida que quería abrazar, le dijo con dulzura:

—Óyeme: cuando vivía la esposa de Pedro estaba yo la mayor parte del día cuidando a la chiquilla, y venía a reunirse con nosotros la señora para explicarme las cosas de la otra vida; desde entonces tuve la resolución de no volver a la mala ocupación en que hemos vivido; ahora que nadie será capaz de estorbármelo, voy a realizarla.

—¿Pues qué te decía esa buena señora a quién no tuve la dicha de conocer? Ya sabes que sólo he tratado a la preciosita María que ha ido creciendo como un junco y cuya suerte de veras me entristece.



—Esa buena señora me decía varias veces: “‘Gachupín’, esta vida es muy corta, y después de ella hay otra en que vamos a descansar para siempre, o a sufrir toda la eternidad según nuestras obras; ‘Gachupín’, no vuelvas a la mala vida, y si cuando me muera quiere arrastrarte Pedro a ella, huye antes que volver a robar, porque Dios ve todas las cosas desde el cielo, y corta la vida del perverso, luego que colmó éste la medida del mal”.

—Pues, por lo visto, contestó “El Coyote”, conservando su apariencia de arrepentido, no has sido muy escrupuloso que digamos en esto de haber seguido los consejos de la señora.

—Y lo siento muchísimo; de ello tiene la culpa Pedro, pero se lo perdono, porque como decías tú antes, más vale tarde que nunca.

—Pero dime, ¿qué piensas hacer? acaso yo mismo te acompañaría. Tener uno señalada la medida del mal, haber hecho lo posible para llenarla y quedarse tranquilo al hablar estas cosas, es asunto difícil, porque no hay duda que aunque sea una tina de ésas donde echen las infusiones en tierra Caliente, la que Dios nos haya señalado a ti y a mí, nos hemos dado tal prisa, que poco ha de faltar para que reboce y entonces...

Decía esto Juan burlándose de su compañero, pero afectando cierto respeto, movido de una idea que según hemos indicado antes le había ocurrido.

—Entonces, contestó “El Gachupín”, sucederá que en lugar de ir a descansar después de la muerte va uno a mayores trabajos, como decía la esposa de Pedro.

—Pero oye, “Gachupín”, eso de ser bueno después de haber sido uno malo no es tan fácil como a ti te parece porque, desde luego, como no sabemos trabajar ni tú ni yo en cosa alguna, yo al menos olvidé para siempre mi oficio de zapatero desde que entré en el batallón...

—Yo volveré a laborar la tierra.

—Te acompañaría, aunque es un oficio molesto para los altos como yo; pero haría lo posible, mientras que iba la comisión a cogernos y ¡zaz! el proceso, los careos y pague usted al defensor, y salga a buen componer sentenciado a diez años de presidio, y sin otra esperanza que una revolucioncilla, como me sucedió la primera vez que me cogieron; ¿y todo esto por qué? por haber querido ser bueno.

“El Gachupín” guardó silencio confundido por las observaciones de su compañero. Éste continuó muy satisfecho del efecto que había causado.



—Nosotros, es verdad, que podríamos evitar esta triste suerte poniendo, como otros han hecho, un comercio en un poblacho, y ofreciendo nuestros servicios a la autoridad para coger ladrones.

“El Gachupín” alzó los hombros manifestando gran desprecio por el medio que se le proponía, y dijo secamente:

—No tenemos con qué poner el comercio.

—¡Cómo!, exclamó verdaderamente admirado Juan, ¿y el tesoro del capitán?

—¡Ah! eso es para María.

—Convengo en que sea para esa pobre niña, contestó algo desconcertado Juan “El Coyote”, porque conoció que marraba el golpe; pero ella no podrá vivir sola, ni menos continuar en donde se halla; conque así nosotros...

—Eso no te toca, Juan, interrumpió el indígena, mirando a su compañero con instintiva desconfianza; dejemos ese punto, y dime si se te ocurre algún otro medio, porque te he dicho la resolución en que estoy.

—Pero hombre, reflexiona que ese tesoro en parte nos pertenece, a ti particularmente que nada le pedías al capitán.

—Es para María.

—No me opongo y sólo te indicaba que con él pusiésemos un buen comercio trayendo a nuestro lado a la niña.

“El Gachupín” reflexionó un momento, y dijo:

—Acaso es una buena idea, se la consultaré; pero nosotros no hemos de perseguir ni denunciar a nadie.

—Veremos si con algunas dádivas a los alcaldes nos liberamos de esa parte tan molesta, pero casi siempre necesaria para la quietud de los *arrepentidos*; así nos llamarán.

Y en seguida, creyendo que había llegado ya al grado necesario de confianza con “El Gachupín” para el logro de su designio, le dijo Juan con cara compungida y dándose un aire como de distracción:

—¿Sabes dónde está el tesoro del capitán?

“El Gachupín”, cuya suspicacia se había despertado, conociendo por esta pregunta que toda aquella plática había tenido por objeto averiguar dónde estaba el tesoro para robárselo, puso un horrible gesto y respondió muy secamente:

—No.

Tomó en seguida su caballo tirando del cabestro al del capitán y sin darle la mano a su compañero, le dijo:



—Adiós, Juan; acuérdate de la cuba de infusiones y no te olvides de poner la cruz en el sepulcro, después de que saques las alhajas que estén en el fondo, y se alejó rápidamente...

En aquel mismo instante, pues serían las dos de la tarde, Rosita se instalaba, triste y llorosa todavía, en un aposento que *ex profeso* se le había dedicado sobre la tienda de “La Estrella del Sur” y a don Justo Amable le ponía la primera curación en el pueblecillo de Capulhuac el facultativo de Santiago Tianguistengo, por haber reconocido que todavía daba esperanzas de vida.



4. DOS AMIGAS

Roldán se miraba sin creerlo en los brazos de los padres de Clara, y en aptitud de ejercer sus altas facultades directivas en su establecimiento comercial después de su llegada a México, quedándole solamente un ingratisimo recuerdo de las terribles escenas de dolor que casi había presenciado con motivo de los azotados de Toluca; decimos casi, porque solamente los gritos desgarradores que el exceso de sufrimiento físico y la vergüenza arrancaban a las víctimas que, después de ejecutadas el primer día, las llevaban a algún cuartel para continuar en la misma operación los siguientes, según su condena; era lo que había llegado a sus oídos, completando el resto la imaginación mediante las noticias de los criados que llevaban la comida a los prisioneros.

Era una relación que hacía a todo mundo en la tienda dándose como presente en los sucesos, pues no quiso aparecer en calidad de víctima sino hasta que evacuaron la capital los americanos, lo que se verificó a pocos días, pues fue dada la orden al efecto por el general Buttler el 29 de mayo de 1848, es decir, a doscientos cincuenta y ocho días de ocupada.

Luego que llegó Roldán a México fue a preguntar por Fernando a don Abundio, a quien no encontró, y supo por los dependientes que éste había marchado a Guadalajara hacía poco tiempo. Visitó a Antonia con el mismo objeto, y como lejos de encontrar noticias, él mismo no sabía qué responder a las preguntas que le hizo la joven, tuvo que decirle todo lo ocurrido, resultando en sustancia que nada sabía el uno ni la otra acerca del paradero de su protector, lo que les dejó en la más congojosa incertidumbre, que para Roldán sólo era inferior, comparada con la terrible inquietud en que estuvo algunos días por el riesgo de ser azotado.

Clara había entrado en el lleno de sus facultades, y de sus previsiones, y como tenía sobre su marido la ventaja de saber escribir, pronto reasumió la verdadera dirección de la tienda, lo que le había parecido

tanto más necesario, cuanto que tenía el concepto, injusto a la verdad, de que Roldán era inclinado a la prodigalidad, pues no podía explicarse de otro modo sus gastos desproporcionados con su capital.

Rosita había encontrado en la nueva casa, como siempre que se hallaba con la familia de Clara, un trato lleno de respeto, de afecto y atenciones delicadas, que le hacían menos molesta su situación. En esta vez parece que había presidido en la disposición de la casa un pensamiento de exquisita consideración hacia la huérfana, porque de cuantos objetos se habían acopiado para el ornato y comodidad de la recién casada, se había comprado otro tanto para aquélla, por cuya causa conservaba hacia Roldán el más vivo agradecimiento, no ciertamente porque desease joyas y vestidos lujosos, de los que hacía tiempo se había despedido de todo corazón, sino porque la comparación habría sido muy humillante si al mismo tiempo que la desposada aparecía con sus brillantes adornos, la huérfana hubiera tenido que ocultarse para no avergonzarse de su pobreza. La disposición material de la casa favorecía también el pensamiento que en todo se advertía de no causarle mortificación a Rosita, por una desigualdad penosa, porque tenía tres recámaras que servían para los padres de Clara, para esta misma y para Rosita, siendo de notar que la que se había destinado a la última, que era la más espaciosa, estaba dividida con un tabique para formar una elegante pieza de tocador, empapelada y alfombrada, la cual entre otros adornos tenía una magnífica luna embutida en rosa, de cuya madera eran todos los muebles, sobre una vistosa consola, en la cual con una prolijidad que lisonjeaba mucho a la joven, habían puesto en brillantes pomos de cristal las esencias y pomadas de que más gustaba. Frente al espejo había un estante chino, con graciosas incrustaciones, lleno de libros de recreo, y en la cómoda, piezas intactas de estopilla⁴ y holandá;⁵ cerca del balcón que iluminaba este retrete, un costurero con todos los útiles que pudiera desear la señorita más curiosa. Esta piecésita *sancta sanctorum* de Rosita, que precedía a la en que dormía y en la que no penetraba más que la criada destinada especialmente a su servicio, tenía comunicación con un pequeño corredor bañado en todo tiempo por el sol, adornado de macetas de porcelana, en las que ostentaban su gallardía algunas ca-

⁴ Parte más fina que la estopa, que queda en el rastrillo al pasar por él segunda vez el lino o el cáñamo (DRAE).

⁵ Lienzo muy fino de que se hacen camisas, sábanas y otras cosas (DRAE).



melias encarnadas y blancas, y varias especies de naranjos enanos, unos con flores y otros con frutos.

Rosita hallaba un perfecto contraste en los modales poco limados de Roldán, que sin embargo eran siempre respetuosos hacia ella, y aquellas delicadas previsiones de que era objeto, pues en su retrete encontraba sin que se pasasen muchos días zapatos de raso, medias y otros pequeños obsequios propios para una señorita: “La señorita puede pedir lo que guste en la tienda”.

Lo singular del caso era que este papel que no podía ser escrito por Roldán, pues no sabía escribir, tampoco había sido puesto por los dependientes ni por Clara, y que ésta, que era la única que podía hacer aquellas compras que revelaban el buen gusto de la mujer, no intervenía en ellas de modo alguno, causando a ambas jóvenes mucha admiración los talentos que en esto mostraba Roldán, quien parecía a veces que se olvidaba mejor de su esposa que de la amiga de ésta. El enigma tenía sin embargo una fácil explicación que ignoraron por algún tiempo Rosita y Clara. Cuando éstas habían ido al cajón de “La Esperanza”, situado en una de las Monterillas, con objeto de hacer algunas compras, antes de que se verificase el matrimonio de Roldán, habían encontrado allí dos cosas que le causaron una agradable sensación: la primera fue que el cajón estaba servido por señoras y la segunda que la dueña de él las había acogido con singular bondad; Rosita particularmente había sido sorprendida al oírse llamar con su nombre por la dueña de la negociación, que no era otra que Antonia, a la que Fernando había prevenido el día en que la señorita Dávila iría con Clara a visitarla, lo cual había sabido por Roldán.

Antonia había dispuesto para recibir a todos los parroquianos un elegante estrado en uno de los extremos del cajón, por el lado en que ella tenía el escritorio, de manera que sin desatender sus negocios podía darles conversación. Muchos carruajes iban a posarse diariamente ante las puertas del cajón de “La Esperanza”, porque varias señoras que preferían hacer en él sus compras, hallaban algún atractivo en pasar algunos momentos descansando en los mullidos sofás y la vistosa alfombra con que Antonia había aseado aquella estancia, que permitía a las parroquianas algo de ese cambio ligero de noticias y de fina crítica, a la vez que por los aparadores miraban sin ser vistas a los transeúntes.

En una de esas ocasiones, a pocas semanas de que Roldán había hecho su demanda de matrimonio, Rosita y Clara habían venido, como



hemos dicho, al cajón de “La Esperanza”, a la sazón en que había alguna concurrencia de señoras. Rosita había querido retirarse inmediatamente avergonzada de los cuchicheos que notó entre las señoras que estaban en el estrado y que decían a media voz:

—¿Esta señorita es Rosa Dávila?

—¡Jesús, qué pálida está!

—¡Y qué flaca!

—¡Mira niña, viene de trapito!

—¡Como que desde que murió su padre ha tenido, según dicen, grandes trabajos!

Antonia advertida por aquel rumor de que habían llegado las personas que esperaba, antes de despachar lo que pedían, les ofreció asiento en el estrado, diciéndoles con amabilidad:

—¿Qué no descansan ustedes un momento? es costumbre que tienen las personas que honran mi casa.

Rosita y Clara dieron las gracias algo cortadas porque sólo venían a hacer humildes compras, y les daba pena renovar su pedido en presencia de aquellas desconocidas de gran tono que afectaban sobre ellas cierta altiva superioridad.

Antonia vino presto a su socorro, encargando a una de las dependientes trajese los objetos que había mandado apartar la señorita Dávila. Ésta, al oírse nombrar por la dueña del cajón, volvió la cara hacia ella, como extrañando el que supiese su nombre.

—Aquí tienen ustedes señoritas, dijo Antonia, mostrándoles varios cortes de gros y de terciopelo, mantillas blancas de punto y algunos vistosísimos tápalos chinos, los objetos que han mandado apartar; aseguro a ustedes, sin temor de ser desmentida, que en ninguna otra parte los encontrarán de mejor calidad ni de menos precio.

Las otras señoras que estaban en el estrado se acercaron entonces a ver aquellas donas, pues eran realmente los regalos de boda que don Fausto había mandado apartar, acerca de los cuales nada había dicho a las jóvenes, por sorprenderlas agradablemente. Rosita, que comprendió inmediatamente cuál era el destino de aquellos vestidos, resignándose de antemano a su pobreza, quiso hacerse superior a toda humillación, diciendo:

—Clarita es quien ha de decir si le gustan, porque son para ella.

Varias miradas de curiosidad y de secreta envidia se fijaron entonces en la novia. Rosita continuó:

—Todo está duplicado, hasta las mantillas.

—Así mandó usted que se dispusiese.

—¿Yo?

—Tal fue al menos el recado que de parte de la señorita Dávila me trajo hoy el señor Roldán.

La joven conoció entonces que necesitaba no descomponer delante de personas extrañas, lo que hubiese arreglado el señor Roldán y, para desviar la conversación, dijo con aparente distracción:

—No pensaba que usted me conociese...

—Tiempo hace que tenía el honor de conocer a la señorita doña Rosa Dávila; en el comercio se sabe pronto quiénes son los mejores marchantes.

Rosita se quedó confundida, y ya ni pidió lo que pensaba comprar, despidiéndose inmediatamente.

—Mandaré estas cosas a medio día con un criado de confianza, dijo Antonia, si les parece a ustedes bien.

—¿Sabe usted nuestra casa?, contestó con alguna turbación Rosita, sin aceptar ni repudiar el ofrecimiento, haciendo con tal pregunta el último esfuerzo para asegurarse de que no mediaba alguna equivocación.

—Necatitlán número 3, dijo la dueña del cajón mirando los apuntes de su cartera.

—¡Viven en barrio!, dijeron entre sí al verlas salir, las señoras que según hemos indicado estaban en el estrado, antes de que entrasen las jóvenes.

—Sí, pero parece que tienen gran comodidad y que la huérfana no ha quedado tan pobre como decían, replicó una de entre ellas.

Después de esta escena se había verificado el casamiento de Clara y el paseo a Tenancingo, en cuyo tiempo Antonia en persona había ido con don Fernando Henkel a amueblar la habitación de Rosita, haciendo llevar las macetas y todo lo demás que en el retrete se encontraba.

—Luego que volvió Roldán de su peligrosa expedición fue, como hemos dicho antes, a comunicarle a Antonia la llegada de la familia y las diversas ocurrencias del viaje. Antonia conoció desde luego que era la ocasión de continuar por sí misma la solícita protección que Fernando había dispensado a su amada sin darse a conocer, y siguiendo ella esta conducta, había arreglado con Roldán el remitir a Rosita por su medio cuánto pudiese necesitar; y como no dejaba de alcanzar que aunque don Fausto era una excelente persona para cumplir los encargos del maquinista, estando éste ausente, podía ser menos solícito con

Rosita, ignorando si lo que por ella gastase tendría la aprobación del que había sido su amo, ella ponía por sí misma aquel papel en que le decía siempre a Rosita: “La señorita puede pedir lo que guste en la tienda”, después de haber asegurado a Roldán que ella pagaría inmediatamente cuanto llegase a recibir la señorita Dávila.

No paró en esto su solicitud, pues quiso observar por sí misma el grado de comodidad que disfrutaba la huérfana en casa de los recién casados, y al efecto insinuó a Roldán que el señor Henkel le había encargado procurase tener amistad con la joven, y que estaba dispuesta a visitar a la familia.

Roldán indicó una tarde después de comer que tendrían una visita el inmediato domingo, proposición que sorprendió de pronto a las jóvenes, pero que fue bien acogida, luego que supieron qué persona era la visitante.

Llegado el día, Antonia se había presentado con sus dos hermanitos, captándose la estimación de toda la familia.

Rosita se encontraba en una de esas situaciones en que el corazón de una joven siente todo el horror del aislamiento y anhela el consuelo de la amistad. Demasiado ulcerado el de la huérfana para poder recordar su amor a Fernando sin positiva angustia, necesitaba una verdadera amiga que la asegurase de aquella ausencia del maquinista, que no mandaba ni una carta y de quien no tenía noticia alguna, no era el desprecio que suele aparecer después de una declaración ardorosamente correspondida. Clara no podía satisfacer esta necesidad, porque sus nuevos deberes la distraían no poco y, principalmente, porque si Rosita le hubiera confiado sus penosas aprehensiones habría acaso lastimado el verdadero cariño con que era tratada por toda la familia.

Por otra parte, Antonia tenía a su favor ese natural ascendiente que entre las jóvenes ejercen siempre las que son de carácter resuelto y varonil; así es que, desde la primera visita que hizo a Rosita, se atrajo muy decididamente su adhesión, y logró ser introducida a la pieza en que ésta tenía su tocador, en un momento en que Clara fue llamada para un negocio que se ofrecía en la tienda. Del retrete habían salido Rosa y Antonia al corredorcito en que estaban las macetas, y entre los elogios que ésta misma prodigaba a la cuidadora de las plantas, le dijo:

—Rosita, usted, según parece, pasa aquí su vida muy feliz.

—Sí y no, respondió la huérfana poniéndose muy pensativa.

—¿Cómo es eso?, preguntó con un gesto agradable Antonia.

—Paso aquí mi vida rodeada del cariño de la familia de Clara, que me llena de atenciones que no merezco, y con esto me considero feliz; pero, al pensar que soy una pobre huérfana que recibo muchos beneficios sin poder pagar uno solo, soy muy desgraciada.

—En eso último no faltará algún otro recuerdo; las lindas muchachas que como usted tienen siempre algunas ilusiones en corriente que las hacen suspirar; pero ésas son boberías, Rosita, perdone usted mi franqueza; yo que no soy bonita y que no oigo muchos elogios sé a qué atenerme, y crea usted, que cuando me resuelva a casarme, si es que hay alguno que pueda quererme de veras, el arreglo será liso y llano, pan por pan y vino por vino.

—Aunque dice usted que no es bonita, yo la encuentro muy agradable; dejando estas circunstancias, como siempre tenemos que dejarlas a la calificación de otros, me parece que ha tocado usted el punto de mayor dificultad, al decir “si es que hay alguno que me quiera de veras”, ¿cómo se conoce esto?

—Este es negocio como la conciencia, si en nuestro interior se hace escuchar una voz que nos dice este hombre me quiere de veras, se sigue esta voz como infalible; si no se oye esto, se deja el asunto y santas pascuas.

—Ese método, dijo Rosita riéndose, tiene al menos la ventaja de ser muy sencillo.

—Y muy económico en cuanto al tiempo.

—Pero puede ser muy engañoso, porque creyendo uno oír la voz que le dice “este hombre me ama”, acaso oírás solamente esta otra “yo amo a este hombre”.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! pues entonces ya no hay remedio, contestó Antonia; yo hablaba en el supuesto de que uno se hallase perfectamente indiferente.

—Era de desear una regla para discernir el engaño de la fidelidad cuando el corazón ya se halla muy interesado.

—Creo que entonces todas las reglas están por demás, contestó Antonia, poniéndose en el peinado un ramito de azahar que le regalaba Rosita; pero yo procuraré hacer un esfuerzo sobre mí misma, y sujetaría a mi pretendiente a una especie de residencia, a una verdadera *purificación*.

—Tengo curiosidad de saber cómo sería eso.



—Traería yo a mi memoria todas sus palabras, todas sus cartas y todas sus acciones, de que tuviese yo noticia.

—¿Y después?

—Si en todas ellas le encontraba delicado, respetuoso y apasionado hacia mi persona, lo declaraba preferido; pero si había algunas faltas, lo obligaba a que se purificase ante mí, o dejaba de verlo para siempre.

—¡Bravo! ¡Muy bien!, exclamó Rosita, satisfecha de encontrar en Antonia sentimientos tan semejantes a los suyos.

Cortísimas les parecieron a estas dos jóvenes las horas que pasaron conversando sobre varios objetos de intimidad, con esa efusión de dos almas que se comprenden, y que gozan al ver reproducidos sus propios pensamientos, como si se adivinasen mutuamente. Quedaron en que Rosita y Clara irían a visitar a Antonia en el domingo próximo, y se separaron dejando puestos los cimientos de una larga amistad entre las dos huérfanas.



5. UNA SORPRESA

Rosita veía llegar con gusto el inmediato domingo señalado para ir a visitar a su amiga. Temprano se peinaron ella y Clara, y resolvieron oír la misa de diez en Las Capuchinas, para estar después con Antonia, hasta las doce, en la inmediata calle de La Monterilla.

Llegaron efectivamente a la casa de Antonia, y fueron recibidas por ella de un modo muy agradable, lo que especialmente para Rosita fue motivo de expansión y de que se despertase su genio alegre. La joven comerciante había prometido a su amiga enseñarle su casa, pero sin duda no lo tuvo presente, o seducida por el buen humor de Rosita, sólo pensaba en celebrar sus ocurrencias, aunque a decir verdad, disculpándose con sus visitas de dejarlas solamente con sus hermanitos, que embelesados de ver a Rosita estaban pendientes de sus labios.

En una de estas ocasiones en que Antonia dejaba momentáneamente a sus visitas, percibieron éstas el rumor de personas que subían por la escalera, y que llegaron a la puerta de la sala en que ellas estaban, empujando ligeramente la vidriera que Antonia había cerrado, echando por dentro el pasador. Los niños, que como hemos dicho, se habían quedado con Rosita y Clara, percibieron también aquel rumor, y con la movilidad propia de su edad, se pusieron de un brinco en la puerta vidriera en ademán de abrirla, y advirtiéndoles entonces que estaba cerrada, empezaron a gritar: ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! yéndose inmediatamente por las otras piezas.

Rosita, por un movimiento instintivo, se puso en pie y abrió la vidriera, a tiempo que una señorita, a quien daba el brazo un caballero, la había empujado suavemente, con intención visible de penetrar a la sala, pero encontrándola cerrada, siguieron directamente por el corredor hasta la asistencia que se hallaba frente a la escalera. Rosita pudo ver perfectamente a aquellas dos personas y aun oír su conversación. La señorita, de mediano cuerpo, de facciones imponentes, aunque el conjunto de su hermoso rostro expresaba mucha amabilidad,

fue la única que vio a Rosita, cambiando con ella una mirada inocentemente curiosa, como la de un infante. Su traje de terciopelo negro, y una mantilla también negra, daban a toda su figura un aire distinguido que no se escapó a la penetración de la huérfana.

Todo esto fue, como es de suponer, obra de un instante, después del cual se ocupó esta última en ver al caballero, que daba el brazo a la joven, reconociendo en él inmediatamente a don Fernando Henkel, quien decía a su compañera:

—El paseo me ha hecho muy bien; siento que se aumenta la fuerza de mi pierna, y aún me parece que voy distinguiendo algo; sigues siendo para mí, María, una hada bienhechora.

Rosita, que se había quedado en la puerta como petrificada, sintió una indefinible conmoción al oír esta tierna manifestación de agradecimiento hecha por el maquinista a la bella desconocida, y aunque no pudo percibir la respuesta, seguramente fue muy expresiva, a juzgar por el semblante animado de aquella joven, y por la atención con que la escuchaba Fernando, quien después la tomó la mano llevándola sobre su corazón.

Rosita entró violentamente a la sala, diciéndole a Clara con apresuramientos:

—Vamos, pero inmediatamente.

—¿Pero qué te sucede?, preguntó Clara llena de admiración.

—Nada, nada, vámonos.

—¿Y la señorita, qué va a decir de nosotras?

—Yo le escribiré.

—¿Pero qué motivo?

—Estoy mala, muy mala.

—¡Ah! eso es diferente, ¿pero qué tienes?

—En la calle te lo diré.

Las dos jóvenes se alejaron de la casa sin despedirse de nadie, porque los niños también habían desaparecido. En la calle redobló sus instancias Clara para saber qué tenía Rosita, y ésta tuvo que pretextar un violento dolor de estómago, en lo que no faltaba exactitud, sólo que se presentaba como causa lo que era realmente, así como la violenta salida de la casa, efecto de haber visto a Fernando, que sin avisar de su llegada se acompañaba con una hermosa joven a quien trataba con tanta confianza y ternura, llamándola “su genio bienhechor”, y llevando la mano de ella a ponerla sobre su corazón. Rosita se encerró en su retrete y no quiso comer. Roldán, que extrañó aquella ausencia, supo por Clara



que habían ido a visitar a la dueña del cajón de “La Esperanza” y que allí se había enfermado del estómago. El comerciante que ya sabía la llegada del maquinista, quien le había encargado no dijese nada a su familia, supuso fácilmente con su natural malicia algo de lo que había sucedido y se preparó para comunicárselo a Fernando, fingiendo dar pleno asentimiento a la relación de Clara, a quien creía también en el secreto.

Rosita entre tanto, ensayaba enviarle a Antonia alguna excusa acerca de su repentina salida, deseando al mismo tiempo poder hablar con ella para que le explicase, si lo sabía, por qué circunstancia el maquinista, que se había desaparecido en Tenancingo, aunque ya tenía noticia de que iba a Guadalajara, volvía sin dar aviso, acompañado de una interesante joven. Esta explicación, que muy ardientemente ansiaba con objeto de fijar su línea de conducta para lo sucesivo, debía obtenerse sin confiar a nadie el secreto de su amor a Fernando, porque al pensar en esto sentía una humillación penosa, y no conociendo a otra persona que pudiese darle aquella explicación, como Antonia, se decidió a escribirle en los siguientes términos:

Querida Antonia:

Muy pronto tengo necesidad de hacer uso de la amistad de usted para pedirle, primero, que disimule mi violenta salida de su casa, porque me atacó repentinamente un serio malestar, y como nos hallábamos solas Clara y yo, no tuvimos a quién avisar; y en segundo lugar, que se digne usted venir a verme, tan pronto como lo sea posible, porque sigo mala, muy mala, y necesita de sus consejos,

Su atenta servidora y amiga

En los momentos en que llegó esta carta a poder de Antonia, se hallaba ésta en la mesa con Fernando, quien por su delicada salud comía más temprano que el resto de la familia; María, que era quien acompañaba al maquinista cuando se encontró con Rosita, no estaba presente, y se ocupaba de ensayar un modo de peinarse que le habían enseñado, y que entonces era muy de moda; Antonia trinchaba entonces la vianda del plato de Fernando, pues no podía hacerlo éste por sí mismo, a causa de estar ciego y notando que una criada se acercaba llevando una carta en la mano, le indicó con una seña que la pusiese en la mesa, y continuó una conversación que sin duda desde antes había empezado, pues decía:

—Lo que no me ha explicado usted papacito, y no he podido hasta ahora comprender, es de qué modo tuvo María noticia de que estaba usted en la gruta.

—Uno de los dos hombres, respondió Fernando, que acompañaban a mi enemigo, tuvo compasión de mí y dio aviso prontamente a María del estado en que yo me encontraba. Precisamente es el mismo que nos ha traído a María y a mí hasta México, y que según tú me decías ayer, nunca sale del pajar si no es cuando lo llaman a comer.

—Realmente ese hombre es una especie de hurón a quien debemos la vida de usted.

—Días hace que me ocupo en pensar de qué modo podré recompensarle, y no encuentro...

—Podríamos preguntarle qué es lo que quiere, y acaso no sea tan difícil de proporcionárselo.

—Eso lo haremos por medio de María, a quien respeta mucho.

—Perdone usted, papacito, tantas preguntas, ya sabe usted que las mujeres somos muy curiosas.

—Y tú especialmente; pero yo también seré incansable en responderle.

—¿Quién es ese enemigo que tan gratuitamente ha perseguido a usted?

—¿No hay otra persona en esta pieza más que tú y yo?

—Solamente nosotros dos, contestó Antonia, echando en derredor de la pieza una mirada, porque los niños están jugando en el corredor.

—Pues ese hombre por quien me preguntas, era el padre de María.

—¡El padre de María!, exclamó Antonia llena de asombro, sofocando también la voz.

—Sí, era su padre; pero ha muerto ya. Te digo esto para que no suscites en presencia de esa niña ninguna conversación acerca de mis males, porque se aflige mucho al pensar...

No acabó la frase Fernando porque oyó el ruido de una mampara que se abría tras de él, luego la voz de María, que le decía acercándosele:

—Aunque no puedas ver qué bonita estoy con este peinado, corre la mano por mi cabeza.

—Pero te desarreglaré tal vez el pelo con que tanto cuidado habrás dispuesto.

—No importa, me peino para ti, que como artista podrás juzgar si estoy bonita con sólo pasar tu mano sobre mi cabeza.



—De todos modos, siempre eres para mí la más hermosa de todas las mujeres, contestó Fernando acariciando a María.

Antonia entre tanto leyó rápidamente el billete de Rosita, y dijo para sí al oír aquel elogio exagerado del maquinista:

—¡Pobre amiga mía! ¡Peor te pondrías si vieras esto!

—¿Quién te escribe, Antonia?, preguntó María.

—Una amiga mía, contestó Antonia, guardándose en el seno la cartita.

—¿Y quién era la señorita que tenías de visita esta mañana?

—¿Qué, la viste?

—Sí, y por cierto que es la más linda mujer que he conocido hasta ahora, pero cuando fui a la sala para contemplarla desapareció, ya se había ido, ¿qué le sucedió?

—Que cansada de esperarme se fue, ahora tendré que ir a satisfacerla.

—¿Es tu amiga?

— Sí.

—Pues yo quisiera ser amiga de ella; llévame cuando vayas a verla.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque alguna de nosotras dos debe quedarse con papá.

—Lo llevaremos.

Antonia no tuvo que responder; pero Fernando tomando la palabra, dijo:

—Yo no estoy para hacer visitas, pueden ir ustedes, me bastará que me acompañen los niños.

A esta plática siguió un momento de silencio que para el ciego no era más que continuación de esa calma perfecta en que forzosamente se hallan los que pierden la vista. María entre tanto hacía instintivamente la observación de que Antonia no le quería decir quién acababa de escribirle, ni llevarla a visitar la joven que había visto en la mañana, en la puerta de la sala; al mismo tiempo Antonia reconocía congojosamente que allí se preparaba una complicación.

De pronto entró el mayor de los niños gritando:

—¡Tonchi! Ahí está una criada esperando la respuesta de la carta que te trajo.

—Dile que iré.

—¿No me llevas, Antonia?, preguntó con cándida insistencia la otra joven.



—Si papá quiere, contestó la primera, refugiándose como en una última esperanza de negativa.

—Sí, que vaya, dijo el maquinista prontamente; es necesario proporcionarle a esta niña todas las ocasiones para que se perfeccione en todos los usos sociales, y yendo contigo no tienes qué preguntarme. Podrían muy bien ir inmediatamente para volver a la hora de la comida; deben ser las dos y cuarto.

—Exactamente, contestó María, mirando la muestra de un reloj que había en el comedor, ¡qué bien calculas!

—Es la primera obligación de un ciego, dijo sin amargura Fernando, y luego añadió:

—Anda, Tonchi, repasa tu peinado, ponte un elegante vestido, y váyanse a pasear; ¿qué necesidad tienen de estar aquí encerradas, especialmente tú, que en toda la semana trabajas?

Antonia se sentía impulsada por su padre adoptivo a un serio compromiso, del que de pronto podría salir yendo a otra visita con María, dejando la de Rosita para otra ocasión. Pero Rosita la esperaba, había mandado decirle que iría, y bien sabía que en día de trabajo no podía separarse del cajón. Decirle a Fernando a dónde iba era una especie de indiscreción, una advertencia brusca acerca de una persona que él mismo parecía olvidar, haciendo necesarias explicaciones penosas tal vez, que ella menos que nadie deseaba provocar; le bastaba ver mejorado a su bienhechor, y suponía que al cambiar éste de amor, lo haría por lo que se hace siempre, a causa de una más fuerte ilusión que habría opacado la primera, y si la última lo hacía feliz, ella no deseaba otra cosa.

Las dificultades de Antonia debían reproducirse mientras no tuviera con Rosita una explicación franca y para obtenerla, le pareció que la insistencia de María en acompañarla era un medio providencial para que todas las personas de este drama quedasen en su verdadero lugar.

Estas cavilaciones divagaban el pensamiento de la joven mientras que maquinalmente cambiaba de traje.

Fernando, cuando oyó que se alejaba, le dijo a María:

—Aunque nada te he dicho hasta ahora acerca del “Gachupín” me ocupo hace algunos días de su suerte. Le debemos, yo especialmente, favores que con nada podemos pagar, porque si él no te hubiese avisado prontamente de qué manera quedaba yo en la gruta, toda tu solicitud hubiera sido impotente para salvarme algunos momentos después. Antonia me ha dicho que todo el día está retraído en el pajar, y esta

circunstancia nos obliga a determinar sin tardanza lo que más convenga; tú lo conoces más, y a quien respeta tanto puedes escoger, o preguntarle lo que desee, y yo procuraré que se cumpla.

—Tiene grande dificultad la empresa, respondió María, porque por una parte tú no quieres que se toque, por ahora al menos, el tesoro que dejó mi padre, y del cual nos ha dado noticia “El Gachupín”, mientras que éste no sabe trabajar en cosa alguna.

—Habrà que enseñarle a trabajar y esto es todo, pues de ninguna manera conviene que este hombre, más desgraciado que perverso, aparezca gozando de comodidades que podrían creerse conseguidas en su vida anterior cuando, por el contrario, debe de esforzarse en ser un hombre nuevo, a quien todo el mundo respete por su acrisolada honradez. Para llegar a obtener esta dichosa transformación no conozco más que un lugar.

—Sí, la Nueva Filadelfia.

—¿Cómo sabes de ese establecimiento?

—Por las cartas que olvidaste en el oratorio de la casita de Cahuamilpa.

—¿Las has leído con atención?

—Sí, y casi las sé de memoria.

—Pues en caso de que te parezca bien, y que “El Gachupín” esté conforme en ir a aprender el trabajo y la virtud en esa casa, no tendremos más inconveniente que la demora.

—¿La demora?, preguntó María.

—Sí, porque está destruida, o más bien estaba destruida a tiempo en que fui llevado a la cueva.

—¿Destruida, por quién?

—Por un militar vengativo que abusando de las armas que tenía confiadas fue a tomar por asalto aquella colonia, destruyendo algunos talleres, matando a varios trabajadores y aprisionando a otros.

—¡Ah!, dijo Antonia, deben ser muy malos esos militares que han causado tan enormes perjuicios.

—Así es la verdad.

—¿Y ahora qué remedio tiene ese fatal acontecimiento?

—Ya debe haberse puesto, según creo, el único eficaz, que era el restablecer todas las cosas en la colonia al estado que guardaban cuando fue asaltada por la soldadesca, pues a este fin marchó para Guadalupe hace algunas semanas mi socio don Abundio Torres, llevando fondos considerables. Yo debía haberle seguido pocos días después, a

fin de ayudar en la empresa, porque soy director de aquella colonia; pero tú sabes bien lo que me ha impedido verificarlo. Me inquieta ahora a mucho el no haber recibido carta alguna ni de Torres ni del padre don Luis, quien quedaba después de la catástrofe en Guadala-jara, como prisionero de guerra.

—¿Prisionero ese venerable sacerdote cuyas virtudes he conocido en sus cartas?, exclamó María llena de asombro.

—Sí, aunque yo espero, que reconocida su inocencia, y que ha sido víctima de una tropelía verdaderamente salvaje, se le habrá puesto en libertad, y se estará procediendo con el rigor debido, para castigar al jefe de la expedición que destruyó la Nueva Filadelfia.

—Pues no hay recurso; esperaremos a que se restablezca esa colonia para mandar allí al “Gachupín”. Óyeme, ¿no sería bueno que también nosotros nos fuésemos allá?

—Sí, bastante que nos convendría, a mí particularmente por mis enfermedades; ya oíste lo que dijo el doctor Vértiz ayer.

—Dijo que mucho te mejorarías con el tiempo, si procuras tener algún trabajo físico que requiera todas tus fuerzas, y dejas el trabajo mental; que ya había tenido casos, aunque raros, de personas que habían perdido temporalmente la fuerza necesaria para la visión en los nervios ópticos, y que la habían recobrado por reacción natural con sólo variar de clima y método de vida.

—Pues, si te parece, dispondremos nuestras cosas para ir pronto a la Nueva Filadelfia.

—Con mucho gusto, porque tengo grandes deseos de aprender a trabajar y de conocer al padre Luis. Dime, cuál es su figura, porque varias veces la sueño.

—Lo sueñas.

—Sí.

—Entonces ya tú sola habrás hecho en tu imaginación su retrato.

—Pero no puede estar bien hecho: ¿es alto?

—Sí.

—¿Rubio?

—También.

—¿Sus ojos azules y de una mirada muy dulce?

—Exactamente, cualquiera diría que ya le conoces.

En aquel momento entró Antonia al comedor haciendo sonar su vestido de raso, y María dejó la conversación para ir con ella a la visita, montando en el coche de Fernando que las esperaba en el patio.



6. LAS DOS RIVALES

Rosita, desde que había recibido el recado de Antonia en que ésta le anunciaba que iría a verla, no había cesado de asomarse al balcón dirigiendo la vista por el rumbo en que debía llegar. De pronto creyó reconocer un elegante landó que venía tirado por dos arrogantes frisonos negros, pero caminaba tan aprisa que antes de poderse dar cuenta de lo que quería recordar, vio que dentro de aquel coche venían dos señoras que distinguió muy pronto, dándole un extraño vuelco el corazón; la una era su amiga Antonia, la otra su rival, joven que había conocido en la mañana de aquel mismo día al lado de Fernando.

Clara, a quien no había antes dicho Rosita que vendría la dueña del cajón de “La Esperanza”, estaba cerca de su amiga, cuidadosa por el malestar de que aquélla se había quejado, así es que cuando dijo Rosita a grandes voces: ¡Clara! ¡Clara! ¡ahí vienen unas visitas!, pudo asomarse sin tardanza al balcón, y contestó:

—¡La dueña del cajón de “La Esperanza” en el coche del señor Henkel!

Antonia subió con ligereza la escalera, abrió sin ceremonia la vidriera de la sala, y al fijar una mirada escudriñadora en su amiga, notó que los ojos de ésta se extraviaban buscando a la otra joven que venía con ella en el coche. Cuando ésta entró a la sala, Rosita la miró primero con altivez, después con admiración.

María, por su parte, sin prevención alguna, y resguardada con su natural inocencia, abrazó inmediatamente a Rosita sin advertir que ésta recibía aquella demostración con frialdad, y la dijo con una animación de voz que le daba una fuerza de atracción irresistible:

—Desde esta mañana que vi a usted en la casa de Antonia quise hablarle, pero usted se vino tan pronto, que cuando salí a verla ya no había nadie en la sala.

Rosita se encendió como un botón de Jericó, para contestar estas palabras:



—Me puse mala...

—Pero ahora está usted buena, ¿no es verdad? cuando dos amigas vienen a ver a usted, el gusto solo deberá aliviarla...

—¡Dos amigas!, murmuró maquinalmente Rosita, sin saber qué decir.

—Sí, dos amigas, porque sin duda lo es usted de Antonia, y yo quiero serlo de usted.

Al decir esto se habían ya sentado las cuatro jóvenes quedando Rosita entre Antonia y María. Ésta, acariciando a su rival y tomando entre las manos los bucles de su pelo, le decía con la misma ternura que solos emplear con un niño que gana de pronto nuestro cariño.

—¿Qué no me quiere usted?

Por una de esas rarezas que el mundo suele presentar, mientras que Rosita procuraba sustraerse al influjo de aquella simpatía que a su pesar iba apoderándose de ella, Clara sentía un vivo dolor de no ser comprendida en tal amistad, y se acercaba formando casi un círculo a las tres jóvenes, para contemplar más inmediatamente a aquella sencilla criatura que la embelesaba con su hermosura, y todavía más con su candor.

Antonia, que conocía cuál era la causa de la repulsión de Rosita, aprovechó el primer momento en que pudo hablar para decirle:

—Rosita, luego que recibí su cartita nos hemos apresurado a venir.

—¿Se llama usted Rosita?, preguntó María dando a sus ojos una fijeza como de aturdimiento.

—Rosa Dávila, contestó ésta dando a su voz una suave inflexión.

Como si hubiese puesto el pie sobre una víbora dormida, así se pintó en la fisonomía de María una extraña mezcla de afectos: de pronto el estupor, después cierta altivez que la hizo erguirse, finalmente el dolor que abatió momentáneamente su frente. Nada de esto percibió Rosita, que inmediatamente había comenzado con Antonia una conversación animada, a la vez que Clara, que seguía con el mayor interés los más ligeros movimientos de María, creyendo que se había ofendido de no encontrar correspondencia en Rosita, y al ver que se separaba ésta con Antonia en dirección de su retrete, propuso a María el ir a ver la calle desde el balcón, deseando ganar su simpatía.

—No es bonita esta calle, le decía, pero siempre pasa por ella mucha gente.

—A mí me gustan todas, contestó con voz lánguida María, pero mejor que estar en México deseara...

—¿Qué quisiera usted, señorita?

—Volver a mi casita.

—¿Pues dónde está?

—En... lejos de aquí.

Fernando le había encargado que no revelase su origen, ni dijese dónde vivía antes, y esta pequeña precaución a cada paso estaba a punto de ser olvidada.

—Tal vez está usted triste porque no tiene amigas que la saquen a pasear, que la quieran.

—No tengo más que Antonia, y como siempre está en el cajón, tengo que ocuparme en la lectura, que ya me aburre.

—Pues cuando usted guste venga a esta su casa, iremos a algunos paseos, visitaremos lo más notable de la capital, asistiremos a las funciones religiosas, en que siempre hay excelente música, y las iglesias muy compuestas.

—Deseara, en efecto ver todo eso; pero...

—Cuando usted quiera; precisamente dentro de pocos días harán los filarmónicos su función a Santa Cecilia, que es muy rumbosa.

—Yo no he de volver aquí.

Esta respuesta, que no puede recibirse generalmente sin tomarla por una falta, hizo sonreír a Clara que atribuyó el disgusto de María a la mala correspondencia de Rosita, por cuyo motivo contestó:

—Yo iré por usted, si no hay inconveniente, y aun irá Rosita...

—¿Rosita? ¿La señorita que está ahora con Antonia?

—Sí, es muy buena y ha de querer a usted mucho, sólo que ahora se halla enferma; no sé qué le ha pasado, desde esta mañana que fuimos a casa de Antonia dice que le duele mucho el estómago, y por este motivo nos hemos retirado sin despedirnos.

—¡Con que está enferma!

—Sí, desde esta mañana.

—¿Creerá usted una cosa señorita?

—¿Qué cosa, niña?

—Que el mal de Rosita es, según creo, algo contagioso.

—¿Será posible?

Yo también me siento atacada, y quisiera hacer lo que ella hizo, retirarme cuanto antes.

—Ha de ser aprehensión, usted está de muy buen color, como una rosa de Castilla y no puede hallarse enferma. Esta mañana Rosita, antes de estar mala, se puso muy pálida.

Después de un rato de silencio, continuó Clara:



—Lo que hay en todo esto es una cosa bien triste para mí, y que debería enfermarme si fuese yo mas delicada.

—¿Cuál es?

—Que estoy pagando lo que otros hacen.

—No comprendo.

—Pues es muy claro; usted ha preferido a Rosita, y tiene razón, pero ella, que quiere más a Antonia, ha hecho enojar a usted, y yo soy quien ha tenido que pagar el pato.

María se sonrió dolorosamente considerado cuán distante se hallaba Clara de comprender el motivo de su disgusto, y conociendo que en ésta hallaba una verdadera simpatía, le dijo manifestándose tan afable como lo era naturalmente:

—No soy tan mala, Clara; así oí que nombró a usted Antonia al entrar; ¿no es verdad?

—Sí, me llamo Clara Nájera, y ¿usted?

—María solamente.

—Pues decía usted...

—Decía, o más bien voy a decir, que estimo la atención de usted sin ofenderme de que Rosita prefiera a Antonia, pues yo haría lo mismo; además, este es juego que tiene desquite.

María hacía alusión a las melancólicas ideas que le ocurrían en aquel momento, suscitadas por la presencia de su rival, y Clara entendía que se trataba solamente de mostrarse seria cuando Rosita volviese a la sala, o de preferir a la misma Clara. Las ideas que vagaban en la mente de María eran dos: volverse sin tardanza a su casita de Cacahuamilpa, o entrar en un convento y hacerse monja, porque perseveraba en la resolución de no ser un obstáculo entre Fernando y la señorita Dávila.

—Tengo un deseo, dijo María a Clara, que tal vez será de fácil realización.

—Si en algo puedo contribuir a ello tendré mucho gusto.

—Quisiera ver una profesión de monja.

—Es cosa fácil; precisamente tiene que profesar una conocida mía dentro de pocos días, y ha venido a convidarme para que asista a la ceremonia. Si no hay inconveniente pasaré por usted a casa de Antonia y la acompañaré; me parece que el próximo jueves, que es día festivo, es el designado para la ceremonia.

—Pues le tomo a usted la palabra, y le suplico que en esta confianza vea usted una prueba de que no soy indiferente a la simpatía que me ha mostrado...



Mientras Clara y María platicaban, Rosita desahogaba su pena mediante una confidencia sin reserva que hacía a su amiga Antonia.

—Me ha llamado usted, le dijo ésta, luego que estuvieron solas.

—Sí, Antonia, antes de abandonarme a la desesperación, y de que se rompa a mi corazón dentro del pecho, he querido depositar en una amiga como usted, la única que tengo ahora capaz de comprenderme, todo mi sufrimiento, la horrible humillación de que soy víctima.

—Me alarma usted, Rosita, y ciertamente no comprendo...

—Voy a hacerle a usted una rápida relación de mi triste historia, tomando por punto de partida la última temporada que pasé en San Ángel. Deseo que se tome usted la molestia de escucharla porque necesito sus consejos, que fijarán la resolución que estoy a punto de abrazar, y que acaso merecerá la aprobación de usted.

En seguida la misma joven refirió los varios incidentes que ya conocen nuestros lectores, hasta llegar a la desaparición de Fernando en Tenancingo.

—Qué juzgaría usted, Antonia, de un hombre que después de darle pruebas continuadas de un amor acendrado, la dejase a usted, sin despedirse, misteriosamente, para aparecer después llevando del brazo a una joven interesante, no lo niego, a la que testificase su cariño del modo más rendido, llamándola en su presencia “su hada, su ángel bienhechor”. Yo bien sabía que los hombres son volubles por lo general, mas me lisonjeaba inecia de mí! de que llegaría a encontrar la excepción de esta regla, y aun creía que Fernando justificaba al fin la preferencia que instintivamente le he concedido desde que le conocí, sobre los demás de su sexo. Pero dejemos estas quejas que me avergüenzan, porque me dan claramente a conocer que soy una débil mujer que está a punto de llorar un amor perdido, siendo así que en la resolución que casi he tomado, no debe entrar absolutamente un motivo mundano.

—¿Cuál es esa resolución?, preguntó sobresaltada Antonia.

—Entrar a un convento.

Antonia enmudeció, porque no se sentía con fuerzas suficientes para dar aliento y esperanza a aquella joven desilusionada, haciéndole creer que Fernando la preferiría, cuando era ella misma un testigo de que el amor del maquinista había cambiado de objeto. Verdad es que no le había preguntado cosa alguna respecto de Rosita, y que el cariño de Fernando respecto de la otra joven podría tener la muy sencilla explicación de deberle la vida; pero el silencio en que había entrado des-

pués, respecto de un amor que antes le ocupaba casi constantemente, era un indicio muy vehemente de que algo nuevo y muy grave había acontecido, que había variado el curso de sus sentimientos.

Observando Rosita el silencio de su amiga, le dijo:

—¿No es verdad que aprueba usted mi resolución?

—Antes de contestar, dijo Antonia, necesito indicarle a usted algunas particularidades de mi vida, para pagar al mismo tiempo su confianza ¿No le ha llamado a usted la atención el encontrar en casa al señor Henkel?

—Pensé simplemente que iba de visita a presentarle a usted esa joven...

—Pues es mi padre:

—¿Su padre de usted?

—Sí, mi padre adoptivo, le debo más que el ser, porque habiéndonos encontrado al borde del sepulcro, por efecto de la miseria más horrorosa, a mis hermanitos y a mí nos tendió la mano protectora, y no podríamos saber decir a usted qué ha sido mayor, si su delicadeza hacia nosotros o su liberalidad espléndida.

—¡Oh, sí!, dijo Rosita, dejando escapar un doloroso suspiro, reconozco en ese rasgo su corazón.

—Por esto comprenderá usted Rosita que siempre que se trate de la persona del señor Henkel yo debo ser muy parcial.

—Lo comprendo y celebro mucho, pues yo deseara que él mismo me explicase el motivo de su variación, y ya que esto no es posible sin que yo me degrade a sus ojos, ninguna persona puede reemplazarle mejor que su hija adoptiva.

—La explicación que usted me insinúa sería para mí penosísima, si pudiera darla, por tratarse de mi padre y de una amiga; pero es el caso...

—¿Qué?

—Que no sé nada.

—¿De veras?

—Con toda verdad.

—Eso es imposible.

—Escuche usted Rosita: me hallaba hace ocho días llena de la mayor inquietud acerca de la suerte de mi padre porque desde su desaparición en Tenancingo, que supe mucho tiempo después que sucediera, ignoraba absolutamente el camino que hubiese seguido, cuando inesperadamente veo que llegan a la puerta de casa, en un coche un caba-

llero y una señorita seguidos de algunos criados, y reconozco en el primero al señor Henkel. Corro a abrazarlo, quiero que suba con precipitación para que descanse, y me dice:

—Despacio, hija mía, porque con la caminata se ha resentido algo mi pierna; dame la mano y guíame... porque... ¡porque no veo!

—Mi gusto se cambió en la más desgarradora aflicción...

—¿Está ciego el señor Henkel?

—Casi enteramente, y apenas hay esperanza de que variando de clima y de género de vida recobre algo la vista.

—¿Pero cómo ha sucedido esa desgracia?

—Ahora le referiré a usted lo poco que sé. Como decía, mi gusto se cambió en aflicción, di grandes gritos, lloré en seguida mucho, y no procuré reprimirme hasta que pude notar que con mi imprudencia había yo entristecido demasiado a mi padre y que lloraba junto a mí. Conocí entonces que debía consolarle, y al enjugarme las lágrimas, después de limpiarle las suyas, fijé mi atención en la señorita que le acompañaba, que se hallaba también muy conmovida y había reunido sus lágrimas a las nuestras. Pasado este primer momento, me dijo mi padre:

—Antonia, la niña que tienes delante ha sido mi ángel custodio, sin ella habría yo perecido en el mayor abandono; quiérela si me quieres.

—Desde entonces hago cuanto puedo por consolar a mi padre y por querer a María.

—Mucho agradezco a usted, Antonia, la relación que acaba de hacerme, porque ella me asegura en mi resolución.

—¿Cuál resolución?

—La de entrar a un convento. Solamente un motivo podría apartarme de ella, y sería el estado lastimoso en que se encuentra el señor Henkel por estar privado de la vista; sí, sería yo muy feliz si pudiese pasar a su lado mi vida, consolándolo y distrayéndolo de la terrible pena que debe experimentar; él, tan activo, tan laborioso, tan inteligente, debe sufrir infinito, y tal consideración me parte el corazón; pero tiene en primer lugar a usted, Antonia, y en segundo lugar a ese ángel de guarda que tan oportunamente se ha encontrado...

—Rosita, puesto que me honra usted llamándome su amiga, interrumpió Antonia poniéndose muy seria, debo manifestarle que esa ironía es una prueba evidente de que la resolución que ha tomado usted es violenta, y quién sabe si con el tiempo venga a aparecer que también es del todo infundada.



—¿Pero qué camino me queda que seguir?

—El de promover una franca explicación.

—¿Yo?

—Sí, usted; porque se trata de su felicidad.

—Nunca, Antonia.

Las dos jóvenes guardaron un largo silencio que interrumpió al fin Rosita diciendo:

—Me resta un favor que pedirle a usted y que no podrá usted negarme, porque es tan sagrado como el deseo de un moribundo.

—Estoy dispuesta, aunque no tenga un aspecto tan fúnebre la situación en que nos encontramos.

—Desgraciadamente lo tiene; el favor es que me acompañe usted a pedir de limosna mi dote para entrar de monja.

—¡Persiste en esa idea!, dijo para sí con amargura Antonia.

Su amiga que la oyó, contestó:

—Sí, persisto invariablemente.

—¡Usted tan joven, tan hermosa, tan admirada por cuantos la conocen! antes de saber si el motivo que tiene es fundado ¿no teme usted hacer su propia desgracia y seguramente la de otro, aunque no sea más que por el remordimiento?

—Los hombres no tienen remordimiento, replicó con desdén; y en cuanto a nosotras las mujeres, seres débiles y desgraciados, para quienes la sociedad hizo todas las penas, demasiado hacemos resignándonos calladamente a nuestra dura suerte, para que tengamos necesidad de encargarnos de la felicidad de los otros.

—¡Rosita! ¡Rosita! no hable usted así porque me destroza el corazón: si es usted amiga mía, como me lo asegura, si en algo estima mi sincera adhesión, deseche usted esa idea que no es más que la desesperación, con las apariencias de la calma y de la reflexión. Entrar a un convento cuando hay una pasión ofendida es cometer un suicidio contra el que la sociedad no se levanta, porque no ve que corra sangre, porque las víctimas sonríen tristemente con la resignación del sacrificio, y porque se cree estúpidamente por el vulgo que es el principio de la beatitud, cuando no es más que el oscurecimiento de la inteligencia, la muerte del corazón, la alucinación, el vértigo, la desesperación del suicida.

—Antonia, contestó Rosita con una aparente tranquilidad, me ha prometido usted cumplir mi postrimer deseo, y yo reclamo esta promesa.

—¡No, Rosita, es imposible! yo que he vuelto a la vida por la poderosa voz de un hombre que me dijo: “en nombre de Dios, sálvate, en nombre de la caridad levántate y anda”; yo que casi he olvidado mis penas, y que he entrado gustosa a emplear mi actividad y mi energía en las duras contiendas del comercio; que hago frente a sus crueles rivalidades y a las miserias de los que me cercan; no puedo ver sin confusión, sin horror y sin espanto, que una criatura a quien el Todopoderoso llenó con tantos dones se hunda viva en esos sepulcros que llaman conventos, donde una desgraciada tiene que olvidarse de sí misma, de la Humanidad, y del prójimo.

—Antonia, yo no sé si tiene usted razón en lo que dice, ni me siento con bastante fuerza para reflexionarlo; pero lo que le puedo asegurar a usted es que desde que di entrada a la idea de ser monja, siento una extraña satisfacción en apegarme a ella más y más. Suponga usted que sea como una especie de suicidio, pues yo tengo que suicidarme, y si no hago esto, no sé lo que haré; tengo que bajar a ese grande sepulcro en que están enterradas vivas muchas mujeres, acusando a la naturaleza de haberles dado un vigor inútil, a la sociedad de haberles dado sentimientos que allí no se satisfacen, rogando en fin a Dios que les acorte una vida que él quiso fuera larga; conozco todo esto; y bien, tengo que hacerlo y lo haré, ¿cómo puedo desviar de mí esta especie de fatalidad?

—Rosita, veo con indecible sentimiento que nada vale mi amistad ante esa desesperante resolución que ha tomado usted; tal vez por conocernos hace poco tiempo, mi voz carece de todo prestigio y mis consejos no son atendidos. Yo no puedo rogarle a usted en nombre de recuerdos de infancia, ni por el lazo sagrado de sufrimientos comunes, porque cada una de nosotras ha girado en muy distinta esfera; pero si nada puedo sacar de lo pasado, para salvar a usted del abismo a que se inclina y que ya le atrae, le hablaré en nombre del porvenir. A usted le enferma esta vida que lleva; vámonos a mi casa, se divertirá usted unas veces en el cajón trabajando como nosotras, saldrá usted conmigo o sola, para probarse a sí misma que es libre, estará usted con las visitas, o sola con algún libro; iremos a una casita de campo que yo he alquilado por San Cosme, y cultivará usted allí flores, reunirá usted pájaros, recibirá o no recibirá a las personas que la busquen; volverá usted a reírse de los adoradores, que no tardarán en cercarla, corresponderá usted a quien guste, y si prefiere los arrobamientos místicos irá usted a los sermones, a las misas de grande orquesta, unas veces oirá usted las

robustas voces de los frailes dieguinos, o en el extremo opuesto de la ciudad visitará a los carmelitas, pidiéndoles sus oraciones, mediante la limosna de algunas misas; y si la furia de los escrúpulos aprieta, tomará usted ejercicios en Nuestra Señora de los Ángeles o en Belén de las Mochas: en una palabra, hará usted por algún tiempo la prueba de vivir a su gusto, enteramente a su gusto, y si esto no le parece a usted pasable, entonces ya sin más discusión, derechita al convento. ¿Qué dice usted?

—Digo que es usted una amiga adorable; pero...

—¿Acepta usted, no es verdad? sí, Rosita, manos a la obra; mañana quedará amueblada la casita de San Cosme, y...

En aquel momento entró Clara a decir a las dos amigas:

—Han dejado ustedes por tanto tiempo a la otra señorita que ya insta por irse, y tiene razón.

Antonia salió del retrete dirigiendo todavía a Rosita una mirada suplicante, que parecía decirle: ¿se obstina usted todavía en ser desgraciada?

Rosita correspondió aquella mirada con otra, significándole: “nada puedo contra mi mala suerte”.

Poco tiempo después se despidieron las dos visitantes, y Rosita dijo en la escalera a su amiga:

—¿Vendrá usted el próximo día de fiesta?

—Sí.

—Pero temprano, a las nueve de la mañana.

—Estaré sin falta; pero hasta entonces habrá tregua religiosamente guardada.

—Es decir, por tres días; el jueves es día festivo.

—Me conformo aunque sea por tres días; y las dos amigas se abrazaron tiernamente.

Clara entre tanto decía a María:

—El jueves, a las nueve de la mañana pasaré a la casa de usted, se habrá peinado y estará usted tan linda como ahora, para que vayamos a curiosear lo que es un monjío.



7. LA LICENCIA DE ROMA

En el corto rato que empleó el coche para volver a la casa, Antonia y María permanecieron en completo silencio, preocupada cada una de ellas con su pensamiento, que en Antonia no era otro que impedir el que Rosa se hiciese monja, y en María el ver de cerca qué cosa era la vida religiosa, para abrazarla, si se sentía con vocación y en caso contrario, volverse a la casita en que había nacido.

A Fernando lo encontraron también muy preocupado, porque mientras las jóvenes hacían su visita, había venido Roldán a decirle:

—Señor, esta mañana ha estado en esta casa doña Rosita y ha vuelto enferma; no ha querido comer y se halla muy triste.

—¿Pero cómo ha sabido mi llegada?

—No la ha sabido; al menos por mí.

—Pues ¿cómo ha venido?

—A visitar a la señorita Antonia, con quien tiene amistad, desde que se compraron en su cajón las donas de mi esposa.

—¡Me habrá visto!

—Yo no puedo asegurarlo; pero esto de la enfermedad...

—Yo no he mandado avisarle porque ya ve usted el estado que guardo, enfermo y ciego; no he querido afligirla. Si me ha visto, el mandarle avisar ahora que estoy ya en México, puede parecerle hoy que deseaba reponerme para ir a visitarla; pero... no, lo pensaré despacio... ¿Usted qué cree?

—¿Yo?, contestó, nada señor; muy admirado de ver la perplejidad del maquinista; pero dije para mí: “la señorita se ha enfermado repentinamente estando en la casa de doña Antonia, bueno será que lo sepa el señor don Fernando”.

—Muy bien: ahora dígame usted, Roldán; ¿está ya formada la cuenta de lo que se ha gastado desde que fue usted por primera vez a la casa de Clarita?

—No, señor; solamente tengo unos apuntes de lo que ha pedido doña Rosita.

—Pues encargue usted a uno de los dependientes que forme la cuenta, incluyendo todo gasto desde la época que he dicho, y preséntela usted para que se la paguen en el almacén; que sea en la semana, pues quiero tener liquidadas mis cuentas.

—Poner lo que haya gastado doña Rosita, está muy bien; pero todo, no es justo.

—Hágalo usted así.

—Está muy bien, señor.

—Supongo que nada habrá faltado a la señorita Dávila.

—Nada, señor; y aun ha tenido las cosas de sobra, porque la señorita Antonia cada dos o tres días le enviaba por mi medio, y sin que doña Rosita lo supiese, cuanto podía necesitar.

—Excelente joven es esta Antonia.

—Sí, señor; ¿qué diría usted si la hubiera visto llorar por usted?

—¡Pobre hija mía! no deja de ser una circunstancia que puede traer alguna complicación, dijo Fernando en actitud de reflexionar: el que Antonia tenga amistad, íntima tal vez, con la señorita Dávila.

—Ahora está precisamente en la casa con ella.

—¿Dónde? ¿Dice usted que Antonia está en su casa?

—Sí señor: vi que se paró el coche cerca de la tienda, y como al pasar conocí a la niña Antonia, dije para mí, “es claro que va para allá”.

—Sí, es claro, Gregorio; demasiado claro por desgracia ¡Oh, Dios mío! ¿Qué va a suceder aquí? ¡Con razón Antonia rehusaba llevar a María; pero yo insistí tan neciamente!

Apenas había hecho estas exclamaciones cuando entraron las jóvenes a la pieza en que estaba el paciente. Roldán se despidió y quedaron en completo silencio, tanto las personas que acababan de llegar, como Fernando.

Al fin éste rompió el silencio, diciendo:

—¿Qué tal fue de visita?

—Bien, papá; sólo que no encontramos a la señorita que íbamos a visitar.

Fernando aspiró una grande cantidad de aire, como si tuviese muy oprimido el pecho, y abrió desmesuradamente los ojos deseando distinguir, aunque inútilmente, las facciones de Antonia; María, a quien su compañera había hecho una seña para que callase, se sonrió tristemente, conociendo la causa porque Antonia daba aquella respuesta.



Pues vayan a comer, dijo el maquinista; serán apenas las cuatro, podrán después ir una hora al paseo. ¿Dónde está ahora, Antonia?

—En La Viga, papá, ya sabe usted que hasta después del día de la Ascensión, que es el próximo jueves, no pasan los coches al de Bucareli.

—¿Y qué han oído decir de los americanos?

—Que mañana empiezan a salir.

—Es lo mismo que me dijo un dependiente que me trajo unas cartas. A propósito, ¿quieres leérmelas?

—Con mucho gusto.

Fernando sacó de su paltó dos cartas, la una más abultada, la otra mediana, y se las entregó a Antonia, quien rompió el sobre de esta última, diciendo: “es de don Abundio”.

—¿De don Abundio? ¿Y qué dice?

—Antonia leyó:

Guadalajara, mayo 21 de 1848

Señor de todo mi respeto y cariño:

No había escrito a usted porque esperábamos el padre don Luis y yo verlo pronto en nuestra compañía; pero habiéndome mandado decir un dependiente del almacén que aún no venía usted a México, dirijo ésta con encargo de que se le remita a donde usted se halle, para que sepa que he cumplido sus disposiciones con la mayor felicidad.

Cuando llegué a esta ciudad estaba ya en libertad el padre don Luis, y plenamente vindicado, tanto, que su acusador el coronel Montemar, se halla preso y se están activando las diligencias para juzgarlo en consejo de guerra, por sus atentados y barbarie cometidos en la Nueva Filadelfia. El padre, sin embargo, se hallaba muy angustiado antes de mi llegada, porque tenía a su cargo algunas familias de los que estaban presos, y carecía de recursos para transportarlas a la colonia. Por fortuna en la tarde de mi llegada vino a la casa de correos con objeto de recibir carta de usted. La diligencia se había detenido en la puerta de la oficina para entregar la valija, y el padre preguntó al cochero si venía don Fernando Henkel; yo que oí esta pregunta, salté inmediatamente del carruaje, y le dije que venía en nombre de usted. La alegría del sacerdote fue muy grande; ¡juzgue usted la que habría tenido si usted en persona hubiera venido! Me explicó en seguida las desgracias de que había sido víctima, y la necesidad de volver pronto a la Nueva Filadelfia a fin de cuidar lo que había quedado, y repararla en lo posible, para cuyos gastos no contaba con recurso alguno.



Yo le contesté que por esto no debía afligirse, que traía libranzas contra las casas más acreditadas de la ciudad, y que usted me había encargado que se procurase poner cuanto antes la colonia en el mismo estado en que se encontraba cuando fue atacada.

—¡Imposible!, me contestó, la pérdida pasa de cincuenta mil pesos.

—Pues cuente usted con ellos.

—¡Cómo!, replicó muy admirado; puedo contar con cincuenta mil pesos.

—Ciertamente, y supuesto que basta esa suma le haré a usted otro encargo de parte del señor don Fernando.

—¿Cuál es?

—Que se trabaje en la segunda Filadelfia con la misma actividad que la primera.

—Pues la segunda colonia, hijo mío, aunque cuenta con el auxilio de muchos vecinos que se han inscrito, ni con otra cantidad igual se pondría al corriente.

—El señor Henkel, contesté, cree que por dinero no quedará; él llegará dentro de pocos días, y entre tanto mi inútil persona y los fondos que traigo quedan enteramente a disposición de usted.

Dos días después salimos para la Nueva Filadelfia llevando cuanto se creyó necesario a fin de que continuasen los trabajos, según los informes que ya tenía el padre del estado en que se encontraba.

Tristísimo era el aspecto que presentaban los edificios centrales en el momento de nuestra llegada, porque en sus paredes ofrecían aún las señales del incendio y la devastación. La maquinaria destrozada, y la existencia considerable que había de productos, especialmente en lana hilada y sarapes, había desaparecido absolutamente, así como el numerario de la caja. En cambio los campos presentaban el aspecto más lisonjero, porque el trigo se ha dado muy bien, las viñas han crecido mucho, y el maíz, que por fortuna ya estaba sembrado cuando sucedió la catástrofe, reclamaba ya urgentemente la escarda. A la noticia de que había llegado el padre don Luis han venido multitud de familias a abrazarlo, llorando de contento. Ya sabrá usted que muchas de ellas se habían refugiado en la colonia vecina, y que de ésta venían a cuidar los animales y las sementeras, no habiendo concluido la escarda que ya habían empezado, porque carecían de instrumentos que en gran número se perdieron, y porque también en la segunda Filadelfia se ocupaban del mismo beneficio en sus tierras.

Por fortuna las máquinas que se mandaron hace dos meses para aumentar las de la primera colonia aún no habían pasado de Atoyac, y han venido a sustituir las que fueron incendiadas. Muy pronto ha vuelto la primera



colonia a tener su antigua animación, de la que apenas tenía yo una idea muy imperfecta por cartas del padre don Luis que usted solía enseñarme. Los edificios se han reparado con gran celeridad, es decir, los centrales, porque las habitaciones de los colonos no sufrieron mucho.

Aunque me perdone usted la vanidad de que me ocupe de mí mismo, tengo la satisfacción de manifestarle que desde que estoy dedicado a varios trabajos de esta casa, ayudando unas veces a parar una máquina, puliendo al campo, me siento otro, muy feliz y muy sano, porque hasta las terribles jaquecas que antes padecía, han desaparecido. Sí señor, creo que he cambiado, porque el padre dice que soy un excelente compañero, y que no me ha de dejar ir. Yo también quisiera me concediese usted el favor de permanecer en esta casa, pues le aseguro a usted que en mis cuarenta y tantos años de edad que llevo no he tenido semanas tan afortunadas como las que he pasado aquí.

El padre me encarga le comunique a usted que en la próxima semana saldrá para esa capital, y sólo espera que yo regrese de esta ciudad a la Nueva Filadelfia para emprender su viaje, pues quiere llegar a México como por el día de la Ascensión. Creo que el principal motivo que lo mueve es el no saber de usted; yo lo veo triste desde que hemos vuelto, y no encuentro otra razón para ello sino el que usted no haya venido.

Concluyo esta carta dejando muchos pormenores sin mencionar porque de ellos instruirá a usted el padre, que como he dicho, estará en esa ciudad, dentro de diez o doce días; él le dirá a usted lo mucho que hemos adelantado en la segunda colonia, y la esperanza que tiene de que antes de la fuerza de las aguas estén terminadas las habitaciones de los colonos, y una parte de los edificios centrales.

Yo sólo suplico a usted que si puede reemplazarme en el almacén, sin perjuicio de sus intereses, se sirva mandar liquidar nuestra sociedad, pues deseo inscribirme con lo que alcance en la segunda Filadelfia, trayendo a mi familia; si por el contrario quiere usted que me vuelva, lo verificaré después del regreso del padre, pues ya sabe que siempre cumplirá con lo que usted me ordene, su humilde servidor,

Abundio Torres

Cuando concluyó la lectura de esta carta, Fernando preguntó:

—¿No hay otra?

—Sí, la más grande, contestó Antonia, y rompió el sobre que contenía un paquete y una esqueleta; esta decía:



Señor don Fernando Henkel

Muy apreciable amigo:

Remito a usted el rescripto pontificio, y el pase que he recogido del ministro de Justicia, en los que se concede a su recomendado el presbítero don Luis N. licencia para que pueda casarse. Cuando nos veamos hablaré a usted de la inversión del dinero que puso a disposición de

Su amigo

—¿Viene abierto el rescripto?, preguntó Fernando.

—Sí, contestó Antonia, extendiéndolo. Es un pergamino; ¡pero qué blanco, y qué suave! Parece papel; tiene un plomito como las mantas aunque éste pende de un cordón de seda de varios colores.

—¿Y qué dice, Antonia?

—Dice al principio: “*Sane... ti... sime Pa... ter*”; y todo está en...

—En latín, hija; lo que está al principio, seguramente son las preces que hace el interesado, y abajo de ellas está la concesión... Guarda con mucho cuidado ese pergamino, porque contiene la felicidad de nuestro amado padre don Luis, quien según escribe don Abundio, estará con nosotros en la entrante semana. ¡Qué gusto va a tener!

Antes de que vayamos al teatro esta noche será bueno contestarle a don Abundio, diciéndole que he quedado muy satisfecho de su eficacia y que voy a mandar hacer un balance para liquidar su cuenta, pues apruebo su determinación de quedarse en la Nueva Filadelfia, en la que estaremos nosotros muy pronto. Dile que estoy algo malo, y que por eso le escribes a mi nombre.

Las dos jóvenes entraron al comedor, sin que María hubiese pronunciado una palabra, tanta era su preocupación; Antonia, para estar expedita, mientras ponían la comida, fue a escribir rápidamente la carta que le había encargado su padre, vino a leerse antes de cerrarla, y después de haber recibido entusiastas elogios por la prontitud con que había cumplido el encargo que acababa de hacerle, se puso a comer en unión de María y de los niños.



8. UNA RESURRECCIÓN

Después de que Antonia se despidió de Rosita, ésta había puéstose a reflexionar si acaso su amiga tenía razón en oponerse al proyecto que había formado de hacerse monja, temiendo que su propia resolución fuese el efecto del despecho, más bien que de una verdadera vocación.

Clara vino a interrumpirla en sus meditaciones para suplicarle tomase algún alimento, del que Rosita se había olvidado, y encontrándola muy ábatida, no tuvo ánimo de hacerle como se había propuesto, alguna insinuación acerca de la manera poco afectuosa con que había recibido a María. Le preguntó si quería salir a pasear después de comer, y no obteniendo respuesta favorable, iba a retirarse cuando entró Roldán a avisarles que en la sala aguardaba un antiguo conocido.

Roldán mostraba en su semblante verdadera satisfacción al hacer aquel anuncio, por lo que Clara le preguntó:

—¿Quién es, que te muestras tan complacido?

—¡Cáspita! aunque yo no haya querido mucho, que digamos, a don Justo Amable...

—¡Don Justo Amable!, exclamaron a una voz las dos jóvenes.

—El mismo, que parece se ha escapado del sepulcro para traerme firmadas las condiciones del arrendamiento de esta casa, que según recordarán ustedes no había podido conseguir que las firmara el otro mayordomo. Después de decir esto, don Fausto se retiró a acompañar a Amable.

—¿Vamos a saludarle, Rosita?, preguntó Clara.

—Yo no tengo gana para nada, recíbelo tú que eres la señora de la casa...

Era la primera ocasión que Rosita marcaba esta distinción, así es que Clara la extrañó, diciéndole:

—Me parece que tanto lo eres tú como yo.

—Puede que no; pero dejemos eso, ya sabes que no me es grata presencia de ese hombre *a quien ya creía muerto*.

Dijo Rosita estas palabras *a quien ya creía a muerto*, con tal gesto y con tal entonación de voz, que equivalían a estas otras: *creía yo una fortuna el que hubiese muerto*.

—¿Pero qué tienes, Rosita? tú tan buena, tan resignada como habías llegado a estar con *nuestra suerte*, ahora te veo tan profundamente disgustada.

—Sigo tan resignada como siempre, y creo que mucho más; espero que pronto te convencerás de ello...

—¿Pues qué intentas?

—Después del día de la Ascensión lo sabrás.

—¿Pero, por qué me lo ocultas? Eso no debe ser bueno, supuesto que empiezas por hacerte agria con tu familia; no creo que tu intención sea separarte de nosotros; bien sabes que esto no lo hemos de consentir.

Rosita no había tomado absolutamente en cuenta el afecto de Clara y el de sus padres, así es que se sintió confundida ante aquel olvidado cariño que defendía sus derechos. No tenía verdaderamente qué responder; pero por fortuna volvió Roldán a instar porque saliesen a recibir a don Justo Amable, y Rosita, vencida por Clara, creyó deber darle una prueba de deferencia saliendo a acompañarla. Además, le había hecho impresión que su amiga le hubiese dicho que se mostraba agria con la familia, y creyó que debía enmendarse comenzando por recibir bien aquella visita.

Don Justo, que esperaba encontrar en su amada el gesto desprecia-tivo con que siempre había sido acogido, se sorprendió muy agrada-blemente al ver que Rosita, imitando a Clara, le daba la mano y lo felicitaba por ese alivio.

Don Justo se sintió muy animado, refirió sus padecimientos y la buena suerte que había tenido de que se encontrase en Tianguistengo un facultativo, que se dedicó empeñosamente a su curación, la que había sido lograda en poco más de cuatro semanas. Dijo después, que su primer pensamiento había sido venir a ver a sus compañeros de viaje, para informarse si habían llegado bien, y para pedir la gracia de conservar el pañuelo que Rosita le había hecho favor de ponerle sobre su más peligrosa herida, que era la del cuello, a cuyo cuidado debía indudablemente la vida.

Rosita, que no se acordaba ya del pañuelo, creyó que el pedirlo era peor que el concederlo a don Justo, y contestó sencillamente:

—Señor don Justo, no tenía intención de recobrar mi pañuelo, y tanto menos cuando creíamos que usted desgraciadamente había fallecido.

—A usted, señorita, le debo el existir; y aunque jamás podré olvidar su generosa acción, deseara tener un objeto que me la recuerde constantemente, y por eso pedía respetuosamente el permiso de conservar el pañuelo de usted.

—Puede usted conservarlo, contestó Rosita, cubriéndosele el rostro de carmín, y palideciendo como cera el de don Justo.

—Tengo aún otra súplica que hacer, acerca de la cual esperaré pacientemente la respuesta ahora, mañana, dentro de un mes, o dentro de un año...

Todos los que escuchaban suspendieron hasta la respiración para no perder palabra de lo que don Justo empezaba a decir con mucha solemnidad. Él mismo se interrumpió como para darse tiempo de leer en los ojos de la huérfana la impresión que hacía, continuando después de este modo:

—Cuando es un capricho juvenil, o una impresión violenta, pero pasajera, la que impulsa a un hombre a rendir sus homenajes a una señorita, suele la pasión extraviarle por su misma violencia a cometer actos indisculpables, y si por ellos se le juzgase, seguro es que se le calificaría muy desfavorablemente. Pero este mismo hombre, reflexionando mejor, apreciando debidamente a las personas con quienes ha tratado, puede rehabilitarse, si se le da tiempo para mostrar que no ha sido sino momentáneamente inconsiderado y torpe, por haber ofendido tal vez deseando ardientemente agradar...

Fausto, al oír esta peroración, se rascó desesperadamente la cabeza, pues malició el objeto final a que se encaminaba, por las miradas inflamadas que don Justo le dirigía a Rosita; dijo que iba a la tienda, y se retiró, porque no sabía la conducta que debía guardar, hasta no dar parte a Fernando de las pretensiones del mayordomo; éste inclinó ligeramente la cabeza ante el comerciante, y tomando por aprobación de su amada lo que era una fría atención, debida a Clara, añadió:

—Vengo hoy, Rosita, a protestarle a usted, que ni sus desprecios pasados, que confieso eran justos, ni su desamor actual, pues aun en este caso me pongo, podrán jamás quitarme de lo íntimo de mi alma la dicha que experimento al pensar que le debo a usted la vida. Este sentimiento, cuya elevación confieso que llena toda mi vanidad, no debe ser estéril; y por tanto he deseado ponerlo a los pies de usted para que haga con él lo que guste. ¿Quiere usted que bajo tan respetables y sagrados auspicios le ofrezca mi mano de esposo?



Rosita hizo un gesto de repugnancia, no obstante la benevolencia con que se había propuesto tratar a don Justo. Clara, que supo entonces hasta dónde llegaban las pretensiones de éste, creyó muy conveniente dejar a la huérfana en absoluta libertad, y se retiró. Don Justo dijo en seguida:

—Conozco que es demasiado pronto el aspirar a tanta felicidad; pero la repulsa que leo en los ojos de usted, Rosita, me proporciona la oportunidad de probar la sinceridad de mis ofrecimientos. Seré lo que usted quiera que sea, y soportaré gustoso toda clase de sacrificios que quiera usted imponerme, con tal que se dirijan a recobrar por mi parte el aprecio perdido; vendré a verla a usted, si quiere usted que venga; me privaré de esta dulce satisfacción si así lo quiere usted; pero en todo caso, ausente o presente, me permitirá usted un favor a que creo tener algún derecho.

Rosita se quedó como estatua; realmente aparecía a sus ojos don Justo bajo un aspecto nuevo, y temía comprometerse, preguntándole cuál era aquel favor que se fundaba nada menos que en un derecho.

—Tiene usted sobrada razón, señorita, para ver con desconfianza cuanto de mí proceda; yo mismo me acuso, pero es para conseguir el perdón. Era yo duro de corazón, pero ahora soy sensible; era yo avaro, y deseo ser liberal; era yo mal inclinado y ansío por probar a cuantas personas me han conocido, que aún no están extinguidos en mí los gérmenes de la virtud, y que puedo ser bueno; pero no debo ocultar a usted que todos los esfuerzos necesarios para esta reparación tienen a usted por objeto y término.

—Debiera usted dirigirlos a Dios, dijo Rosita, que es el único que premia sin tasa los esfuerzos de la virtud.

Don Justo vio a Rosita con grande atención procurando investigar si en aquella respuesta entraba alguna parte de ironía; pero la vio tranquila.

—Ya que habla usted así, le manifestaré sin rodeos un pensamiento que me asalta frecuentemente, y que a pesar mío forma el fondo de mis creencias religiosas, al menos desde mi último viaje. Pienso que Dios cuida sólo de las especies, y eso por medio de las reglas generales impuestas a todos los seres desde la creación, y que no tiene la menor solicitud por los individuos. Así, una mariposita que se precipita en la flama, un pájaro que cae en la red, son tan perfectamente indiferentes a la divinidad, como una mujer, *verbigracia*, cuando se hace monja.

—¡Cómo! ¿Usted mayordomo de monjas, dice eso?



—Precisamente, supuesto que por serlo he tenido ocasión de observar lo que pasa entre las desgraciadas profesas; ahora no será usted quien extrañe mi franqueza, porque me obligaría usted a maldecir el instante en que me resolví a ser bueno.

—¡Oh, Dios mío! ¿Pero ha pensado usted bien lo que me ha dicho? Si no cree usted en una providencia particular, en un cuidado especial de la divinidad, respecto de cada criatura racional por lo menos, ¿por qué quiere usted ser virtuoso?

—Eso es muy diferente; desde que hicimos juntos el viaje a Toluca estoy convencido de que los buenos tienen alguna dicha que esperar, y los malos algún castigo; así es que presentándose alguna ocasión de asirme a un lazo de salvación no lo soltaré, sino como los náufragos, con la vida.

—¿Y cuál es ese lazo tan bien hecho?

—Usted, Rosita.

La joven volvió a cubrirse de rubor, y ambos quedaron en silencio, que a pocos momentos rompió don Justo.

—Le pedí yo a usted antes un favor que no he llegado a expresar, y en el que insistiré, porque me importa mucho. Usted es una joven acostumbrada a grandes comodidades, y está al mismo tiempo privada de los recursos necesarios para proporcionárselas. Muy grande satisfacción sería para mí que usted quisiese disfrutarlas a mi lado, pero como no merezco tanta dicha, suplico a usted me permita facilitárselas, aunque para que usted acepte, sea necesario que me imponga la pena de no verla.

—Verdaderamente señor don Justo, está usted muy cambiado, y aunque yo no acepto, porque no debo aceptar ninguno de sus ofrecimientos, celebro mucho ese cambio, y aun deseara saber qué es lo que lo ha ocasionado; pero acaso será demasiado exigir...

—Es cosa muy sencilla, en los días de mi convalecencia he recordado con espanto mi vida, y he conocido que debía cambiarla, esto es todo.

—¿Y aun así cree usted que la Providencia no vela sobre cada uno de los hombres?

—Desde entonces se halla más arraigada en mí la creencia contraria, pues no me figuro que es efecto del cuidado de la divinidad el percance que me tocó en el último viaje que tuve el honor de hacer en compañía de usted, aunque en parte.

—Algún modo había de emplear Dios para mover a usted tan fuertemente como lo necesitaba.

—Hay otros muchos que no hubieran sido ni tan crueles ni tan peligrosos; y sobre todo, si Dios tuvo tal objeto, ¿cuál fue el que se propuso respecto del yanqui que nos acompañaba?

—Castigarlo, aunque no sepa yo de qué.

—Podrá ser, podrá no ser; contestó don Justo después de reflexionar un momento, porque yo veo todos los días hombres sumamente perversos que han gozado toda clase de comodidades, y que mueren tranquilamente, mientras que algunos hombres pacíficos y buenos mueren de un modo lamentable. Creer que Dios envía la muerte por castigo, me figuro que es un grande error, supuesto que todos hemos de morir, y que entonces la misericordia divina se mostraría dándonos larga, larguísima vida, como la que gozó Matuzalem. Esta doctrina tropieza con un gran número de absurdos... Ahora permítame usted que le pregunte, supuesto que ya le he dado un ejemplo de franqueza, ¿por qué asegura que no debe aceptar ninguno de mis ofrecimientos?

—Porque...

—La verdad, Rosita.

—Porque voy a ser monja.

—¿Puede darse una prueba más flagrante de que Dios no cuida con especialidad de ninguna criatura? ¿Usted monja, Rosita?

—Sí, y no lo diga usted delante de Clara, que ya viene.

Efectivamente, Clara llegó trayendo en una charola unos platos con viandas, y dijo:

—El señor Amable es de confianza y dispensará que en su presencia tomes alguna cosa, pues han pasado muchas horas sin que hayas comido.

Don Justo se apresuró a acercarse donde estaba Rosita una pequeña mesa sobre la cual se puso la charola, y tuvo el discernimiento de no volver a hablar acerca de su amor, y de tratar algunas frívolas materias en que pudo lucir una que otra chistosa ocurrencia distribuida con oportunidad, de manera que podía asegurarse que al despedirse de las jóvenes, dejaba casi borradas las impresiones de su mala conducta, un poco por su habilidad, y mucho por esa bondad que siempre atesora el corazón de los mexicanos, dispuesto a olvidar y perdonar el agravio inferido.

Rosita sin hacer partícipe de sus proyectos a Clara, se encerró en su retrete para reflexionar sobre su situación, y tomar una resolución definitiva.



9. LA VOCACIÓN

¿Qué soy yo en esta casa?, se preguntaba Rosita con amargura, reclinándose sobre un mullido sofá que tenía en su retrete; una huérfana a quien tratan con alguna consideración, en virtud del recuerdo que va apagándose cada día de que en otro tiempo fui afortunada, y que desaparecerá del todo, cuando Clara tenga conmigo algún disgusto, o que éste se ofrezca cuando tenga chiquillos, cuyo cuidado me encargarán, pues esto sucede siempre con las pobres huérfanas como yo. ¡Ah! un convento, aunque sea como dice Antonia, un sepulcro grande, libra a uno de todas estas contingencias.

Verdad es que Antonia me ha hecho los más generosos ofrecimientos; ¿pero quién me garantiza su duración? Además, me ofrece toda clase de comodidades la hija adoptiva de ese señor Henkel, a quien no quiero deber cosa alguna. Sí, el convento es mejor, porque libra a uno de muchas dependencias y necesidades; tiene, es verdad, sus inconvenientes, ¿pero qué cosa hay que no los tenga? todo estará en acostumbrarse.

Podría yo aceptar sin deshonra las propuestas de don Justo Amable; pero no le tengo ni puedo tenerle cariño. Para ser su esposa necesitaría yo engañarle, y cosa rara sería ciertamente, que mientras él se sintiese regenerado por el amor, yo tuviese que degradarme fingiendo que le correspondía: ¡oh! ¡De todos los sacrificios posibles, éste sería verdaderamente infernal! Muchas desgraciadas jóvenes como yo, lo harían sin vacilar, y vemos que lo hacen diariamente; pero no, aún no me ha gustado la miseria; ¡mejor es el convento!

Fuera de esto, la idea fija que tengo de que don Justo fue el instrumento principal de la ruina de mi padre, reaparecería constantemente dominando todos mis sentimientos, y envenenando para siempre mi triste vida. No, jamás perteneceré a ese hombre...

Me sobrecoge, no obstante, una idea aterradora: ¿recibirá Dios con agrado la consagración que yo intento hacerle de todo mi ser, cuando

él sabe que antes, y no hace mucho tiempo por desgracia, me había entregado a las gratas ilusiones de una poderosa pasión? ¿Será suficiente disculpa que esta pasión era inocente y casta, y hasta puedo decir legítima? ¿Mas qué será de mí si al cabo de algún tiempo reconozco que lo que ahora llamo vocación, no es más que el efecto del orgullo mal encubierto, y del despecho?

Pero no; por algún camino había de llamarme y atraerme la divinidad a su inmediato servicio. Desengañarme de que los hombres son todos falsos y perversos, era ciertamente una necesidad previa para que cuando me venga su recuerdo en el claustro santo los pueda aborrecer a todos, ¡sí! ¡A todos!

Privarme de los bienes de fortuna era también una necesidad, para que no me apegase a esos placeres fugitivos, que sólo sirven para hacernos amarga la vida cuando nos abandonan. ¡Y que no hubiera yo advertido cuán claramente me llamaba Dios a la vida religiosa! Todo tiene su hora, y la vocación, aunque no muy pronto, al fin ha venido ya. ¿Qué me importará en lo sucesivo el ruido de este mundo tan exigente cuando tanto conozco su vanidad y sus miserias, estando al abrigo del mismo Dios, gozando la paz de los escogidos? ¡Ah! ¡Cuán equivocados estamos todos al juzgar de esos asilos respetables en que acaban la orfandad, la pobreza, y el triste abandono de nuestros deudos! Ciertamente que si, como luego dicen, han de cerrarse dentro de poco tiempo esos santuarios, primero debieran los hombres establecer lugares de perfección, en que el ser huérfana no sea un motivo de abuso, y el ser pobre motivo de constante humillación; pero esto no lo han de hacer nunca, porque la Tierra parece pequeña para sus maldades.

Estoy resuelta, entraré al convento y pediré a Dios que me perdone el sacrilegio de que le lleve un corazón que antes ha pertenecido a un hombre... ¡Pero qué es esto! ¿Por qué me aflijo? ¿Por qué saltan involuntariamente las lágrimas de mis ojos? ¿No he llorado ya bastante? ¿Por qué ahora que busco un asilo que me asegure la paz me siento débil? ¡Qué incomprensible es el corazón de una mujer, aun para su dueña! Pero no hay que vacilar; mi resolución está tomada, y aunque fuese necesario caminar sobre navajas, yo iría a tocar las puertas del claustro... ¿Querrán recibirme? Yo no tengo dote; pero la pediré de limosna; en México no hay quien dé lo necesario para una semana a una madre de familia para que alimente a sus hijos huérfanos; pero cuando se trata de enterrar viva a una pobre joven, las grandes señoras y las santurronas abren sus cofres...



¿Pero qué espíritu de rebelión es éste? ¿Por qué brotan de mi boca palabras tan amargas? Ánimo, cumplamos nuestra vocación...

¡Qué fortuna! tengo un medio de ser admitida en cualquier convento ¡Oh! ¡Qué felicidad!

La joven, loca de alegría, comenzó a dar saltos en la sala, exclamando; ¡Qué gusto! ¡Qué gusto! ¡Ahora sí puedo entrar al convento!

Algo más calmada, se decía a sí misma: ¡qué no me acordaré yo de que sé cantar y tocar, al menos lo suficiente para chapurrar algunas misas! Verdad es que no sé latín; pero ninguna monja lo sabe y estaremos iguales... Aprovechemos este momento de entusiasmo para hacer algunas despedidas, empezando por el señor Henkel; así, en tono ligero, no vaya a creer que él es la causa de mis determinaciones.

¡Manos a la obra! es necesario comprometerme para que ya no pueda volverme atrás: no hay que esperar tampoco el plazo de tres días convenido con Antonia. De los lazos que me tiende el demonio, ninguno es tan peligroso como los ofrecimientos de esta joven, que podrían hacerme flaquear; tiene también una elocuencia de satanás, y siento todavía en los oídos las quemadoras palabras que esta tarde me ha dirigido. Rompamos con ella bruscamente, y sea éste el primer sacrificio con que se asegure mi vocación.

Y la joven se puso a escribir sobre su costurero con mano firme y a la vez ligera una carta, que después de concluida leyó varias veces y en cuya cubierta escribió: "Al señor don Fernando Henkel. Reservada".

En aquel coloquio que apenas hemos podido apuntar, habían pasado muchas horas; la joven se sentía muy agitada por las emociones de aquel día; la temperatura de su retrete se había elevado mucho y para refrescarse abrió la vidriera de la ventana asomándose en seguida por ella. Vio el escaso alumbrado de la calle que hacía contraste con la claridad de las innumerables estrellas que pueblan nuestro cielo, y oyó a poco una campanilla sonora, pero triste, que anunciaba con sus ecos que Las Capuchinas oraban. Suspiró la joven de un modo desgarrador, y sintió luego que se le rodaban las lágrimas porque recordó las últimas noches en que había velado a su padre. Triste privilegio de los pasados días, dijo limpiándose sus lágrimas; sentirlos si fueron alegres, llorarlos si fueron infaustos. Fijando en seguida sus ojos en la altura donde se distinguía la vía láctea, y enclavijadas las manos exclamó:

—¡Oh, padre mío, si miras desde el cielo el dolor de tu hija, dignate conseguir del Todopoderoso que me mande el consuelo!

En aquel momento sonaron en muchas alturas los relojes, Rosita no pudo contar la hora que daban, pero oyó que los guardas nocturnos a poco gritaban de un modo lúgubre y prolongado: ¡las doce y sereno!

Cerró la huérfana la ventana y entró a su alcobita, poniendo para desvestirse la carta que había escrito debajo de su almohada. Se metió en la cama y oró, y antes de entregarse al sueño que la invadía, buscola para asegurarse de que estaba donde la había puesto.

Después de varios sueños muy agitados, que lejos de calmar aumentaron su excitación febril, se levantó muy temprano y estuvo con el oído atento para salir a la primera misa que dijese en el convento de San Jerónimo. Llamaron efectivamente poco antes de las seis, y salió a oírla, entrando desde luego a la iglesia. Concluida que fue la misa, hizo señas al sacristán para que se acercase, y le preguntó por el padre capellán de las monjas. Precisamente era el que acababa de celebrar la misa, y el sacristán se encargó de llamarlo. Salió a la iglesia, y no sabiendo quién quería hablarle de dos o tres personas que habían quedado en ella, se sentó en un confesionario. Rosita, creyendo que había sido llamada por alguna otra persona que deseara confesarse, no se le acercó sino hasta que el padre, cansado de esperar, comenzó a sacar la cabeza con impaciencia. La huérfana se acercó entonces a la rejita.

—¿Me ha llamado usted?, le preguntó el sacerdote.

—Sí padre; deseo que me haga usted un favor.

—Me tiene usted a sus órdenes.

—Quiero ser monja.

—No hay cosa mas fácil.

—No tengo dote.

—Lo conseguiremos, Dios mediante.

—He oído decir que en los conventos admiten a una sin necesidad de dote, cuando sabe tocar o cantar.

—¿Usted sabe cantar?

—He tocado y cantado medianamente, y con el ejercicio y la aplicación...

—La desgracia es que no hay plaza vacante en este convento.

—La habrá tal vez en otro; si usted me hiciese favor de indagar.

—Lo haré con gusto: ¿cómo se llama usted?

—Rosa Dávila.

—¿Y por qué quiere usted hacerse monja?

La joven ensayó el dar varias respuestas, pero no dio ninguna. Entonces el sacerdote dijo:

—Dios escoge para sus esposas a las que bondadosamente quiera designar; la vocación es en estos casos la única y verdadera razón. Creo, por tanto que usted habrá sido impulsada de una santa vocación.

Rosita permaneció en silencio.

—¿Tiene usted padre?, le preguntó con amabilidad el sacerdote.

—No; respondió Rosita dando un suspiro, ni madre.

De cien religiosas una habrá que tenga padre, pensó para sí el sacerdote.

—Pues hija mía, ya comprenderá usted que para ser admitida como cantora u organista será indispensable dar alguna muestra de que puede desempeñar los oficios; yo bien deseara evitarle a usted la mortificación del examen...

—Mil gracias, padre, por tan generosa delicadeza.

—Pero desgraciadamente son algo exigentes sobre este particular en todos los conventos, y hacen venir un maestro de música para que haga el examen delante de las personas más caracterizadas de la comunidad.

—Yo he dejado de tocar y cantar hace algunos meses, dijo con visible mortificación la pretendiente, y como no me he ejercitado en cosas de iglesia... El piano lo he tocado poco, lo que conozco mejor es la cítara.

La pena que sentía la joven se comunicó al sacerdote, quien desde las primeras palabras algo sonoras de la joven había creído reconocer que ésta debería tener buena voz.

—Yo entiendo algo la música, dijo el capellán, toco el violín y alguna vez ha bastado mi calificación para que se admita alguna niña; pero como ahora no hay plaza vacante, sólo que usted tuviese una voz algo notable, todas las dificultades se allanarían.

—En cuanto a voz, tengo alguna.

—¿Y buen oído?

—No falta.

—Pues voy a hablarle a la reverenda madre priora a fin de que baje con la vicaria de coro y se disponga un piano en la reja de la contaduría para las once y media, en que volverá usted. Yo estaré allí con mi violín para apuntarle la entonación en cualquier pasaje difícil, porque presentarán algunos papeles de música, que aunque fáciles serán para usted absolutamente desconocidos. Nada de encogimientos; cantará usted a toda voz, segura de que mi violín está allí para que no falseen las notas.

—Muchísimas gracias. Si no fuera importunidad suplicaría a usted que también se dispusiese la cítara; como en el piano ejecuto tan poco.

—Ya eso parece más difícil, la cítara es poco usada; pero indicaré que la bajen, si acaso la tiene alguna monja. ¿Usted la tiene?

La huérfana suspiró involuntariamente advirtiendo que nada suyo tenía en el mundo y contestó negativamente. El capellán añadió:

—Otra recomendación tengo que hacerle a usted. A todas las monjas les besaré usted la mano luego que entre, tendrá usted los ojos bajos, y un continente humilde, y a la priora no cesará usted de decirle reverencia.

—Está muy bien. ¿A qué hora debo venir?

—Como a las once y media.

El padre tenía gran curiosidad de ver la cara de la pretendiente, pero no pudo lograrlo, porque ella se había cubierto casi enteramente, de manera que no se le podía distinguir a través de la rejita del confesionario más que los ojos.

Luego que volvió a la casa de Clara, Rosita, llamó a la criada que tenía en su especial servicio, y le encargó llevase la carta que había escrito para el señor Henkel, explicándole que no la diese a otra persona, aunque tuviese que esperar, y que no dijese de parte de quién iba, volviéndose sin esperar respuesta.

La criada cumplió puntualmente con lo que se le previno, y volvió dos horas después, diciendo que había entregado al mismo señor Henkel la carta; que cuando éste le preguntó de quién era, había dicho que de una señora, y que no había esperado respuesta. Rosita empezó a creer entonces que hubiera sido mejor esperarla; pero ya no había remedio. Se dedicó por tanto a ensayar su voz, porque se acercaba la hora de la prueba, y en hacer memoria de alguna pieza a propósito que pudiese ejecutar en el piano. En cuanto a la cítara, si por fortuna se encontraba, estaba segura de no necesitar ensayo. Se fijó, en fin, en la preciosa obertura de la “Primavera”, de nuestro malogrado Beristáin,⁶ y luego que dieron las once se fue para la iglesia de San Jerónimo, engañando a Clara respecto del motivo de su salida, pues tuvo que rehusar su compañía.

A poco de estar en la iglesia, llegó el padre capellán, y fueron a la reja que llaman de la contaduría, donde no tardaron en aparecer va-

⁶ Joaquín Beristáin (1817-1839). Músico mexicano, que a los 17 años era chelista de la orquesta de la Colegiata de Guadalupe y de la del Teatro Principal, y de las que luego llegó a ser director. Fundador de la Academia de Música junto con Agustín Caballero (DEM).



rias monjas, todas ya muy entradas en años. Aquella especie de fantasmas, uniformemente cubiertos de hábitos blancos, escapulario y manto negros, que llevaban en el pecho un escudo, en que estaba pintado el gran anacoreta San Jerónimo, infundieron en la joven una especie de terror, que se disipó luego con la benévola acogida que le hicieron las monjas, excepto una, que en aquel mes se había olvidado de pedir licencia a la priora para saludar a personas extrañas, y que por tal causa se quedó como un palo, cuando la pretendiente quiso tomarle la mano para besarla. Cerca del piano, esperaba ya la vicaria de coro haciendo un gesto agrio, de muy mal agüero para la huérfana. Ésta volvió la cara hacia el capellán, como para preguntarle lo que debía hacer, a cuyo signo mudo respondió indicándole con la mano se sentase al piano, mientras que el mismo padre templaba su violín para acompañarla.

—¿Trae usted papeles?, preguntó la vicaria de coro.

—No, señora; contestó inmediatamente la pretendiente.

—Será lírica, dijo a media voz, aunque bien perceptible, la vicaria, dirigiéndose a las otras monjas.

Rosita sintió que se le subía la sangre a la cabeza, y que se le nublaba la vista. Algo repuesta, le dijo el capellán:

—¿Qué va usted a tocar?

—La obertura de la “Primavera”.

—Podemos empezar, pues algo la conozco.

La joven comenzó la pieza temblando; y fuese que desconoció la pulsación del piano, o que el tiempo que había dejado de tocar la había entorpecido, casi no podía continuarla; pero el capellán, que también se acongojaba como si fuera su examen, le marcaba el tiempo, ejecutando con energía y limpieza los pasos de alguna dificultad, de manera que parecía una pieza concertada la que estaban desempeñando.

Algo satisfechas las monjas, exceptuando por supuesto la vicaria de coro, le dijo la madre priora a la huérfana:

—Vamos hija, otra piecesita, como esa que acabas de tocar, tan rumbosa y tan expresiva.

Rosita tocó en seguida la “Muda de Pórtici”, con más fuerza y claridad que la anterior obertura, logrando que las madres la tuviesen en concepto de que era una mediana profesora.

En seguida la vicaria de coro, añadiendo a su gesto agrio algo de desdeñoso, le preguntó a Rosita con una voz de tiple muy afectada:

—¿Sabe usted los tonos, *hermanita*?

Esta palabra, *hermanita*, hacía un perfecto contraste con el torvo ceño de la que lo pronunciaba. Rosita dejó el piano, se puso en pie y balbuceó las últimas palabras de la pregunta.

—¡Los tonos!

—Sí, los tonos para las antífonas.

—Pues serán *do, sol, re...*

La monja interrumpió con aire de superioridad y magisterio.

—No, *hermanita*, esos tonos son para el canto figurado; pero en canto llano es cosa muy diferente: en el primero basta ver el número de *sostenidos* o bemoles que tiene la llave, mientras que en el segundo es indispensable atender al *seculorum* de cada antífona.

Rosita creía que se le hablaba en griego, y no sabía qué contestar, hasta que el capellán vino en su auxilio, diciendo:

—Eso ya lo aprenderá con el mismo ejercicio.

—¡Oh, si todo lo ha de aprender, no hay qué decir!

Rosita miró de un modo tan fijo a la monja, que ésta se turbó completamente, porque aquella mirada equivalía a esta pregunta: “¿por qué te me ofreces como obstáculo, siendo así que debieras protegerme, siquiera porque deseo participar de tus trabajos?”. Pero la huérfana y la monja también ignoraban que la ley de la rivalidad y del antagonismo es tan constante como la pesantez de los cuerpos, y que aunque ha sido dada por Dios para la perfección y bienestar de los humanos, éstos han hallado el modo de aplicarla haciendo que se aumenten sus dolores y miserias.

—Nuestro padre capellán, dijo la superiora, nos aseguró que cantas.

—Un poco, reverenda madre; pero nada de lo que sé es de iglesia.

La vicaria se sonrió malignamente, y puso sobre el atril del piano una pequeña partitura de una misa antigua a dos voces, en la que a primera vista se podía distinguir que había mucho recargo de notas para el tiple.

—¿Qué voz tiene usted, *hermanita*?, preguntó la monja.

—Contralto; pero puedo hacer de tiple cuando no se tenga que subir mucho.

—Pues llevará usted en esta misa el tiple segundo.

La joven buscó con la vista al capellán quien ya estaba dispuesto a impartirle su auxilio.

La monja tocó la introducción a los “Kiries” con demasiada profusión de adornos de mal gusto, que la hacían perder el compás, y aco-

metió con voz chillona y elevada la parte cantante, acompañada de Rosita, que la seguía con dificultad, y eso gracias a la entonación que no cesaba de apuntarle el violín. Concluidos los “Kiries” siguió la monja con la misma vehemencia la “Gloria”, causando aquel conjunto un efecto desagradable por la falta de compás, porque Rosita ejecutaba a medias su papel, sin poder pronunciar la letra, pues apenas podía dedicarse a la nota, y finalmente, por la pena que experimentaban las oyentes al ver luchar a la vicaria tan desesperadamente en contra de la naturaleza y del arte.

La superiora hizo que se cortara la misa antes de que llegasen a la fuga, con que generalmente acaba la “Gloria”, porque eran siempre tan discordantes las que acostumbraba cantar aquella monja, que en el convento había costumbre de decir siempre que sucedía alguna cosa muy desordenada, “esto se parece a las fugas de la madre vicaria”.

La priora, que había oído algunas notas llenas, sonoras y de excelente timbre entre aquella batahola, quiso oír sola a Rosita, y la dijo:

—Aunque sea en una lección quisiéramos oír sola tu voz, porque las personas que saben la música tan bien como tú, fácilmente ejecutan después los papeles de coro.

Casualmente Rosita se acordaba de las últimas vocalizaciones que había estudiado, las cuales a una regular dificultad, reunían la circunstancia de hacer mostrar con mucha ventaja la excelente voz de la joven, pues contenía notas sostenidas por largo tiempo, en aquella esfera en que su voz era más clara, y bajaba a veces rápidamente con saltos de grandes intervalos a las notas más graves, en que sólo ciertos órganos privilegiados pueden ostentar fuerza, afinación y claridad.

El efecto causado por la joven fue verdaderamente sorprendente, las monjas todas la abrazaron llenas de entusiasmo, el padre capellán batía las manos con el mayor júbilo, y sólo se oía estas palabras a los circundantes.

—¡Nunca había tenido San Jerónimo cantora semejante!

—¿Qué dices madre vicaria?, preguntó la priora.

—Es muy buena voz, no se puede negar, ejecuta bien, pero...

En aquel momento la estrella de la madre organista se opacaba y en balde quería a protestar contra su antagonista buscando peros.

—¿Qué le hallas a esta magnífica voz?

—Tiene algo de mundana.

Las demás monjas a pesar de su habitual seriedad no pudieron menos de sonreírse. El capellán recordó entonces el empeño que había mos-



trado la joven porque se preparase una cítara, y le indicó a la superiora lo conveniente que sería mandarla bajar si la había en el convento.

—Sí, contestó ella; precisamente la han traído para curar a una hermana *poseída*, recordando el buen efecto que causaba en Saúl el oírse tocar al santo rey David.

No tardó mucho en ser traído el pequeño instrumento, lo afinó sin tardanza la pretendiente, y preludió desconocidas armonías.

Un silencio profundo acogió los primeros acordes; una admiración general siguió a la destreza de la joven; y en fin, un inexplicable enterrecimiento que mostró la artista, y del que luego participaron los circunstantes, puso el sello a su triunfo. ¡Todos lloraban!

Después de esta patética escena, la superiora llamó aparte a Rosita, y le dijo:

—Nuestro padre capellán nos ha pedido un lugar para ti, porque no tienes dote.

—Así se lo he suplicado, reverenda madre.

—Nuestro instituto previene que a las pretendientes se les sujete a varias pruebas, que acrediten su vocación; ¿estás resuelta a sufrirlas?

—Sí, reverenda madre.

—Después de estas pruebas el defensorio admite o desecha mediante una votación secreta a las pretendientes; y una vez admitidas comienza para ellas el año del noviciado. ¿Hay suficiente resolución para esperar tal vez en vano el ser admitida?

—Procuraré merecer tal favor.

—¿A costa de cualquier sacrificio?

—Cualquiera que pueda ser.

—Muy bien, hija mía, desde luego he conocido que eres *singularmente humilde*, mi resolución no puede ser dudosa, ni quiero hacértela esperar, pues aunque monja soy franca...

Rosita suspiró involuntariamente, y la priora mirándola con ternura de madre, y suspirando a su vez, le dijo:

—Por mi parte estás admitida; anda a despedirte de tus parientes, y te espero esta tarde; ven temprano, pues tenemos toma de hábito; el jueves habrá una profesión: entras con fortuna, pues vas a tener dos asuntos casi juntos.

La joven iba a decir:

—¡Tan pronto! pero las palabras murieron en sus labios, y dominada por alguna cosa superior que parecía conducirla en aquella situación, apenas pudo balbucear abrazando a la priora.



—¡Vendré!

La priora, reuniéndose a las otras monjas, le dijo al capellán:

—Admitimos en calidad de pretendiente a la recomendada de usted.

El capellán dio las gracias, y dirigiéndose a la madre organista, le dijo:

—Buena discípula va usted a sacar; pero ella contestó:

—Lástima que no sepa el canto llano.

La priora, que conocía el genio díscolo de la vicaria, contestó con viveza:

—Tú se lo enseñarás.

La vicaria se inclinó en señal de obediencia y sumisión, y añadió luego con hipocresía:

—Viene muy oportunamente este auxilio de la Providencia divina, porque mis males no me permiten ya ir a las misas cantadas, cuando son antes de las siete.

Y como para comprobar este aserto, comenzó a toser lastimosamente; pero en realidad, aquello quería decir: dentro de dos o tres días, me finjo enferma, y como esta joven no tiene noticia alguna de lo que debe tocarse, haré que toda la comunidad conozca que soy necesaria, pues me irán a llamar inevitablemente.

El capellán y Rosita se despidieron de las monjas, volviendo a besar la huérfana las manos de éstas.

Cuando llegó Rosita a la casa de Clara, que la esperaba para comer, quiso ésta al principio embromarla acerca de su tardanza y provocar su genio chistoso, pero la halló tan obstinadamente seria y reservada, que hubo de renunciar a su empresa, dejando que la conversación languidciera, quedando por algún tiempo todos los de la familia en completo silencio.

Clara había notado que Rosita casi no había comido, y se proponía hablarle privadamente, en la absoluta confianza de una amiga, de una hermana, pues lo era, por haber partido la adversidad, para que le confiase sus penas; mas Rosita anticipándose a toda pregunta la llamó a su retrete, y le dijo sin preámbulos:

—Esta tarde entraré al convento.

Clarita estupefacta no comprendió al principio; se hizo repetir la frase, y cuando comprendió su sentido, se echó a llorar amargamente.

—¿En qué te hemos disgustado?, le preguntaba en medio de su llanto, ¿por qué sin decirnos cosa alguna te alejas de nosotros? ¿No soy tu amiga, tu hermana? ¿Qué te falta? ¿Por qué nos abandonas?

Involuntariamente vino a la memoria de Rosita la conversación que en la tarde anterior había tenido con Antonia, y conoció que en la vida que iba a abrazar tenía que olvidarse de aquéllos que la habían amado, porque para una monja no hay prójimo. Dominándose con grande dificultad, contestó después de algún tiempo:

—Clara, no te aflijas, porque es inútil; ya he prometido que esta tarde he de entrar a San Jerónimo, y es preciso cumplirlo. Hazme favor, por tanto, de decírselo al señor Roldán.

Clara quiso llamar en su auxilio a su marido; pero desgraciadamente había salido a la calle después de la comida, y no volvió a la casa hasta en la noche, encontrándose con la novedad de que Rosita había entrado al convento de San Jerónimo.

El buen hombre, conociendo que Fernando iba a disgustarse con él, riñó por primera vez con Clara, sospechando que ella tendría la culpa de aquella violenta separación, en lo que se equivocaba ciertamente. No contento con esto, fue a la casa de Antonia a dar parte del suceso a Fernando, pero éste se hallaba entonces con varias visitas que no le permitieron hablarle a solas. Reducido a la última extremidad, comunicó el suceso a Antonia, y ésta, que había recibido en la tarde una carta de la misma Rosa en que se lo participaba, se limitó a decirle:

—Creo conveniente que lo sepa mi papá, pero yo no se lo he de decir; su salud está todavía muy delicada, y no quiero cargar con las consecuencias de darle esa noticia. Yo he hecho lo posible para evitar la imprudencia que acaba de cometer Rosita; y lo que ahora me toca es abstenerme de toda intervención en el asunto.

—¿Según eso usted ya sabía lo que intentaba la señorita?

—Sí, ayer me lo dijo; pero sólo como un pensamiento que más a la larga pensaba realizar: esta tarde me ha escrito que su entrada al convento se verificaría hoy mismo, y que si algo la he estimado, que procure ayudarle a realizar su vocación.

—¿Según eso, no tiene culpa alguna mi pobre Clara en esta violencia?

—De seguro que no.

—¡Oh, qué satisfacción! Voy inmediatamente a contentarla; acabo de reñirla con mucha fuerza.

—Vaya usted en buena hora, pues la pobrecita es inocente.

—Y si se ofrece, ¿se lo dirá usted al señor don Fernando?

—¡Ya he dicho a usted que en este negocio no quiero mezclarme para nada!

Mientras que esto pasaba en la casa de Antonia, Rosita presenciaba en el convento una escena muy imponente, pues conforme al anuncio de la superiora, tomaba en aquella noche el hábito una novicia. Vestida ésta de blanco, y llevando prendidas muchas flores, se adelantó hacia el altar mayor con una corona de rosas en la cabeza, para hacer sus oraciones en unión del sacerdote que allí invocaba para la joven las bendiciones del cielo. Poco tiempo después entró a la sacristía, donde se hallaba el provisor del arzobispado, con objeto de explorar libremente su voluntad. Salió en seguida con los padrinos y fue por la calle a la portería del convento donde se verificó la *llamada*, cantando una parte de la comunidad el *Veni Sponsa Christi*. Admitida entre las monjas desapareció en el convento, volviéndose los padrinos muy compungidos a la iglesia, en cuyos coro bajo hallaron ya a la novicia vestida de agustina. Muerta para el mundo, para su familia, para todos los que la habían amado o aborrecido, y aun para el mismo corazón, la novicia oyó el *de profundis*, entonado por todas las monjas, y quedó como ellas, reclusa aun antes de pronunciar los votos. Las luces de la iglesia desterrando los últimos rayos del crepúsculo el canto fúnebre de las religiosas que con vela en mano asistían a aquel entierro de una persona viva, la lívida palidez de la víctima y los sollozos mal reprimidos de sus parientes daban a aquel conjunto un aspecto verdaderamente aterrador.

Rosita, como el recluta que hace sus propias armas, que siente orgullo de su propio miedo, en tanto que ha logrado vencerlo, contestó a la superiora, que le preguntó lo que le había parecido de aquella ceremonia:

—Es imponente reverenda madre; pero es también consoladora.

De seguro, lo menos que tenía era esto último; pero si la fascinación de la huérfana no hubiera llegado a darle este carácter, se habría arrojado a la más cruel desesperación. Quedaba en el fondo de su alma una resignación anticipada, y buscaba el modo de engañarse acerca de ella, y lo lograba en parte, así como experimentaba una grata sensación llamando a la buena superiora *madrecita*, por sólo el motivo de haber usado aquella dulcísima expresión en toda su vida.



10. LA LLEGADA DEL PADRE DON LUIS

Las cosas permanecieron en el estado que indicamos en el capítulo anterior, porque Roldán no pudo hablar con Fernando en varios días, y éste había olvidado la cartita de Rosa, no teniendo motivo que se la recordara.

Llegado el día de la Ascensión, Clara vino, según lo había prometido, por María, a fin de que presenciaran los votos de una joven que debía profesar en el convento de San Jerónimo.

Grande impresión causó en María aquel aparato espléndido que ofrecía el templo con motivo de tan solemne ceremonia. La novicia prometió públicamente guardar clausura toda su vida, absoluta obediencia a las superiores, castidad de alma y cuerpo, y ser pobre voluntariamente.

La música, que resonaba lánguidamente bajo las bóvedas, parecía interpretar los sentimientos de la concurrencia, porque exhalaba dolorosos gemidos, y la abundante iluminación que hacía resaltar los envejecidos arabescos de aquel antiguo templo, ponía de manifiesto que por todos sus ángulos brotaban lágrimas que acompañaban a la víctima, cual si fuese a hundirse en el féretro. El orador cristiano con feliz inspiración respecto del malestar social, y buscando en vano el remedio en la extravío del ideal místico, demostró que la civilización está falseada y que zozobra continuamente, sin poder encontrar un momento de seguridad, porque ha perdido sus dos anclas: la justicia y la verdad.

¡El mundo!, exclamaba, sirve de rodillas al vil interés; ser rico, he aquí el último fin a que todos aspiran sin distinción de clases, de personas, y ni aun de sexos, porque el oro representa el poder absoluto de la Tierra, concentra los goces y hace innecesarias las virtudes, en concepto de la casi totalidad, de los humanos. En lo antiguo, se expresó con mucha exactitud el estado de anonadamiento a que eran reducidos los que sucumbían en una contienda con aquella enérgica aclama-

ción: ¡*Vae victis!* ¡Ay de los vencidos! Hoy podemos decir con la misma verdad: ¡Ay de los pobres! ¡Ay de los huérfanos! ¡Ay de la joven que se encuentra sin protección en medio del mundo!

Ruge, decía un aquilón de muerte; se extiende por todas partes un hálito emponzoñado: natural es que el sexo débil, tierno e inocente venga a refugiarse en los claustros santos bajo la protección del Señor. A estas inmaculadas vírgenes se dirige el Esposo divino, en el “Cantar de los Cantares”, cuando dice:

“Como lirio entre espinas, así he hallado a mi amada⁷ entre las hijas. Bajo de un manzano te he encontrado; allí fue corrompida tu madre, allí fue violada⁸ la que te engendró.”

Aquella imponente ceremonia producía un estado de fascinación en el ánimo de Rosita, afirmándola en lo que ella misma llamaba su vocación, a la vez que en María causaba sencillamente miedo, pues creía que se había avanzado mucho en un mar proceloso, que amenazaba sumergirla, y tomaba, por tanto, la resolución de ir a suplicar al maquinista la dejase volver a su casita de Cacahuamilpa, donde tanta tranquilidad había encontrado siempre, aun en sus días más desolados. Rosita daba desde aquel momento a sus amores otra forma, aérea, espiritual, enteramente fantástica; iba a embriagarse de ternura con el esposo de que hablan los cantares del rey Salomón, de los que nosotros solamente hemos copiado la parte severa, sin poder repetir lo que en tales casos se dice, tomada del mismo libro, para que se enciendan las almas en el amor divino. No pudiendo comprender María aquel misticismo, y creyendo que debía renunciar a Fernando, no le quedó más aspiración que la de volver prontamente a la libertad de los campos. Rosita, por su parte, juzgaba preferida a María, había sufrido una completa transformación operada por su orgullo, casi sin apercibirse de ella, y dejaba a su rival que triunfase sola. A la una le faltaba experiencia para juzgar bien de su situación; a la otra le había desnaturalizado su educación, imponiéndole para siempre grandes necesidades, sin darle los medios de satisfacerlas, de suerte que cuando se halló en contacto con la miseria, no logró más que exaltar un sentimiento de la propia dignidad. Una sola industria había aprendido y de ella debería subsistir; iba como la cigarra a cantar por toda la vida. Cuando ésta

⁷ *Canticum canticorum*, capítulo II, verso 2: “*Sicut lilium inter spinas sic amica mea inter filias*”. [Nota del autor.]

⁸ *Canticum canticorum*, capítulo VIII, verso 5: “*Sub arbore malo suscitavi te, ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua*”. [Nota del autor.]



declinase, si antes no comprendía por qué una organista que pasa largos años en el trabajo forzado de producir armonías, puede llegar a agriar su genio, a hacerlo infecundo, disonante, como le había sucedido a la vicaria de coro de San Jerónimo: vendría tal vez un tiempo en que al recordar las gratas melodías de Belisario y Capuletos, pareciesen tan atrasados como ahora nos parecen las del “Tío y la tía” y las de *Gazza Ladra*;⁹ pero mientras llegaba ese tiempo, mientras que la falta de aire y la vida contemplativa robaban lentamente a aquella tierna flor el color de sus pétalos, y su corazón se envejeciese consumiéndose en sus propios ardores, había una especie de fatalismo inexorable a que sujetarse desde luego, y se aceptaban por la joven con valor pasivo, con resignación indefinible todos sus rigores.

Si para que éste se cumpliese era necesario el consorcio de errores propios y ajenos, si aun para ir a llorar dentro de una ignorada celda hay cargos que formular contra uno mismo y contra los demás; en una palabra, si el tedio de la vida ha inventado un modo de morir prematuramente, sin que se le llame suicidio, porque la religión ha acogido esos hondos dolores que guardan los claustros, echémosles un velo, en señal de respeto, por la misma razón que se cubre y se respeta a un muerto. La brillante Rosita, que pasó por el mundo dejando como las mariposas entre espinas sus alitas doradas, que corrió hacia el amor como ellas persiguen la luz, y que lo mismo que ellas se retiraba de la escena herida de muerte, de seguro que únicamente pedía a Dios resignación, y a los hombres olvido. Para ella cuyo genio indomable la torturaba, volver atrás era frase desconocida, y cuanto mayor fuese el tormento que la causase el persistir en una resolución, tanto más inflexible sería en cumplirla; así es que debemos pensar que desde el momento en que había presenciado la toma de hábito de una novicia, ya era novicia, y desde que había asistido a la profesión de una monja, ya era monja.

Una sola cosa la habría detenido al borde de este abismo, una carta de Fernando satisfactoria, que hubiera recibido en pronta respuesta de la suya, habría hecho desaparecer el colorido fúnebre que todas las cosas habían adquirido a los ojos de la huérfana, y habría hecho desvanecer su vocación; pero esta carta no vino, al menos, en el tiempo que era conveniente. ¿Por qué no vino? En el orden natural y visible de las cosas por una causa muy sencilla: el maquinista necesitaba que le ley-

⁹ *La urraca ladrona*, obertura de Giacomo Rossini.

sen, y al recibir la de Rosita, sin saber que era de ella, desgraciadamente no había tenido quién le supliese su falta de vista. Remontándonos a la causa primera, nos limitamos a observar el mero hecho, de que tan pequeño incidente fue bastante para dar origen a sucesos altamente importantes para los actores de nuestra historia, especialmente para Rosita. ¿Por qué pasan las cosas de este modo? No lo sabemos, y así como en el caso presente vemos marchitarse una esperanza de vida y nos preguntamos en vano la causa de este aborto, otras muchas veces nos hemos preguntado sin hallar una causa satisfactoria, al alcance de nuestro entendimiento: ¿por qué mueren infecundos tantos gérmenes? ¿Por qué caen tantas frutas sin madurarse? ¿Por qué desaparecen tantos niños sin haber comprendido siquiera la ternura de sus padres? ¿Por qué fallecen tantos seres sin destino conocido en el mundo? Y, finalmente, ¿por qué la Humanidad en su conjunto camina tan torpemente a sus grandes aspiraciones, y por qué hace y sufre tantas cosas inútiles?...

Clara, que como hemos dicho, había acompañado a María, buscaba en vano en el coro a Rosita sin poder encontrarla, porque ésta permaneció durante la ceremonia en un rincón del coro bajo, llorando por lo pasado y por el porvenir.

En la tarde de aquel día, María se hallaba al lado de Fernando refiriéndole la ceremonia de los votos, después de cuya narración le dijo:

—Hoy me concederás un favor.

—¡Favor!, repitió admirado el maquinista. ¿Pues no mandas tú en todo?

María se sonrió tristemente.

—Sin embargo, quiero un favor algo difícil.

—Me alarmas con eso; évamos, di que quieres?

—Volver a mi casita.

Fernando se echó a reír, creyendo que aquel deseo sería un capricho pasajero.

—No te rías, Fernando, pues yo lloro...

—¿Pero qué te ha sucedido? ¿Por qué motivo?...

—Estoy disgustada, espantada de vivir en esto que se llama sociedad.

—¡Disgustada! ¡Espantada! Si aún no la conoces, ¿qué es lo que te disgusta? lo apartaremos de tu vista, ¿qué es lo que te espanta? lo examinaremos, y seguramente te convencerás de que es un terror infundado, al que acostumbramos llamar pánico. Me parece, María, que si cuando en tu casita, a la que deseas volver, recibieras de visita una joven de

México, el ruido de los árboles por la noche y el aullido de algún animal montaraz llenarían de espanto a tu visita; pero tú le dirías, tranquilícese usted; ese rumor lo producen las hojas, nada tiene de ofensivo, y el animal que arroja ese grito nunca se atreverá a acercarse a donde estamos: duerma usted, le dirías, la luz hace falta para tener valor; pero mañana se reirá usted de sus temores. Esto te digo yo.

Yo, Fernando, yo no he tenido miedo el primer día de estar en México, lo tengo desde que empiezo a conocerlo. Todos los días bajo al cajón y veo que lucha incesantemente la pobre Antonia con el marchante que quiere defraudarla, con la señora de tono que quiere sorprenderla con alguna exigencia, con los hombres que vienen a ver cómo destruyen su negociación; lucha, pues, por conservar su dinero, y no lucha menos por conservar su honra, porque nadie supone que su padre adoptivo la protege desinteresadamente. Así he visto que vivir en sociedad es vivir en una pugna eterna, porque apenas ha comprado alguna persona alguna memoria, dicen las que están en el estrado: “¡Con razón gasta, si su marido es un tahúr!”; viene otra a comprar, y dicen: “¡le duran aún a esta niña sus productos del tiempo en que tuvo sus relaciones con el señor N.!” Se despiden una de las más mordaces de la rueda, y dicen las otras: “¡muy descansada vida pasan entre nosotras las esposas de los empleados de Hacienda! ¡Como nunca se glosan las cuentas!”. Otra que se despiden deja como las demás su reputación a merced de sus cofrades, y no falta quien diga: “he de aconsejarle a mi primo el general que se meta en la primera revolución que hubiere, porque siempre dejan los pronunciamientos alguna cosa”. “¡Pues vida mía, ya no tendrá usted que aconsejarle —le dice otra— los periódicos de hoy anuncian que está ya pronunciado en San Luis, su primo de usted!”.

—Esta guerra incesante, me pareció primero que sólo se verificaría entre los malos; pero me he espantado al conocer que el que no entra en esta cadena de odiosidades, o ya es una pobre víctima, o se halla en camino de serlo. ¿Y cuando en el corazón no hay la dureza necesaria para entrar a esta lid, qué cosa más prudente que retirarse?

—Pero, María, hasta ahora nada anuncia que tengas que entrar en esta rivalidad que te disgusta por tu carácter singularmente recto. Sensible es que mi buena Antonia tenga que lidiar, aunque entra un poco en su constitución la necesidad de luchar, para estar en el uso pleno de sus facultades; pero tú, a quien nadie disputa mi preferencia, tú que tendrás al menos mientras yo viva, cuanto quieras, tú tan

cándida, que te marcharías en esa guerra de miserias ¿con quién necesitas rivalizar?

—¿Con quién? ¿Y me lo preguntas, Fernando?

—Sí, te lo pregunto; porque al menos que tú misma no hayas buscado con quién combatir, yo he cuidado de alejar de tu lado todo motivo de disgusto.

—Puesto que según parece, has olvidado con quien tengo que rivalizar, te lo diré...

La joven iba a pronunciar al oído de Fernando un nombre que nuestros lectores tendrán acaso presente, cuando se abrió el vidriero de la pieza en que estaba, y se presentó un nuevo personaje a cuya vista María levantándose exclamó:

—¡El padre don Luis!

Fernando, que la oyó, se puso inmediatamente en pie, y olvidándose de que no podía andar por sí solo, echó a rodar una mesita que tenía delante, con la cual tropezó, y cuyo ruido impidió que oyese esta otra exclamación del padre don Luis, al ver a María:

—¡Ella! ¡Aquí!

Sin reponerse el padre del estupor que le había causado la presencia de María, fue a abrazar a Fernando, a quien estrechó por largo tiempo contra su pecho:

—¡Bendito sea Dios que me ha permitido el verte bueno!, le dijo, pues al no recibir en tanto tiempo carta tuya, temía te hubiese sucedido alguna desgracia, y por tal motivo, he venido a verte.

Al decir esto, fijaba el padre en María una mirada casi de espanto, pues deseaba al parecer cerciorarse, si la mujer que tenía delante era realidad o una creación de su fantasía.

Siéntate, le dijo Fernando, pero antes llévame a mi lugar porque...

—¡Cómo, llevarte a tu lugar! ¿Pues qué tienes?

—¡Yo... no veo!

—¡Santo Dios! ¿Pero qué desgracia es ésta? ¡Oh, hermano mío! el corazón me decía que alguna gran desgracia te habría sucedido, y no me engañaba.

Los dos amigos, abrazados por segunda vez, derramaron abundantes lágrimas. El padre, conociendo después de un rato que hacía mal en afligir a Fernando, procuró reprimir su dolor, y dijo para consolarlo:

—Todo tiene remedio; confiemos en la misericordia del Señor que no tardará en volverte la vista... Ánimo, hermano mío, y alegrémonos por los bienes que aún nos permite disfrutar.

Cuando acabó de hablar le dio la mano a Fernando, quien fue a sentarse a su silloncito en que acostumbraba pasar casi todo el día, sumergido en sus meditaciones; buscó el sacerdote a la joven que allí acababa de ver, pero ésta había desaparecido, a tiempo en que lloraban los dos amigos. El padre don Luis, que no había oído ruido alguno cuando se fue María, creyó que su acalorada imaginación era la que había puesto ante sus ojos aquel fantasma; pues por una coincidencia singular se parecía mucho la joven a la que había forjado en su imaginación. Aquella creación de su mente, que no era más que el bello ideal de la mujer, al encontrar a María había coincidido, como es natural que coincida, la imagen de lo bello con una realidad casi perfecta. Lo notable del caso, juzgamos que consiste, no precisamente en la semejanza más o menos aproximada, sino en que la fantasía del padre hubiese hecho elección de aquel género de belleza, y que al examinar aquellas formas prominentes, destacadas, que como hemos indicado poseía María, y eran de una regularidad pasmosa, se desvaneciese lo vaporoso, lo vagamente ideal de su ensueño, y se fijase su ardoroso afán para siempre en un deseo invencible de poseer aquella criatura. Creemos, sin embargo, que era conveniente buscarse como complemento este género de hermosura una organización delicada, acompañada de un natural tan apacible como el del padre don Luis. Tal vez en este ligero rasgo se comprenderá la aplicación de esa teoría poco estudiada, es verdad, pero no por esto menos constante, de que la misma inclinación de los seres en las diversas especies que distinguen a la Humanidad, aunque sea únicamente en la forma, es mayor y por lo general irresistible, según que cada individuo completa el ser del otro, porque encuentran recíprocamente las cualidades que los exaltan, y que por esto mismo los atrae, resultando de aquí que muchas veces lo que llamamos desvío, antipatía y aun odio, no es sino la repulsión que resulta de dos elementos idénticos, como sucede en la electricidad.

Como quiera que sea, el padre don Luis quedó dudoso de que Fernando estuviese solo desde que él había entrado, y se abstuvo de aclarar esta duda, temiendo que su mismo hermano lo tuviese por loco, si le preguntaba por la señorita que había creído ver al entrar.

Fernando se abstuvo a su vez de mover tal conversación, porque era necesario explicarle antes a su virtuoso amigo, muy detalladamente, los acontecimientos que se habían verificado, para que María se hallase a su lado.



El maquinista, con objeto de desviar la conversación, como hemos indicado, y para dar un placer inesperado a su amigo, le dijo:

—Tengo ya la licencia de Roma.

—¿Sí? ¿Tan pronto?

—Se ha hecho el negocio con eficacia.

—¿Dónde está el rescripto?

—Lo tiene Antonia en un cajoncito del bufete; y tocó el ciego una campanilla, tirando de una cinta que tenía al lado de su asiento.

Se presentó una criada, y fue a llamar a Antonia.

—Abraza, hija mía, a mi hermano Luis, le dijo Fernando luego que la oyó llegar.

—¿Antonia, tu hija adoptiva?, exclamó el sacerdote, y se adelantó para recibirla en sus brazos.

Instruida la joven del objeto con que era llamada, abrió uno de los cajoncitos del bufete de que había hablado Fernando, sacó el rescripto que tenía guardado, y lo puso en manos del sacerdote: éste lo leyó rápidamente, y dijo al concluir:

—Una parte, no sé si la más difícil de este asunto está vencida, falta otra.

—¿Otra? ¿Cuál?

El padre iba a responder, pero le contuvo la presencia de Antonia; ésta se había quedado leyendo distraídamente el sobre de una cartita que había en el bufete, por creer que conocía la letra, la tomó en sus manos, y viendo que estaba cerrada y sellada, le dijo al maquinista:

—Aquí tiene usted, papacito, una carta que dice en el sobre “reservada”.

—Desde anteayer por la mañana me la trajeron, y me había olvidado de ella, como no dijeron de dónde venía; ábrela y dime lo que contiene.

Una exclamación mal comprimida que se le escapó a Antonia, al imponerse de la carta, llamó la atención de Fernando.

—¿Qué es eso? ¿Qué contiene ese papel?

Antonia no respondió.

—¿Qué no lo has leído?

—Sí, papacito.

—Pues dime en sustancia, sea lo que fuere, ya sabes que Luis es otro yo.

—La leeré mejor; y Antonia leyó con voz clara lo siguiente.



Señor don Fernando Henkel

Mayo 28 de 1848

Muy apreciable señor mío:

He tomado una resolución definitiva que asegura mi verdadera y más alta conveniencia, y paso a comunicársela a usted, pues aún lo cuento entre mis pocos y verdaderos amigos.

Fluctuando entre los escasos medios que podían ofrecerse a una pobre huérfana como yo soy, me he quedado confundida al reconocer que tenía claramente designada una senda, que no había seguido hasta ahora, sin poderme explicar el motivo de mi divagación. Cualquiera que haya sido éste, tengo, sin embargo, el gusto de asegurarle a usted que ha cesado absolutamente, y que pronto profesaré en un convento. Cuento con que me admitirán donde falte cantora u organista.

Comprenderá usted fácilmente, pues me conoce un poco, que no le participaría con tal anticipación este suceso, que de paso le diré a usted me ha tranquilizado mucho para el porvenir, llenándome de indecible alegría, si no tuviera una resolución irrevocable.

Siento infinito que el mal estado de la salud de usted, que yo rogaré siempre a Dios se mejore, no le permita asistir a mis votos; cuidaré, no obstante, de avisarle con anticipación el día en que deban verificarse, para que asista, al menos, esa interesante joven a quien daba usted el brazo esta mañana, y a quien decía usted al atravesar el corredor de la casa de su hija adoptiva: “sigues siendo para mí, María, una hada bienhechora”.

Me resta únicamente darle a usted las gracias, no por los favores que me haya hecho, pues éstos los pagará Dios, de quien espero ser esposa, sino porque ha cooperado usted no poco a enseñarme el camino que sigo ahora conducida por mi *vocación*.

Su afectísima servidora,
Rosa Dávila

—¿Qué hay en todo esto?, preguntó el sacerdote, después de un momento en que los tres personajes de esta escena habían permanecido mudos.

—Nada, contestó con forzada tranquilidad el maquinista.

—¡Cómo nada! no adviertes que esa niña va a encerrarse en un convento, y que visiblemente se ha ofendido de tu conducta hacia ella misma.

—Se ha ofendido de que yo no sea ingrato a la que me ha salvado la vida; y sólo porque ha oído, presenciado, o le han dicho, que trato a María con el cariño que merece, ha encontrado su verdadera *vocación*, que parece tenía olvidada en algún secreto de su costurero.

—Pero tú no te justificas con esto sólo, si no haces algún esfuerzo para detener a esa pobre niña, antes de que caiga al precipicio a que va corriendo.

—Será todo esfuerzo enteramente inútil; la conozco mucho.

—No obstante, tú debes intentarlo.

—Pues bien, estoy dispuesto; ¿qué es lo que te parece conveniente hacer?

—En primer lugar contestarle su carta, disculpándote de la tardanza.

—No me creará.

—No tendrás entonces responsabilidad ninguna.

—Pues bien, díctale a Antonia, que escribirá en mi nombre.

El padre se puso a dictar la siguiente carta:

Señora doña Rosa Dávila

Junio 1° de 1848

Muy apreciable Rosita:

Para contestar su cartita que hasta ahora me han leído, es indispensable que hablemos un momento.

Sin necesidad de ella habría buscado a usted desde antes, pero ya sabrá usted que me hallo muy enfermo de la vista. Este inconveniente no es, sin embargo, tan invencible que no esté dispuesto a ir a donde usted quiera recibir varias explicaciones que tiene que hacerle su amigo.

Por el señor don Fernando Henkel,
Antonia Henkel

—¿Te parece bien?, preguntó el padre.

—Es excelente, aunque me humilla un poco eso de dar explicaciones no debidas.

—Son indispensables.

—No producirán resultado.

—Vamos a ver.

Había en la insistencia con que Fernando negaba toda eficacia a aquella carta algo del propio orgullo ofendido, que media la altivez



que había dictado la carta de Rosita, y había también por la misma razón cierto deseo de que la respuesta no surtiese efecto alguno. Hacemos esta confesión que puede perjudicar el buen concepto de nuestro protagonista, porque faltaríamos a la exactitud, si no expusiésemos una de las naturales consecuencias que debía producir en su corazón el entrañable amor que profesaba a María, cuyo carácter suave era el mayor enemigo que la señorita Dávila podía haber encontrado.

Si le hubieran preguntado a Fernando si amaba todavía a Rosita, habría contestado sin vacilar que sí, y tal era la verdad; pero habría deseado al mismo tiempo que fuese menos altiva, porque María era humilde, y que pudiese ser tan tierna como ésta. En resumen, María era preferida; sin que nada pudiese justificar que Rosita era despreciada.

Antonia salió con objeto de mandar la carta, y el padre don Luis, deseoso de saber todo lo que le había pasado a su amigo desde su venida de California, le rogó que se lo refiriese, a lo que Fernando se prestó con buena voluntad.

Un observador prevenido habría notado desde luego que en todo el relato de Fernando, siempre que se ofrecía tratar de María, lo hacía con un grande entusiasmo; mas el padre no lo advirtió, porque él mismo participaba a cada momento más y más del mismo sentimiento.

—Tal es, decía Fernando, al concluir su narración, y refiriéndose a María, la adorable criatura a quien yo llamaba el domingo último al pasar el corredor de esta casa, “mi hada, mi ángel tutelar”, pues que para mí lo ha sido realmente, y esto se me increpa como una deslealtad, sin pedir antes una explicación, y sin tener la más pequeña consideración al estado que guardo, el cual sólo se recuerda del modo más amargo para lanzarme una cruel ironía.

—Pero hombre, reflexiona que esas expresiones vienen de una mujer celosa, y las disculparás.

—Yo sólo atiendo a la pureza de mis intenciones, y a la lealtad con que he procedido siempre respecto de toda clase de gentes, pero muy especialmente con Rosita. Ya te he dicho que para mí no puede ser jamás otra cosa María que mi hermana; cualquier otro cariño, cualquier otro lazo mataría la más pura ilusión, tal vez la única, que deseo conservar toda mi vida: ¿cómo quieres que oiga yo pacientemente, y mucho menos a la señorita Dávila, expresiones que tienden a rebajar su elevada virtud?

—Ahora tú me alarmas por distinto motivo; ¿qué va a ser de ti cuando esa joven de que me hablas, se separe de tu lado?



—No se ha de separar jamás.

—Pero en esto hay alguna contradicción: tú no cambiarás nunca el cariño de hermano hacia ella, por ningún otro afecto...

—Ciertamente.

—¿Nunca se ha de separar de tu lado...?

—Nunca.

—Luego condenas a esa pobre niña a un celibato perpetuo; así harás dos monjas.

—Yo no me opongo a que se case.

—¡Ah! eso es otra cosa; pero hasta ahora sólo me has presentado a Antonia...

En aquel momento entró una criada trayendo chocolate.

—Si quieres, Luis, seguir mi método, tomarás chocolate a esta hora y comerás al medio día; si esto no te parece comerás con las muchachas al anochecer.

—Prefiero tu método, porque es el que sigo en la Nueva Filadelfia.

—Pues si han traído dos pozuelos de chocolate, puedes empezar a tomarlo; si no, pide otro, y una vez por todas te diré que aquí mandarás como en la Nueva Filadelfia.

—¿Se ha ido la persona que trajo esto?, preguntó el ciego.

—No señor, mande usted, respondió la criada.

—Llame usted a las niñas.

Después que la criada salió, continuó hablando el maquinista:

—Dime, Luis, ¿cómo están Laura y la señora? ¿Cómo se portó Ulseman en el asalto de la Nueva Filadelfia?

—Perfectamente, él era el que estaba a la cabeza de los que deseaban batirse con los soldados, pero viendo mi determinación de no hacer resistencia, se ocupó de salvar a su mujer y a mi madre. Ahora está con la necedad de que si no castigan a Montemar, él lo escarmentará.

—¿Y Montemar?

—Van a sujetarlo a un consejo de guerra, según me dijeron; pero está libre en Guadalajara.

—Es necesario influir con el general Arista¹⁰ para que ese hombre no quede impune.

—Con el general Arista, ¿por qué?

¹⁰ Mariano Arista. El 30 de julio de 1848 las últimas fuerzas estadounidenses que quedaban en México se embarcaron en Veracruz.

—Porque me han dicho que viene ya nombrado ministro de la Guerra, asegurándome que es el hombre más a propósito y más decidido por volver al ejército el concepto que ha perdido, y que con este objeto va a expurgarlo de todos los bribones que en él se encuentran.

En este momento entraron Antonia y María, que habían sido llamadas para acompañar a Fernando a tomar chocolate. María, como en sus dichosos días en que la conoció Fernando, llevaba la cabellera suelta, ondeando sobre su vistoso rebozo de bolita.

El padre, que se hallaba cerca de Fernando, quiso hacer lugar para que pasase la joven, pero olvidó la charola que tenía delante, y la hizo caer sobre la alfombra, regando el chocolate y esparciendo por el suelo los fragmentos del pan. Tal incidente, que fue para los jóvenes muy sencillo, acaso parecerá a nuestros lectores que tenía una causa algo complicada, y así era la verdad, pues el padre, al convencerse de que no era fantasma la figura de María, había querido reconocerla con exquisita prolijidad, hasta el punto de olvidar que tenía la charola en las manos. Antonia ocurrió a aquel contratiempo haciendo que trajesen otro chocolate, y que limpiasen la alfombra.

—Te preguntaba yo por Laura, dijo Fernando, que sólo había percibido el ruido apagado que habían formado al caer en la alfombra el pozuelo y la charola.

—Me preguntabas por Laura, si... es verdad.

—¿Y bien qué me dices? ¿Ha tenido niños?

—Uno solamente.

—¡Oh! será una linda criatura! con sólo que se parezca al tío...

El padre se ruborizó, cuando atraídas las dos jóvenes por el elogio de Fernando fijaron en él simultáneamente una mirada de natural curiosidad. Aunque nadie mejor que él podía sostener este examen, pues sus facciones tenían a la vez toda la majestad varonil con la pureza de unas líneas perfectas y delicadas, el ligero carmín que había dado animación a sus pálidas mejillas llegó al rojo subido, pues por la primera vez de su vida pensó en que carecía de aquella exquisita compostura que todos los hombres quisieran tener en presencia de la mujer a quien desean agradar. El padre don Luis entraba desde aquel momento en el lleno de sus amores reales, saliendo de la esfera de lo imaginativo; y si podemos emplear una figura aunque vulgar, diremos que era una madera quemada por los ardores del sol, y que puesta a la lumbré debía arder con ímpetu desmesurado. No se extrañe, por tanto, que sus transiciones fuesen violentas, y que sin dejar su virtud contra-

riase en algún modo su vida anterior. Era un río salido de madre; sus constantes sufrimientos y mortificaciones debían ser otros tantos motivos de estímulo; y el clérigo, resignado hasta entonces a su vida enfermiza y a sus escrúpulos, vuelto hombre por la gracia del Papa, iba a recobrar su individualidad que antes estaba perdida en la clase a que pertenecía.

—¿Van ahora al teatro?, preguntó Fernando después de un rato de silencio.

—María no quería, respondió Antonia, pero ya estaba docilitándose; ahora que usted nos llamó iba a peinarse.

—Ni te ofrezco que vayas, dijo el maquinista a su amigo; tú nunca quieres ir a una concurrencia.

—*Antes no quería*, pero en lo sucesivo iré a cuantos lugares se pueda concurrir con decencia. Hasta aquí había sido yo como los de mi clase, alguna cosa aparte de la Humanidad; ahora vuelvo a tomar mi debido participio en todo lo que es bueno y honesto, sin avergonzarme de ser hombre.

—¿Y el escándalo?

—No admito que exista el escándalo sin obra mala; de manera que mientras yo esté seguro de que una acción no es mala en sí misma, la calificación injusta que sin razón otros hagan de ella, se les imputará a ellos mismos. Aquella extraviada máxima que acaso habrá llegado hasta ti, y que dice: "*Haz cosas malas que parezcan buenas, y no hagas buenas que parezcan malas*", es detestable; yo siempre haré, ayudándome Dios, las buenas, parezcan bien o mal, porque no tengo otra norma de mis acciones que mi conciencia, y no quiero cambiarla por el estúpido qué dirán.

—Todo eso está muy bien dicho; supuesto que de ahí resulta que hemos de ir juntos al teatro esta noche, lo celebramos mucho; ¿no es verdad, muchachas?

—Ciertamente, respondió María, a no ser que el padre prefiriese seguir platicando con nosotros, pues su conversación es para mí más grata que todas las comedias que he visto.

—Me hace usted demasiado favor María; y ya que piensa usted así, le manifestaré que podremos reunir las dos satisfacciones, la de ver la comedia y la de platicar con usted: yo le aseguro que si se digna tomar mi brazo, daremos en qué pensar a mi querido hermano y a la guapa Tonchita, cuando adviertan que al lado de usted yo no puedo estar en silencio.



—Muy bien, Luis; procura sobre todo quitarle la mala idea que le ha ocurrido hoy a María, de volverse a su casita de Cacahuamilpa.

Corre de mi cuenta el hacer los esfuerzos posibles; pero con una advertencia.

—¿Cuál es?

—Que si persiste en irse yo me voy con ella.

Fernando tomó esta salida como efecto del buen humor de su amigo, y la celebró largamente; Antonia, cuyos instintos delicados suplían su falta de experiencia, miró con discreta atención al padre, y creyó reconocer algo de verdad en lo que acababa de decir; finalmente la cándida María dirigiéndose al padre, le dijo:

—Quiere decir que desde hoy somos verdaderos amigos; y le tendió la mano, que el padre estrechó con el mayor júbilo.

Antonia se convenció de lo que creía suponer, y Fernando, a quien faltaba el principal de los sentidos para juzgar de aquellas emociones, dijo poniéndose en pie y pidiéndole el brazo a su amigo para ir a dar vueltas por la sala:

—Vayan, muchachas, y pónganse sus mejores adornos; yo pienso que hemos de estar poco tiempo en México; sacudamos un poco los pesares, que después podremos vivir a lo serio.



11. LA PRETENDIENTE

Mientras que Fernando se disponía a olvidar los pesares de la vida aceptando con gusto la diversión que se ofrecía en el teatro, Rosita, desprendida de la familia que la había amparado a pesar de su propia miseria, trabajaba por hacerse más pesada, y de todo punto irremediable su triste situación.

A su entrada al convento no le faltaron a la pobre huérfana otras compañeras, que comprendiendo desde luego sus sufrimientos se interesasen vivamente por ella, y procurasen comunicarle las ilusiones que para ellas mismas no tenían ya prestigio alguno. Pero este era un vano empeño, porque siempre hay algo que nos dice en lo interior cuál es nuestra verdadera situación, y el piadoso engaño de aquellas cautivas servía solamente para que aumentase Rosita sus dolores, notando con sorpresa que las paredes en que se hallaban encerradas, eran para clasificar ciertas especies de mujeres desgraciadas.

En el primer asueto que tuvo la comunidad, precisamente en la noche de la entrada de Rosita, pudo ésta observar en su indefinible conjunto, aquella mezcla de deseos reprimidos, de sufrimientos disimulados, de desconfianzas y rivalidades recíprocas, que aun en los cortos momentos de distracción que se les permite a aquellas monjas cada mes y cuando hay toma de hábito o profesión, se hallan tan despiertas, tan implacables, que forman como una espesa red para que el pensamiento no vuele, y sigan adormecidos los sentidos. La huérfana se estremeció involuntariamente al hallarse en aquella atmósfera, con una sensación semejante a la que experimentamos cuando repentinamente nos sumergimos en agua fría; mas a poco, con la resolución y fuerza de voluntad que la caracterizaban, quiso hacerse ilusión de que aquélla era paz y felicidad, y aun llegó a creerlo así, tomando por rebelión insuflada por el demonio la especie de resistencia reprimida que le quedaba en el fondo de su alma.

Como no todas las monjas tenían *niña*, no tardó Rosita en verse solicitada por varias ancianas, que desarrugando el ceño y diciéndole palabras afectuosas, se ofrecieron indirectamente a ser sus *nanas*. En los conventos, todo el cariño maternal que no en balde dio la naturaleza a la mujer, busca objeto a qué dedicarse, y se manifiesta en la ternura con que la *nanita* cuida de su *niña*. La auxilia y la protege en cuanto puede; le hace su comida y le dispone su ropa durante el noviciado, y en el día del asueto mensual, que es cuando logran estar cerca una de otra, le prepara una meriendita, con tanta solicitud y anhelo, como una madre que guarda alguna golosina para el día en que salen sus hijos del colegio. Después que la novicia profesa, pueden ya tratarse con alguna mayor libertad, pues aunque la antigüedad señala los lugares en el coro y en el dormitorio para las que no son superiores, se buscan siempre que no estén de facción para contarse sus sueños, para hacer un recuerdo furtivo de la vida del siglo, y para juntar sus dolores y sus casi perdidas esperanzas.

La priora había dicho a Rosita al llevarla a la habitación que le destinaba:

—Prefiero ponerte en esta celda, porque aquí vivió la madre cantora Sor Juana Inés de la Cruz, célebre por su talento, por sus composiciones, por su hermosura, y más que todo, por su humildad.¹¹ Aquí vive ahora la madre N., es una excelente *nana*, pero si no te agrada avísame para que te pase a la otra vivienda.

En la sala de ésta, como en todas, había lunas, sillas corrientes pintadas de verde con asiento de tule, pues no permite otras la regla, algunas estampas de varios santos colgadas en la pared con cuadritos de cartón muy vistosos y como un objeto de justa distinción para aquella vivienda, el retrato de Sor Juana pintado al óleo. En la recamarita

¹¹ A propósito de esta poetisa mexicana, se dice en un artículo inserto en la traducción del *Diccionario histórico de Morelia*, y publicado en París en 1792, lo siguiente: “La madre Juana padeció muchas contradicciones sobre componer versos, sería sin duda el motivo, lo díscolo que estuvieron entre sí los aprobantes del primer tomo: se te puso entredicho en el estudio de las ciencias mayores por ‘precepto casero’, y entonces enfermó esta prodigiosa mujer de no trabajar con el estudio; así lo testificaron los médicos, y los superiores le hubieron de dar licencia para que sanase con sus tareas. Volvió a sus libros, proponiendo la brevedad en toda ocupación casera, ya de entrar poco o nada en celda alguna, ya en las visitas de rejas que a expensas de no ser descortés, se las costeaba la paciencia. Sólo para responder a las cartas que en verso y en prosa de las *Dos Españas* recibía un amanuense, el más diestro, tendría muy sobrado en qué entender. Jamás la observaron quejosa ni impaciente, su delicia era la librería, en la cual entraba a consolarse con cuatro mil volúmenes que la componían”. [Nota del autor.]



había ya preparada una sencilla colgadura formada de lienzos blancos, que llaman paños; sin adorno ninguno; allí fue colocado el banco verde, con pequeñita cabecera, que el convento da a las religiosas. Rosita sólo había llevado el colchón y la ropa.

La monja de la celda había empezado desde antes sus oficios de *nana*, porque al saber que tenía *niña*, había venido a sacudir los paños de la colgadura, y a limpiar el retrato de Sor Juana. En cuanto a la cocinita, no hay que decir, porque es sabido que poquísimas personas pueden igualar la extremada limpieza de una monja; así es que ya el lector habrá supuesto que los pobres y pocos utensilios de aquella oficina, albeaban, reverberaban, despedían luz.

Apenas había saludado Rosa a su nanita, cuando ésta se apresuró a quitarle un adorno natural, que ella llamó adefesio, con objeto de que las otras monjas no criticaran a su niña, y aun para evitar, dijo, un motivo de escándalo, porque la joven tenía su pelo naturalmente rizado y corto que le caía con gracia sobre los hombros, y esto le daba un aspecto de jovencito. La monja comenzó a deshacer los rizos, que creía eran artificiales, y los sujetó con no poco trabajo para hacer con ellos dos trenzas, pues en el convento sería un gran atrevimiento que a nadie se perdona, el llevar *molote*.¹² Otra falta, o más bien sobra, hubo que remediar; las fundas de las almohadas tenían encajes, y fue necesario hacerlos desaparecer *incontinenti*, lo que verificó la nana sin permitir a Rosita que tomara parte en el trabajo de descoser, pues no quiso que se molestara.

Ya se conocerá por esto que la nana de la huérfana a nadie cedía en solicitud por su niña, y que ésta no pensó en hacerle el agravio de pedir otra a la madre priora.

Después de aquellos trabajos preliminares hubo un pequeño refresco, a que habían sido convidadas las vecinas de más intimidad, en el que campeaban las banderitas picadas sobre un cerco de rodeos y polvorones, o en medio de frutas conservadas en platonos de excelentes pastas: la huérfana, encantada de ser el objeto de todas las atenciones, comenzó a hallar muy comfortable la vida del convento. Un incidente inesperado vino no obstante a afligirla mucho, porque repentinamente se presentó una monja que no había sido convidada, y sin que Rosita alcanzase el motivo, disolvió la reunión con su sola presencia. Era esta

¹² El moño o pelo trenzado que se atan las mujeres en la parte superior o posterior de la cabeza (Santamaría).



monja la poseída para quien se había traído la cítara, y una señora que sabía tocar un poco en ella: pálida, flaca, aunque joven, de mirada ardiente, llevaba en desorden el escapulario y el manto, y algo roto el hábito. Se sentó sin ceremonia al lado de Rosita, que se había quedado sola con su nana, y templando la expresión colérica que se leía en sus ojos contra las que se habían ido, le dijo a la nueva pretendiente, señalando hacia la puerta:

—¡Qué estúpidas! huyen de mí porque creen que estoy endemoniada.

La nana de Rosita se santiguó al disimulo, y ésta, a quien no pudo menos de interesar desde luego aquella desgraciada, le preguntó:

—¿Lleva usted mucho tiempo de profesa?

—Dos años.

—Pues apenas tendrá usted veinte de edad.

—Todavía no tenía yo trece cuando murió mi padre; tomé el hábito a los quince y he profesado al cumplir los dieciséis.

—¿Es usted huérfana de padre?

—Y de madre también.

Rosita no pudo contener un hondo suspiro.

—¿Por qué ha profesado usted tan joven?

—Es la edad en que legalmente puede hacerse; mis tías me decían que esto es muy bueno y yo he encontrado que es muy malo.

Como a todas las niñas que entran les digo lo mismo, me llaman las monjas “La Desconsolada”, castigándome de varios modos, hasta que han conocido que debieran llamarme “La Desesperada”, supuesto que dicen que no tengo remedio. Pero en todo son ellas así, nunca dan a las cosas su verdadero nombre.

“La Desconsolada” paseó su vista por toda la pieza, y Rosita aprovechando el momento en que no hablaba, le ofreció un rosquete azucarado.

—Gracias, hermanita, lo llevaré para mi celda porque no puedo tomarlo.

—¿Por qué?

—Porque ayuno todos los días. Yo traía este ramito de flores para usted, ¿quiere usted tomarlo?

—Con mucho gusto; ¿qué hay jardín en el convento?

—Hay uno pequeño y arruinado, que cuidamos la madre jardinera y yo. Como no tengo otra ocupación he logrado ponerlo bonito.

—¿No tiene usted otra ocupación?

—Ninguna otra.

—¿No va usted al coro?

—¿Para qué?

—Para rezar.

—Rezo en mi jardín cuando quiero, y sin necesidad del breviario que para nada entiendo.

—Está muy bonito el ramo que dice usted ha hecho para mí.

—¿Para quién otra lo había de hacer? Las monjas dicen que yo y mis flores tenemos al Diablo; ¿cree usted esto posible?

Rosita iba a responder cuando entró la priora, a quien habían ido a dar parte de que “la Desconsolada” estaba desanimando a la pretendiente. La superiora, que ya tenía órdenes terminantes del prelado eclesiástico a quien había comunicado la falta de vocación de “La Desconsolada”, de tratar a ésta con la posible consideración, procurando solamente impedir que su mal ejemplo cundiese, se limitó por entonces a invitar a Rosita y a la monja que la tenía a su cargo, para que saliesen a ver la representación de una pastorela que estaban ejecutando las otras monjas.

En los siguientes días no cesó “La Desconsolada” de traer un ramillete de flores a Rosita, y ésta, que por supuesto no daba crédito a la especie que varias religiosas trataban de infundirle, de que aquellas flores por lo menos estaban tocadas del Diablo, las guardaba poniéndolas en un trasto de barro cuidando de renovarles agua.

La mala voluntad de la madre organista, de quien ya hemos hablado, tardó poco en producir su natural efecto, como preludeo de lo que debía esperar Rosita más adelante.

Al día siguiente de su entrada, hubo que tocar el órgano en diferentes horas, y algunas de éstas se le señalaron a la joven, para que comenzase a desempeñar sus oficios. Rosita sabía que el teclado del piano es igual enteramente al del órgano, y con esta seguridad no vaciló en pulsarlo luego que le llegó su vez; pero cantaba sin el huésped, porque la madre organista había cerrado las mixturas que aún por costumbre se dejan puestas en el órgano, para que en el caso de que llegue el ejecutante a última hora, ya no se ocupe en combinarlas. La vicaria de coro se quedó observando la pena que causaba a la nueva organista el no producir sonido alguno, a pesar de que golpeaba el teclado, y no obstante que la madre encargada de los fuelles mandaba a torrentes el aire a los tubos, sin producir más que un chillido desapacible que se escapaba de una mistura mal cerrada. Acordándose entonces vagamente Rosita de haber visto que sacando unos palos que hay al lado del teclado señalados con unas perillas, sonaba el órgano

con más o menos fuerza, sacó a la ventura dos de aquellos palos, pero tuvo que hundirlos con toda precipitación, porque fue tal el estruendo que produjeron, y tan disonante, que todas las gentes que había en la iglesia volvieron la vista hacia el coro sorprendidas de aquel desarreglo.

Rosita, llena de confusión, miró de un modo suplicante a la madre organista, quien deseosa de mostrar su instrucción delante de algunas monjas que habían venido al coro por oír tocar a la nueva organista, le dijo a ésta:

—¡Válgame Dios, niña! que bien se conoce que nada sabe usted de mixturas, ¡aunque son el huevo juanelo! *Flautado de seis* en ambas manos, añadió tirando arrogantemente de unas perillas negras que tenían al lado las palabras que iba pronunciando; *octava*, y si quiere usted más fuerza, *quincena* y *violín*, son las suficientes para los casos comunes; aquí tiene usted también *los llenos*; pero de éstos no tenemos hoy necesidad, y se reservan para cuando toda la comunidad responde una letanía, o repite las alabanzas.

Después de esta lección, preludió la monja un tono con muchos bemoles, y ejecutó con pésimo compás, un tema del “Tío y la tía”, se puso en seguida en pie y le dijo a Rosita con anticipado despecho: yo he tocado lo de mi tiempo.

Aunque Rosita tocó en seguida bastante bien, comparativamente, dejando satisfechas de su habilidad a las monjas que habían ido a oír-la, le quedó una profunda mortificación por el chasco que había llevado, y conoció que entre sus penas no sería la menor la de sobrellevar con paciencia la ojeriza de la vicaria de coro.

Rebozando de aflicción cuando volvió a su celda, quiso comunicarla a su nanita, pero no la encontró, porque era la madre *campanera* y estaba repicando; vio a poco de estar en la celda que venía a verla “La Desconsolada”, y olvidándose de los consejos que le habían dado para que evitase toda relación con aquella desgraciada, le dijo lo que acababa de pasarle, “La Desconsolada” procuró darle algún consuelo, diciéndole:

—En la vida de las religiosas estos disgustos y rivalidades son el pan de cada día, usted no ha tomado el hábito, ni ha profesado y podrá librarse de todo cuando quiera.

Rosita sintió oprimírsele más el corazón.

—Han acabado de aburrirme con sus exigencias, continuó la monja; no tenía otro consuelo que un Santo Niño de Atocha, al que tomaba



en mis brazos siempre que no estábamos en coro; pero una *definidora* quiso que le cediese mi niño, y yo me negué a ello; de aquí me han venido los mayores males. Me han quitado mi niño y lo han puesto en la sacristía, sin que me hayan permitido siquiera verlo, por más instancias que he hecho. Cuando recuerdo que por la envidia de esa mala religiosa me veo privada de mi niño, no puedo contener las lágrimas: ¡es tan hermoso! lo había puesto yo tan guapo, ¡con su vestidito de raso galoneado, sus calzoncitos de punto, sus cacles de terciopelo, su sombrerito de cartón...! Y la monja se puso a llorar amargamente.

Rosita comprendió con espanto que aquel lloro era producido por el sentimiento de la maternidad que tienen aun las vírgenes; creyó que una fatídica luz alumbraba el abismo en que se encontraba, pero recordando la voz general del convento que atribuía a “La Desconsolada”, relaciones muy íntimas con el diablo hizo la cruz sin que la viese la monja, diciéndole con grande agitación:

—¡Me voy, me voy! porque están llamando a vísperas; y se salió apresuradamente...

En la tarde del día de la Ascensión recibió Rosita un papel abultado de parte de Clara, por medio de la criada que tenía especialmente dedicada a su servicio, antes de entrar a San Jerónimo; ¡y cosa inesperada! las lágrimas que vio desprenderse de aquella mujer, la conmovieron más que las patéticas y aterradoras ceremonias de la toma del hábito, y de la profesión.

Clara le escribía en los siguientes términos:

Señorita doña Rosita Dávila
Su casa, junio 1° de 1848

Muy querida Rosita:

Desde tu separación de esta casa, tan violenta, tan inmotivada y tan cruel, no ceso de llorar; ¿es posible, me digo, que lo que nunca hizo ni pensó hacer cuando estábamos pobres, cuando teníamos que trabajar para ganar nuestro sustento, lo haya hecho hoy que por la bondad divina, habíamos salido de tan triste situación? ¿Y todo por qué? Ella solamente lo sabe, sin dignarse comunicárselo a su amiga, a su hermana, que está segura de no haberla ofendido, ni dándole motivo para semejante proceder, y que sin embargo sufre todas las consecuencias, como si tuviese la culpa de tal separación. Sí, todas las consecuencias pues por tu causa Fausto me ha reñido el lunes de un modo terrible, tanto que creí iba a pegarme, pues no quería

creer que tú nos hayas dejado sin motivo, asegurando que yo lo había dado. Lloré y lloro tanto, que ahora trata en vano de consolarme.

Te digo esto para suplicarte que te vengas. ¡Vuelve hermanita! ven a animar nuestra triste casa de la que parece que ha salido un muerto; ven a regar tus flores que están mustias y tristes, como si conociesen que les faltas; hasta tu jilguero que empezaba a cantar muy recio, ha enmudecido, tal vez porque en lugar de los mimos que tú le hacías me ve llorar siempre que voy a tu retrete.

¿Verdad que no estás enojada conmigo? ¿Verdad que todo ha sido un acaloramiento de cabeza desde la desgraciada visita que hicimos a la señorita Antonia?

Por no haber podido verte ni hoy, ni ayer, ni antier, pues la madre portera sólo me responde cuando te busco, ¡todavía no tiene reja! te mando una carta de don Justo Amable, que escribió ayer en casa, y otra que parece ser del señor Henkel, y que acabo de recibir con un recado de la señorita Antonia.

A propósito de este señor Henkel: ¡qué hombre tan bueno! ¡Qué corazón tan generoso! ¿Crearás que no ha querido permitir que ninguno de los gastos hechos por mi marido, desde que comenzó a visitarnos, se carguen a la cuenta de éste? ¡Qué más! hasta los regalos de boda, que recordarás fueron dobles, para ti y para mí, ¡los ha pagado ya el señor Henkel! Ayer vi casualmente la cuenta, ¡qué minuciosamente llevada!: están los alquileres de nuestra casita, la pensión de mis padres que se pagó en el hospital, el ajuar de la casa en que vivimos; todo, todo, hasta el gasto diario de nuestra estadía en Tenancingo. Ya verás que todo esto no importa una pequeña suma: ¡y yo que culpaba a mi marido de prodigalidad, cuando todos los gastos los ha hecho el señor Henkel! Él, según parece, es rico, sumamente rico, y ha podido gastar sin inconveniente haciendo bien a una pobre familia, mientras mi Fausto tiene un reducido capital. Yo pienso ir a darle las gracias al señor Henkel en uno de estos días, y no sé qué decirle de ti...

Antes de que leas la carta de don Justo Amable debo advertirte que, según creemos Fausto y yo, ha perdido el juicio, seguramente por el efecto de sus heridas. Cuando supo tu entrada al convento se conmovió mucho, y luego, serenándose repentinamente, y con una seriedad que me daba miedo, me decía: *“No lo dude usted, Clarita, el lazo único de salvación que me quedaba está rompiéndose, ¡y yo me iré al infierno sin remedio!”*. Este hombre, a pesar del mal estado de su juicio, ha sentido tu ausencia de modo tal que ha hecho estremecer a Roldán, que ya sabes cuán poco lo quiere.

Deseara que esta carta fuese una letanía de súplicas para que te vuelvas con nosotros; pero reflexiono que si ya nos has perdido el cariño, mis instan-



cias son inoportunas. En tal caso, ruégale a Dios nos permita romper, como tú, los dulces lazos de una amistad de más de diez años, sin que para esto sufra nada el corazón que, desgraciadamente, en esta vez sentimos herido todos los que teníamos el orgullo de contarte como de nuestra familia.

Adiós, Rosita; el dolor me ahoga, las lágrimas nublan mis ojos y, cayendo sobre el papel, borran lo que escribo; piensa siquiera que el sentimiento que las hace verter es al menos tan puro como la piedad que te ha llevado a ese horrible lugar...

No puedo más; no quiero maldecir esa cárcel en que te has metido por el horror que me causa pensar que un día me arrastre a ella algún fatal destino. Cuando te considero tan inocente, tan hermosa, no sé qué pensar de la suerte que así castiga a la virtud...

Consigue que te señalen día de reja para que podamos hablarte. Hoy fui a la ceremonia de la profesión con objeto de verte, pero mi intención no se logró porque en ninguna parte pude distinguirte.

Adiós, Rosita; sé feliz, aunque para esto hagas desgraciada a tu verdadera amiga y hermana.

Clara Nájera de Roldán



12. LA HUMILDAD EN EL CLAUSTRO

Cuando Rosita acabó de leer esta carta, un temblor involuntario se apoderó de todo su cuerpo; sus piernas flaquearon, y cayendo de rodillas en el pavimento de la vivienda, en que por fortuna se hallaba sola, exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es la vocación si cada día ha de traerme tan terribles combates? Tres días llevo en el claustro y nunca sueño sino en mi libertad; ¡y cuando despierto lloro de que mi sueño no sea una realidad! ¡Clara! amiga de mi infancia, compañera leal de mis grandes infortunios, tienes mucha razón para estar quejosa, ¡porque yo he roto bruscamente los lazos más sagrados, los de la familia, que debieron serme tanto más respetables cuanto que no es a mi propia familia a quien he llenado imprudentemente de amargura! ¡Clara! Aún eres generosa, porque pudieras reprocharme que tu casamiento con un hombre a quien no amabas, tuvo por objeto el que a mí no me faltase nada. ¡Oh, Dios mío! ¿Será posible que sobre todo lo que padezco tenga que venir el remordimiento? La muerte, la muerte, es ya mi última esperanza, porque salir, ¡jamás! ¡Ah! No son estas paredes las que detienen a las religiosas, no son las pesadas rejas que están a la vista de todos las que hacen imposible la salida; no, lo que enclava a uno aquí es *el qué dirán*, la crítica sangrienta que hacen de la pobre religiosa las gentes hipócritas, que sin tener la más pequeña idea de lo que aquí se sufre, lanzan una especie de excomunión social contra la que rompe sus votos. Verdad es que no soy profesa; pero yo no sabría motivar mi salida sin que se dijese que era yo una infeliz locuela, que juega con las cosas santas. La misma fatalidad que me ha traído, me retiene aquí.

Lo que decía Clara acerca de la carta de don Justo, picó la curiosidad de Rosita y se puso a leerla, no sin echar antes una mirada indefinible a la otra carta, que según le indicaban, era del señor Henkel.

La de don Justo, cuya cubierta rompió, no tenía al principio, como es costumbre, dirección ni fecha, y estaba concebida en estos términos algo estrambóticos:

¡Vocación! Indudablemente, mi querida señorita, en la de usted hay dos, porque a usted la llaman del cielo, y a mí del infierno! *¿Cur tan varie?* (Iba yo a pedirle a usted perdón por el latinajo, pero recordando que hoy todo el día estará usted con el breviario en la mano, me ha parecido un poco de confusión y de no entender, nunca está de sobra, especialmente para una monja).

Vocación es una palabra que significa la acción de llamar. Yo creo que todos somos llamados al reino de Dios, y que si no todos son escogidos, es porque hay que exceptuar algunos sordos, pues de otro modo no se comprende cómo puede dejar de seguirse una tan poderosa voz. Si todos somos llamados, si todos tenemos vocación, ¿a qué viene esa alharaca, esos encierros y esos votos de gentes que cuando nadie lo esperaba, se sienten con una inspiración muy mundana, y que quieren hacer pasar como sobrenatural?

Al llegar a este punto Rosita, a pesar del estado en que se encontraba, se sonrió diciendo:

—¡Verdaderamente este hombre está trastornado!

De mí sé decir, continuaba la carta, aunque nadie me lo pregunta, que he sentido únicamente dos vocaciones: primera, la de ser mayordomo de monjas; ésta la adquirí desde que estudié latín en el seminario; segunda, que fuese usted mi esposa. Pues he aquí, que en cuanto a esta última, cuando estoy más entusiasmado por cumplirla, tiene que exhalarse por falta de objeto. Confiese usted que en materia de vocaciones es el chasco más horroroso, y que si no fuera por la mayordomía que me queda como adherida al cuerpo, tendría que salir por las calles preguntando a todo el mundo por mis vocaciones.

Cualquiera que sea la verdad de estas teologías, que confieso me son muy engorrosas, tengo que cumplir con usted diferentes deberes de que voy a ocuparme, tomando el hilo de lo que platicamos antier. Yo he manchado repetidas veces la pobreza de algunas desgraciadas, cuya reparación es ahora imposible; pues bien, deseaba yo que usted volviera a tener en la sociedad el lustre que en otro tiempo la circundaba, porque usted representaba para mí antes de entrar al convento, se entiende, la virtud desvalida y al mismo tiempo fuerte, el santo orgullo del pobre que prefiere la miseria, y la muerte, antes que sufrir la ignominia. ¿Quiere usted ser en el mundo el ejemplo único, para que esta clase de virtud se vea premiada? Si acepta usted, le cedo mis bienes sin condición alguna, sin que se inquiete usted por mi porvenir, pues yo tengo que ir a vivir a San Hipólito.



Veo a usted ahora en el convento, abdicando la mayor ventaja y lo más meritorio en la mujer, que es la resistencia. Si todo el mundo conociese a usted como yo la conozco, nada tendría de particular el que se retirase defendida por su propia gloria, pues creo que la única vez que los conventos sirven de algo es cuando reciben en su seno astros brillantes que comenzaban a mirar su ocaso. Una mujer que encanta y que seduce con sus escándalos y que después se arrepiente, un Carlos V que nada tiene que pedir a la suerte sin acreditarse de tonto, son personajes que debieran tener en los conventos su celda preparada; pero una joven honesta como usted, oscurecida, y que se atreve a ser buena contra el demonio, mundo y carne ¿qué va a buscar al claustro? ¿Se esconde para pelear tras de murellas el que acaba de vencer al enemigo en campo raso?

Pero es usted mujer, y con esto se dice voluntariosa, débil y tenaz como el alambre; quiere usted ser monja, precisamente porque no debe serlo. Sea en buena o mala hora; a mí me corresponde desempeñar mi último y doloroso deber; mas ya he dicho a usted que soy su verdadero amigo a falta de otra cosa. ¿Qué hace un amigo cuando muere su buena amiga? Busca un buen lapidario y le encarga un mausoleo de mármol, con inscripciones doradas en latín y castellano, desliza un poco de oro en la mano de un pobre poeta, y escoge de entre las composiciones de éste la que más cuadra a la situación. ¿Se obstina usted, pues, en morir para el mundo, y principalmente para mí? Pues bien, yo pagaré el dote, la música, el sermón y la cera, el vestido de gala con que debe usted salir a pasear, y cosa bizarras, como diría un francés, vendrá usted a mi casa con su madrina, mi señora doña Clara, a tomar un refresquillo, para separarnos después, usted para el cielo, y yo para el infierno: ¿acepta usted?

Conozco a usted, y no sería extraño que saliese con un *no* descomunal. Entonces, pongo a usted bajo la siguiente presión moral. El día en que tome usted el hábito, que las madrecitas han de procurar que sea cuanto antes, porque ansían el participar de su dicha al mayor número, iré a colocarme junto a usted en el altar, y al levantarse usted para el altar a la sacristía, me levanto yo la tapa de los sesos.

Espera respuesta su afectísimo amigo y servidor,

Justo Amable

—¡Verdaderamente este hombre está loco!, exclamó Rosita, y lo peor del caso es que no teniendo yo otro padrino, me veo obligada a aceptar sus oficios. ¡Que pague algo del mal que me ha hecho! Si don Justo,



lejos de haber sido un cínico que pretendía envolverme en sus vicios, hubiera sido para mí un generoso protector, el curso de mis ideas sería otro; pero todos los hombres son malos, y al encerrarnos nosotras mismas en estas paredes, debieran conocer que nada esperamos ya de ellos.

Quedó la joven sumergida por un largo rato en una meditación profunda, luchando interiormente con el indomable instinto de libertad e independencia, que grita con más fuerza en nosotros, a medida que nos hallamos en mayor opresión. Debió seguramente hacer una gran mella la esperanza en aquel terrible carácter, pues repentinamente se puso en pie, recogió las cartas que se le habían caído, diciéndose a sí misma: aquí hay una carta del señor Henkel, acaso se disculpe en ella; tal vez me demuestre mi ligereza, y entonces...

Leyó con avidez la carta que conocen ya nuestros lectores, y de pronto no la entendió, a pesar de su claridad y sencillez, porque buscaba en ella otra cosa.

Volvió a leerla. Esto en sustancia, dijo con voz alterada, y como deseando ser desmentida por alguno:

—Quiere decir que el señor Henkel espera que yo lo llame. ¡Nunca! Ni aunque estuviese en el infierno, y él pudiera llevarme a la gloria.

¡Ánimo!, continuó hablando consigo misma; ¡resignación! Mala religiosa a quien el menor airecillo mundano arroja a mil cavilaciones. La vida que he aceptado, como decía hoy el predicador, debe ser toda de combates contra nosotras mismas; y supuesto que anhelamos ser esposas del Cordero, es preciso mostrar que fuera de él, ya no necesitamos nada.

En aquel momento entró la superiora a la pieza en que estaba la huérfana.

—¿Estás rezando?, le preguntó con voz muy apacible.

—De todo, madrecita.

—Nadie se hace en un día perfecta; puedo asegurarte que en más de veinte años que llevo de clausura me siento como si nada hubiese adelantado.

Rosita suspiró al oír aquellas desconsoladoras palabras, que indicaban podía prolongarse el martirio por más de veinte años.

—Te busqué en el coro y creyendo que estabas mala...

—No, madrecita, como no me habían escrito de mi casa, se me pasó la hora leyendo las cartas.

—¿Pues no me decías que no tenías casa?



—Es la verdad, sólo que llamaba mi casa a la de una amiga con quien he vivido desde la muerte de mi padre.

—Vengo a comunicarte una cosa, para que veas cuánto te quiero. Esta noche va a reunirse el definitorio para varios asuntos importantes, y voy a pedirle te dispense las pruebas, para que te recibas de novicia; ¿te parece bien?

Rosita sintió que se le contenía la respiración; pero sobrecogida por una profunda mirada que le dirigió la superiora, hubo de responder a media voz, *sí*.

—Tengo que prevenirte una cosa, y es que las madres definidoras dudan mucho de tu vocación, y la votación podría desgraciarse...

—¿Dudan de mi vocación?, preguntó aterrada la joven.

—Sí, pues dicen que no tienes el aire de buena religiosa; que hablas a las superiores con prontitud, poniendo un gesto algo desdeñoso, y aun a veces parece que te burlas, porque tienes los ojos muy mundanos; que nunca los bajas, y que hay motivos suficientes para asegurar que eres orgullosa.

—¿Pero de qué modo podría quitar esa mala idea que tienen de mí, reverenda madre?

—Yo les he dicho que no deben juzgar por las apariencias, y que el buen continente de una reclusa, así como su perfección, vienen con el tiempo; pero ellas rebaten mis razones con un hecho al que nada he podido oponer.

—¡Con un hecho!

—Sí, porque a pesar de las indicaciones que todas te hemos hecho de que retirases de “La Desconsolada”, te has intimado más con ella.

—¿Yo?

—Has ido al jardín en su compañía dos tardes y la has ayudado a sacar agua para regar las flores, y como si esto no bastara para probar que haces tu voluntad, sabiendo que la perfecta religiosa no debe tenerla, conservas en la celda los ramos de flores que te trae todos los días.

Rosita se quedó anonadada.

—No tienes qué responder, lo sé, pero todos estos cargos se dasvanecerían como el humo, si hicieses una cosa que otras varias han hecho en tu lugar, y que han sido después muy estimadas...

—Estoy dispuesta a hacer cuanto sea necesario; ya recordará usted, reverenda madre, que desde que tuvo la bondad de admitirme le hice esta promesa, y yo no acostumbro olvidar lo que una vez ofrezco.



—Me alegro que recuerdes esto, porque bien necesitarás de todas tus fuerzas para hacer lo que según te indicaba, han hecho otras en tu caso, y no porque será difícil en sí mismo, sino porque recién entradas las pretendientes, conservan todavía las costumbres del siglo, y creen que los actos de verdadera humildad son bajas indignas.

—¿Pues de qué se trata?, interrumpió la pretendiente, abriendo desmesuradamente sus lindos ojos, que con razón parecían mundanos a las definidoras.

—Ya te he dicho que es cosa muy sencilla en sí misma, y que frecuentemente lo hemos visto.

—Pues lo haré...

—Irás a pedir su voto a cada una de las definidoras...

—Lo pediré.

—Hincándote de rodillas, y andando sobre ellas desde la puerta de tu celda...

Rosita lanzó un agudo grito, como si le hubiesen puesto un ascua ardiendo, y se cubrió la cara con ambas manos.

—Pues si no te hallas dispuesta a hacer esto, yo misma creeré que eres orgullosa...

La joven, poniéndose erguida después de un rato de silencio, manifestando su semblante contraído, del que había huido súbitamente el color, contestó con voz cavernosa que hizo estremecer a la superiora:

—Sí, soy orgullosa, no lo niego, siento que lo soy; pero la prueba más grande de ese orgullo estará en lo que mis superiores van a creer que es humildad. Reverenda madre priora, estoy ya de rodillas, ¿no se dignará usted dar su voto para que esta infeliz pretendiente tome el hábito?

La superiora, que de pronto se sorprendió, abrazó con verdadera afección a Rosita, la levantó del suelo, y le dijo llorando:

—No es a mí, hija mía, a quién debes hablar de rodillas, pues aunque me llaman priora, soy en realidad la primera de las esclavas; no es a mí a quién debes suplicar, porque te quiero como si fueras la hija de mis entrañas; guarda tus sollozos para las otras, que son tan implacables contra sus compañeras, y aun contra sí mismas:

Rosita estrechó entre sus brazos a la superiora, y le dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—Voy en este instante a pedir de rodillas los votos, y ya sabe usted prácticamente, que he de hacer cuanto me mande.

—Contando con esa humilde disposición, había pensado que tomases el hábito en la pascua de Pentecostés, que empieza del domingo en

ocho, o en el siguiente, que es el de la Santísima Trinidad; ya vez que te tocan días grandes.

En esta vez no se percibió absolutamente la respuesta de Rosita; pero la superiora, a quien sin duda por razón de su oficio, interesaba que hubiese muchas tomas de velo, y muchas profesiones, interpretó aquel silencio siguiendo la famosa regla que dice: “el que calla otorga”, y se salió en seguida diciendo a la joven: no pasará mucho tiempo sin que resplandezca en tu persona la gracia de una vocación santa.

Algo entrada la noche volvió la priora a darle parte a la pretendiente del buen resultado de la votación. La habían admitido las definidoras, haciendo muchos elogios de su habilidad en la música, que con el tiempo se aumentaría mucho, de su voz, de su hermosura, y sobre todo de su humildad; y como prueba de aprecio extraordinario, habían acordado se le diese, además de los cuatro mil pesos del dote, los gastos de la toma de hábito, los del noviciado y los de la profesión, todo por cuenta del convento. La priora tenía una grande satisfacción por anunciarle a Rosita estos acuerdos, pues ella había contribuido mucho, ya por el consejo que había dado a la joven de pedir los votos de rodillas, cuanto por la firmeza con que había sostenido en el definitorio las revelantes virtudes de la pretendiente; ¿pero cuál sería su asombro cuando al buscar a ésta en su celda, no la encontró? Era ya la hora de silencio, y no juzgó oportuno avisar a nadie de esta ocurrencia, que todavía podía tener causas muy sencillas. Desconfiando no obstante, sin saber de qué, se fue en derecha a la celda de “La Desconsolada”, que también encontró vacía. Pensó que estarían en el jardín, porque hacía una luna clarísima, que podía haberlas convidado a gozar del fresco, pues era la época del mayor calor, pero no encontró a nadie en el jardín. Ya se retiraba muy apesadumbrada, avergonzada de su protegida, cuando le ocurrió que acaso se hallaría en el coro; encaminó para allá sus pasos, alumbrando su camino con una linterna que usaba, y luego que la débil claridad que ésta arrojaba pudo vencer un tanto las tinieblas de aquel lugar, comenzó a distinguir dos religiosas que oraban puestas de rodillas. La una con vestido seglar, que era Rosita, estaba muy cerca de las rejas, la otra con el santo hábito, que era “La Desconsolada”, bastante retirada de aquella que parecía olvidada de sí misma. Ningún ruido exterior turbaba la fervorosa plegaria de la pretendiente; la lámpara que arde siempre en el altar reservado para el sacramento, enviaba sus rayos luminosos, que llegaban medio confusos a quebrarse en las rejas del coro, y a veces se oscurecían del todo,

cuando se interponía alguna de esas aves fatídicas, que según cuentan, se afanan aunque en vano, por robar el aceite que alimenta la llama; así también algunos deseos demasiado vivos para ser sólo espirituales, vinieron a ofrecerse a la imaginación de la joven, como una terrible amenaza para la tranquilidad que buscaba en el porvenir, o como una despedida cruel para el tiempo pasado, pero prevaleció en ella el alma sobre el cuerpo, la fe en el cielo sobre el materialismo del mundo.

La primera que sintió la llegada de la superiora fue “La Desconsolada”, que hizo señas para que no se interrumpiese la especie de arrobamiento que experimentaba su compañera; pero la priora se había adelantado demasiado y había proyectado la luz de la lámpara sobre la cara de la pretendiente, quien había vuelto en sí como despertando de un sueño agradable, reconociendo entonces a la otra joven que la había seguido por cuidarla.

—Ya es muy tarde hijas mías, dijo la priora con dulzura; es necesario que se vaya cada una a su celda.

Las dos jóvenes se pusieron en pie inmediatamente, obedeciendo aquel mandato.

—Mucho tiempo hace que no venías al coro, dijo la superiora, dirigiéndose a “La Desconsolada”.

—Mucho tiempo, reverenda madre.

—Y tú Rosita, da gracias al señor de que te han admitido las madres definidoras, señalándote dote y todos los gastos por cuenta del convento.

—Precisamente en esto me ocupaba cuando ha llegado su reverencia al coro.

—¿Pues ya lo sabías?

—Sí, reverenda madre.

Efectivamente la nanita de Rosa, que era definidora, le había dado primero la noticia, encargándole que fuese a dar gracias, a tiempo que entraba en su celda; la priora, que ignoraba esto, atribuyó a algún medio sobrenatural la comunicación de esta noticia, y se quedó como confundida y no habló otra palabra mientras acompañó a las dos jóvenes hasta la puerta de su celda.

Desde el siguiente día se difundió por todo el convento la voz de que Rosita Dávila era una criatura singularmente favorecida del cielo, y entre otras razones que se hacían valer, destituidas algunas de todo fundamento, y otras monstruosamente exageradas, se presentaba la conversión de “La Desconsolada”; contra quien no había podido todo



el rigor de la regla y de las superiores, y que sólo por la misteriosa influencia de Rosita era ya una de las religiosas observantes, pues había vuelto al dormitorio común, asistía con suma puntualidad a los cuatro rezos del coro, y ya no armaba camorra por su Santo Niño de Atocha.



13. AMISTAD

La huérfana fue dispensada por el defensorio, compuesto de las monjas más ameritadas y observantes, de algunas pruebas que suelen exigirse a las que desean entrar de novicias, y ellas mismas fijaron para la toma del hábito la tarde de la dominica de la Trinidad, que apenas distaba unas dos semanas.

Durante este tiempo, Rosita recibió varias cartas de Fernando en que le rogaba suspendiese la ejecución del proyecto de hacerse monja hasta que pudiesen hablar, a cuyo efecto le manifestaba que estaría puntual a la reja el día que quisiese recibirle; pero la joven dejó sin respuesta alguna todas las esquelas.

Entre tanto sufría una dura prueba el maquinista porque al día siguiente de la llegada del padre don Luis, éste le había manifestado su resolución de casarse con María, si él no se oponía.

—Me has indicado desde el momento de mi llegada, le dijo, que de María no has pretendido nunca ni esperas otra cosa que el cariño de hermana; me has asegurado también que a lo único que te opondrías es a una separación. Te confieso que en estas palabras, tú mismo me has dado la idea de enlazarme con ella, luego que por el rescripto de su Santidad me vi visto en aptitud de verificarlo. Debo también decirte francamente, porque ningún interés me hará jamás proceder con deslealtad, que María es la realidad angélica de aquella figura graciosa, seductora y diabólica, que según te escribí exaltaba mis deseos, hacía más risueñas mis ilusiones, y más punzantes mis dolores. Yo no sabré explicarte esta rareza, aunque es lo menos importante para nosotros. Lo que yo deseo saber de tu boca, es que me digas con toda la lealtad de verdaderos amigos, si María es indispensable para tu felicidad, porque en tal caso devolveré la licencia pontificia, huiré como San Jerónimo a los montes, supuesto que soy tan desgraciado que ya no puedo vivir entre los hombres. ¿Qué dices, pues, hermano mío?

Fernando de pronto no había dado respuesta alguna; el golpe era rudo e inesperado, interesaba tan hondamente su corazón, que las palabras se negaron a ser intérpretes de aquella confusión de sentimientos y de contradictorias ideas. Su imaginación le presentó rápidamente la serie de favores absolutamente desinteresados que había recibido del padre a quien realmente debía la vida, pensó también que negándose por egoísmo a sus pretensiones, reducía a una terrible y tal vez desesperada situación al mejor de todos sus amigos. Por otra parte reflexionaba y se decía: yo soy responsable de la felicidad de María, y si por satisfacer deberes de amistad la sacrifico, mi remordimiento será eterno. Ella me ama, yo... pienso que no podré vivir sin sentir cerca de mí su grata presencia... Pero no hay que tomar por pretexto la felicidad de otro, cuando en el fondo del corazón existe realmente una grande pasión que afecta toda clase de formas para defenderse; en esta rivalidad no debe haber caretas... ¡Que María decida...! ¡Y si ha de haber un desgraciado, lo seré yo...!

Todos estos pensamientos con infinidad de accesorios, cruzaron con más rapidez que el relámpago por la mente del maquinista; sin embargo, no pudo formular respuesta alguna por lo que se he vio obligado a decirle el padre don Luis:

—Conozco ahora la inmensidad del sacrificio que imprudentemente acabo de proponerte; sírvanme de excusa tus palabras de ayer y mi ignorancia. Perdona, hermano mío, mi insensatez, porque debí conocer que hallarse cerca de María sin amarla arduosamente requería un esfuerzo sobrehumano. No te apenes, ni creas que nuestra amistad por esto pueda entibiarse; ¡jamás! Me volveré mañana a la Nueva Filadelfia a esperar que llegue fray Evaristo, quien me ha escrito que debe hallarse allí dentro de pocos días; le manifestaré que una gran parte de lo que se hizo en la colonia con su dinero se ha consumido por las llamas y por el pillaje de la soldadesca, y que su reposición se debe a tu generosa cooperación. A ustedes dos corresponde determinar de aquello; y mientras que el estado de tu salud y de los negocios te permite ir allá, dejaré la casa en poder de fray Evaristo y de don Abundio que te representa muy bien, y que se halla muy contento en aquellos lugares.

Mientras hablaba así el padre, se le había ido acercando el maquinista guiado por la voz, hasta que abrazándole, le dijo con un indefinible acento:

—Has dudado de mí; pero no tienes razón. Se trata de la felicidad de María, no de la mía: debo ser por tanto infinitamente cir-

cunspeto; la amo, es verdad, la disputaría al mundo entero, pero no contra ti...

—Yo te he hablado en el supuesto de que...

—Calla, porque no se trata ni de mí ni de ti, sino de ella; ¿lo comprendes? de ella; y de antemano debemos obligarnos a respetar su decisión... No temas que abuse de alguna ventaja que acaso pueda yo tener por haberme ella conocido antes que a ti; ¡no! pues voy a decirle que no la amo... y que contigo indudablemente asegura su felicidad... No me interrumpas ni te opongas, porque ésta es la única manera con que nos aseguraremos, tú de que podrás llegar a alcanzar su amor, yo de que he cumplido con ella y contigo mis deberes. Vete a la sala y desde allí oirás lo que va a pasar.

El padre quiso replicar, pero se lo impidió Fernando, que con el pelo erizado, pálido y con una terrible agitación se dirigió tentando las sillas a la mampara, y luego que dio con ella la abrió y gritó con voz terrible:

—¡María! ¡María!

Ésta no tardó en presentarse con todo el esplendor de su hermosura. El padre, a quien había impuesto la espantosa actitud de Fernando, quiso nuevamente oponerse; pero el maquinista con una solemnidad irresistible, le dijo:

—Padre don Luis, tengo que hablar con esta niña sobre asuntos de familia...

El padre se retiró lleno de estupefacción, volviendo la cara, como deseando todavía hacer un esfuerzo, para impedir la escena que debía seguir.

—¡María, hija mía! acércate; tengo que platicarte cosas importantes.

María y Fernando se sentaron.

—Estás muy agitado, Fernando.

—¿Yo? no, el maquinista se tranquilizó con sólo el esfuerzo de su voluntad; dio una expresión apacible a su semblante, y añadió: son cosas muy gratas las que tengo que decirte.

—Pues habla, y acaso ellas me hagan desistir de la idea que aún no abandono y de que te hablé ayer; insisto en irme a mi casita.

La frente del maquinista se anubló por un instante pero inmediatamente volvió a mostrar una absoluta tranquilidad.

—En eso ya no hay que pensar.

—¿Por qué?



—Porque acaba de pedirte en matrimonio el padre don Luis, quien como sabes, tiene ya las licencias necesarias de Roma; es un amigo a quien debo mucho, hasta la vida, así como te la debo a ti.

La joven con una sorpresa inexplicable clavó una mirada de fuego sobre Fernando, deseando leer hasta el fondo de su alma; pero no pudo observar más que una calma que se conocía era forzada y que la desconsoló muchísimo.

El maquinista debió sentir el influjo de aquella mirada, pues experimentó un estremecimiento nervioso, que corrió por todo su cuerpo.

—Al lado de mi hermano tendrás una existencia tranquila; vivirás como deseas, fuera de México, en la colonia, cuyos estatutos conoces; yo no puedo ocultarte que al saber que vas a ser feliz disminuirán mucho mis penas... Si además de esto algunas veces me escribes o vienes con él a visitarme... será cuanto pueda ambicionar...

María creyó ver en esta propuesta un medio con que Fernando deseaba convencer a Rosita de que su antiguo amor era invariable, y que si tenía algún cariño a la pobre joven que había encontrado en las montañas de Tierra Caliente, no pasaba de una gratitud muy fina en verdad, y desinteresada, pero muy tibia, para que pudiese rivalizar con aquel primitivo ardor.

Esta idea cruel hizo asomar las lágrimas a los ojos de la joven; pero como Fernando no las vio, nada pudo interpretar acerca de su silencio. Le tomó una de sus manos y notó que temblaba.

—Estás muy agitada, le dijo.

María a su vez ordenó a su cuerpo que obedeciese y serenándose prontamente respondió:

—Es natural que en estas ocasiones una débil mujer sienta inquietud, sin embargo de que...

—¿Juzgas que uniéndote con mi amigo no serás feliz?

Fernando deseaba que la joven le asegurase que no sería feliz con el padre; pero ella contestó:

—Muy feliz será cualquiera mujer que se una con tan apreciable persona; pues aunque lo conozco poco, te aseguro que su conversación me encanta, que su voz me atrae, que su figura me seduce...

Una sorda e indefinible interjección, que parecía quejido de un moribundo, se le escapó a Fernando, e interrumpió a María.

—Es una felicidad para todos el que juzgues así a mi amigo, a mi hermano, quien puedo asegurarte te profesa una decidida pasión; voy pues a llamarle para darle una respuesta favorable que él ansía...



—¡Pero es muy pronto...!, se atrevió a decir la joven enclavijando las manos en actitud de ruego.

—Para estas cosas nunca hay demasiada prontitud... Y Fernando tiró del cordón de la campanilla.

María, creyendo que todo aquel apresuramiento tenía por objeto la satisfacción de su rival, hizo un decisivo esfuerzo sobre sí misma, y dijo, al notar que el padre al oír la campana iba a entrar a la pieza donde estaban:

—Sí, dile que estoy dispuesta a unirme con él para siempre, pero que es porque tú lo quieres; y desapareció por la mampara.

El padre que había oído todo, presenciando una lucha terrible entre el amor y la verdadera amistad, quedó asombrado, él que era tan virtuoso de que hubiese triunfado esta última...



14. EL DÍA DE LIBERTAD

Cuando le notificaron a Rosita que estaba admitida como novicia por el defensorio, y que éste señalaba para la toma del hábito el día de la Trinidad, exclamó involuntariamente, como Clara en Almoloyita: ¡tan pronto! como todas las personas a quienes tiraniza un adverso destino. Esta misma exclamación es la que hace la joven que muere en la flor de la edad y el que camina al cadalso, cuando todas sus esperanzas están vivas. Respuesta de aquella sensación escribió a Clara un billetito, diciéndole:

Clarita: en la primera reja que me concedan te llamaré para platicarte largamente, si es que la madre escucha no me lo impide; pero como pudiera suceder que no tenga este gusto antes de tomar el velo, pues ya estoy admitida como novicia, te ruego que seas mi madrina en tal ceremonia, que será del domingo en quince, el día de la Santísima, y que le digas a don Justo que acepto su ofrecimiento para ser mi padrino en unión de un sacerdote que él mismo buscará.

Te suplico que no te aflijas por mí; cuando pienso en esto, siento que se debilita mi vocación.

Adiós, Clarita; da mil expresiones al señor Roldán y a tus padres, y ruega a Dios que le conceda a tu amiga lo que lo he pedido.

Para tomar el hábito no quiso usar Rosita de los varios días de libertad que generalmente se conceden a las que van a entrar de novicias. ¿A dónde podría ir la pobre huérfana? El día de la Trinidad, cediendo a los ruegos de sus padrinos y a las indicaciones de las superiores, que le guardaban extraordinarias consideraciones, se decidió a salir por sólo aquel día, para volver a tomar el hábito en la tarde.

Don Justo, Clara y Fausto, seguidos de muchos convidados, esperaban a Rosita en varios lujosos carruajes, que estaban en la portería de San Jerónimo. Faltaba el otro padrino, que según costumbre debe ser

sacerdote. Amable había convidado al cura del sagrario, y no aparecía, por cuya causa no marchaban, hasta que viniendo un criado a todo correr, trajo una esquela, en la que el cura le decía a don Justo que se había visto precisado a acompañar en San Ángel a unos novios que en aquella mañana se habían desposado, pero que debiendo ser la comida de la novicia en el mismo pueblo, se les uniría al momento en que llegasen. Con esta noticia ya se pusieron en camino.

De antemano, había remitido Amable varios trajes de mucho lujo y Rosita había escogido un vestido blanco de punto que era precisamente el de menos valor, y una corona de rosas de Jericó y Bengala, con la que apareció en la portería, montando con Clara en un landó abierto. Don Justo, vestido de luto, subió a otro coche con Roldán. Rosita había indicado a su padrino cuando fue a rogarle que saliese, el deseo de pasar el último día de su libertad en la misma casa de San Ángel, en que se había celebrado su natalicio dos años antes, y tal deseo iba a ser cumplido, pues al efecto no había perdonado el mayordomo gasto ni fatiga. El poco tiempo de que había podido disponer, no le había permitido hacer las reparaciones que la casa exigía, para ponerla en el mismo estado en que la había visto Rosita por la última vez. Los destrozos hechos, en parte por el abandono, y mucho más por los americanos, ofrecían un triste ejemplo de la fácil decadencia de las cosas humanas. Los árboles más frondosos, derribados para alimentar las luminarias en que se calentaban los invasores, presentaban apenas un tronco mutilado, que en vano se cubría de retoños para recobrar su perdida lozanía. Sólo quedaban los pedestales truncados, que en otro tiempo sustentaban estatuas primorosas distribuidas en medio del jardín. La yerba había invadido todos los senderos, y los que antes habían sido prados esmeradamente atendidos, en que se leían los nombres de Rosita y su padre, como un obsequio del jardinero, que abonaba el terreno, de manera que el crecimiento del pasto marcase las letras necesarias, eran ahora matorrales abandonados. Los peces de los estanques se habían extinguido; los faisanes, los cisnes y los pavos reales habían desaparecido. El gran cenador había perdido sus molduras y hasta sus vidrios, y la estatua de la abundancia, que no podía ser impasible en medio de tanta destrucción, carecía del cuerno que producía flores y frutos, y tenía mutiladas las manos, por lo que pareció más conveniente retirarla de la vista de los convidados.

La comitiva había salido algo tarde de México, por la razón que ya hemos dicho, así es que a poco de haber llegado y habiéndose incor-



porado a ella el cura, se dispuso servir el almuerzo, lo que a Rosita pareció muy bien para disminuir el tiempo que pensaba estar en aquella casa, que en otro tiempo había sido suya, pues todo el gusto que esperaba tener de visitarla se le había cambiado en profunda tristeza. Tenía además que hacer varias visitas que le habían encargado algunas monjas, y era necesario para verificarlas pasar a varios conventos en México en el resto de la tarde.

Cuando se comenzó a servir el almuerzo, Rosita creyó que debía dar el ejemplo, manifestando alegría aunque no la tuviera, y propuso que siendo la costumbre que las señoras fuesen atendidas de preferencia y obsequiadas por los señores, en aquella ocasión fuese al revés. Esta proposición suscitó alguna oposición de parte del sexo feo; pero venció la insistencia de las señoras, que se pusieron desde luego de parte de Rosita, animándose mucho con este motivo, y con el auxilio del buen vino, la alegría del convite que a los principios andaba escasa.

Rosita estaba en medio de sus padrinos, lo que daba ocasión al mayordomo para suplicarle que no profesase, quemando sus últimos cartuchos, sin que el respeto de la concurrencia le detuviese, pues toda se hallaba revuelta, por la moción que acababa de hacer la novicia. En un momento en que se restableció el silencio, Rosita, con objeto acallar la importunidad del mayordomo, dijo al otro padrino con amabilidad:

—Señor cura, no puedo perdonarle a usted que el día de mi libertad haya tardado tanto en ir a sacarme del convento, y que al fin nos haya usted dejado esperándole.

—Voy a disculparme, ahijadita; tuve hoy un casamiento de mucho rumbo...

—Pudo hacerlo el vicario.

—No, porque las personas que se han unido son de distinción y me suplicaron estuviese presente; después me comprometieron a que las acompañase a este pueblo, y ya ve usted las he abandonado por reunirme con ustedes.

—¿Qué tal era la novia?

—¡Hermosísima! tanto como usted ahijadita.

—Gracias, padrino; ¿no toma usted un poco de vino del Rhin?

—Yo, dulcesito.

La novicia tomó en las manos una botella y leyó: “Lágrimas de San Pedro”.

—Éste es muy suave, padrino: y le llenó una copa mediana al cura, quien la apuró en seguida elogiando la calidad del vino.



—Con que decía usted padrino, con mucho entusiasmo por cierto, que la novia es muy hermosa...

—Sí, ahijadita.

—¿Recuerda usted su nombre?

—María, contestó bruscamente el cura, haciendo los honores a un buen plato de pichones que acababan de ponerle delante.

—¡María! todo el mundo se llama María, es decir, el mundo en que yo vivo, señor cura: pero preguntaba por el apellido de la novia.

—¿El apellido del la novia?, repitió con voz no muy clara el cura, pues acababa de llenarse la boca.

Rosita volvió a ponerle vino en la copa, y después que lo tomó de un sorbo, desembarazándose con aquella avenida de líquido de los obstáculos que pasajeramente le impedían el libre uso de su lengua, exclamó mirando para el cielo del cenador, como queriendo hacer un recuerdo.

—¡Ah! ya caigo; se llama Hen... Hen... Hen... iestos diablos de nombres extranjeros!

La joven, que también había bebido vino, y que ostentaba a en su blanquísima epidermis el suave carmín de la rosa de Jalapa, instantáneamente se puso tan pálida como don Justo a quien tenía a su lado, sumergido en una profunda meditación, que sólo interrumpía para hacer frecuentes libaciones.

—¿Decía usted, señor cura, que la novia se llamaba María Henkel?, preguntó dominando su emoción la novicia.

—Sí, estoy seguro, así escribí yo mismo la partida.

—Pero no me ha dicho usted el nombre del esposo; añadió con visible inquietud la joven.

—¡Usted no come, ahijadita!, dijo el cura, no queriendo, al parecer, continuar aquella conversación.

—¡Otra copita, padrino! ¡Otra copita!, exclamó la joven, como si no hubiese oído lo que éste le decía; pero al echar el vino lo vertió inadvertidamente en la mesa.

—Yo tomo el vino, y a usted le hace el efecto, ahijadita.

—¡Qué torpe soy! lo echaré en esta copa grande; y la joven quedó con la botella en la mano en ademán de llenar la copa, preguntando antes de verificarlo:

—¿Cuál es pues el nombre del novio?

—Lo que es el nombre del desposado, no lo puedo decir, ahijadita.

—Es que tal vez ese nombre, es el único que me importaría saber.



—Los nombres sólo nos importan por las personas...

—Así es.

—¿Luego usted quiere saber quién es la persona casada con María Henkel?

—Exactamente.

—Pues figúrese usted lo más difícil, lo imposible casi...

—¿Y?

—Y no acertará.

—Por eso deseo y suplico a usted que me diga quién es.

—No puedo ahijadita.

—¿No son públicos los casamientos?

—Sí, pero...

Urgido por la última pregunta el cura, que efectivamente había asistido al matrimonio de María con el padre don Luis, no sabía qué responder, pues no quería divulgar el casamiento del sacerdote; le ocurrió entonces un ardid que le pareció sencillo y sin consecuencias, y fue el de confundir el nombre del padrino con el del nuevo desposado.

—¿En qué piensa usted, padrino?

—Deseaba darle a usted las señas del novio, ya que no me acuerdo del nombre, para que en el caso de que lo conociese usted, me lo recordase, pero ni aun eso puedo, mi memoria es mala, apenas recuerdo que el novio es casi ciego.

—¡Casi ciego!, interrumpió muy agitada la novicia.

—Sí, y tanto que le llevaba de la mano la madrina; ¡y decían que estaba muy aliviado!

Rosita continuaba en aptitud de echar el vino.

—¿Pero por Dios, padrino, acabará usted de decir el nombre de...?

—¡Ah! ya caigo... esto es...

—Se llama Fernando Henkel.

El sonido finísimo que produjo la copa al romperse, por un golpe demasiado fuerte que Rosita le dio con la botella, y la acción repentina con que la joven quedó desmayada sobre su asiento, causaron en el cura la mayor confusión, y comenzó a dar algunos gritos muy alarmanantes, que atrajeron a la concurrencia en derredor de Rosita.

—¡Un médico! ¡Un médico! ¡Fausto ve por un médico!, gritaba Clara, que inmediatamente había venido a tomar en sus brazos a la novicia.

Roldán se apretaba las manos, mirando a todos lados, porque no sabía a dónde podría hallarse un médico con la prontitud que era necesaria, hasta que el cura le dijo:

—Mire usted señor, aquí a dos pasos, entre las personas con quienes he venido vi que le decían a uno de los concurrentes doctor, sin ser eclesiástico, seguramente es médico, vaya usted a llamarlo, luego, pues el caso aprieta.

Fausto fue a traer al médico, mientras que Clara hizo llevar a Rosita a una de las habitaciones de la casa.

El médico no tardó en llegar seguido de Antonia Henkel y de María, a quienes el enviado había instruido del accidente ocurrido a Rosita y venían a socorrerla.

Mientras que penetraban a la pieza en que se hallaba la paciente, don Justo Amable en una extraña peroración, y teniendo en la mano la corona de rosas que había traído en la cabeza la novicia, explicaba a algunos amigos que se habían quedado con él, los naturales efectos de la vocación con todas las apariencias de hallarse completamente borracho.

—¡Vocación!, exclamaba como si estuviese en un púlpito; ¡todos la tenemos! Yo reconocí desde mis mocedades que era llamado a la mayordomía, porque soy, o era al menos, codicioso, duro de corazón, afable y meloso con todas las gentes de alguna valía, entonado con los pobres, el santo en las iglesias, demonio y carne en este pícaro mundo.

—Pero veamos, amigo don Pancracio, dijo tomando la mano a uno de los que lo escuchaban: ¿no todas las profesiones son en el fondo unas mismas? usted, que es comerciante, adula al almacenista que le fía, besa la correa del agiotista que le saca de apuros, para maldecir de él en secreto; eso importa un comino, pero apuesto a que se sintió usted desde chiquillo llamado a la noble profesión que ejerce. Vivir del prójimo, amigo mío, esta es la vocación universal; vender al público dando poco y malo por la mayor cantidad de dinero posible, he aquí el secreto del comerciante.

Con la risa en los labios, como si hubiese oído muy lisonjeras alabanzas se alejó un poco don Pancracio dejando descubierto a un hombre gordo, mofletudo, colorado y vestido con poco gusto.

—¡Oh mi querido señor don Arnulfo! ¡Todos los comerciantillos se maman el dedo junto a usted! prestar con logro es el *sumum* del saber; usted no tiene camorras, pues le ruegan para que haga pingües ganancias. Toma usted la alhaja y hace un gesto feo, que en usted es cosa muy fácil, pues tiene grandes disposiciones y mucho arte; la apoca, calcula usted prestar sobre ella un tercio de su valor, descuenta anticipadamente el logro, de un cuatro o un seis por cien-

to mensual, y izas! ¡Un recibito del dueño en que aparece vendida la prenda con el ingenioso pacto de retroventa! Que se expongan en el camino público los ladrones, es muy puesto en razón, pues su vocación es la horca; pero un hombre de negocios con cerrar una puerta de su prendería para que no penetre mucho la luz, o poniendo un testafarro que cargue con la odiosidad, ha asegurado una de las mejores canonjías que la sociedad agradecida concede al trabajo, a la honradez, y a la economía.

—Tiene usted razón en sonreírse, señor don Atenójenes, dijo Amable dirigiéndose a un hombre flaco, pálido y de ojos centellantes; al lado de ustedes los jugadores somos niños de teta los comerciantes, los usureros y hasta los mayordomos de monjas, con todas nuestras camándulas, y la fama que llevamos de revoltosos. El juego es las sinopsis más acabada del estado social; venid aquí, dice a todos los pobres, acudid todos los que estáis agobiados, yo os acabaré de empujar a la mendicidad. En el juego se premia al más diestro, y se le recompensa ampliamente. ¿Quién no tiene una regular idea de su propio talento? ¿Sois hábil?, pregunta el jugador al que se le acerca; pues tomad cuánto oro queráis, e id a pregonar por el mundo el triunfo del dinero. Sin inquietud y sin remordimiento, gozad, comprad a los poetas y a los políticos que son locos de un género aunque de distintas especies, corromped la belleza, humillad al trabajo, reíos de la virtud, pues sabéis cuando ha de venir la *sota* para el *tres* o el *tres* para la *sota*; pero, ¡ay del que no supiere este secreto! más le valiera no haber nacido, porque le dice el jugador: no sabéis atinar cuál de esas cartas viene primero, pues bien, soís mi esclavo, y lo soís con vuestros hijos; id a arrancar las alhajas que adornan a vuestra mujer; empeñaos cansando a la amistad, vendéos para siempre de alma y cuerpo, recibid un cohecho, participad de un robo, pedid el premio de una traición y ofrecéos a una infamia, mientras os espero en esta carpeta, pues os tengo cogido; he sobreexcitado, volcanizado las pasiones que Dios quiso daros para el bien, y que por mi arte están sirviendo para el mal; apresuraos a cumplir vuestra vocación y la mía; vaciad vuestros bolsillos y henchid mis cofres, después quedaréis en libertad de ir a llorar de miseria con vuestra familia sin tener a quién quejaros, pues nadie os ha violentado; os perdéis por actos muy voluntarios, ensayando el ser diestros, invocando a la fatalidad que es el culto del demonio. ¡Cumplís con vuestro destino, así como nosotros con el nuestro, que gozamos de las mujeres como Salomón, nos alimentamos como Lúculo, gobernamos la socie-



dad en nombre del oro, con imperio más verdadero que el de los Napoleones...!

—Os reís de mí, señores políticos, continuó dirigiéndose a dos personajes que ocupaban los extremos del corro que se había formado delante del mayordomo, y que creían degradarse si se acercaban el uno al otro; os reís de mí y acaso decís en secreto que soy el diablo predicador; sea en buena hora, pues estáis en vuestro derecho, aunque cuando llega la vez no sabéis respetar el de los demás. Sóis el uno escocés,¹³ borbonista, conservador; o reaccionario, todo es lo mismo; el otro *sansculotte*,¹⁴ federalista, puro, todo va allá: pues tened el mayor cuidado señores médicos de la patria, porque no sabéis cuál es la enfermedad de que adolece; sois empíricos, tanto pretendéis curar con la agua fría como con el agua caliente, y todo va de mal en peor; sin querer tomar en cuenta los hechos, lo cual sería en vosotros la señal de un extraordinario buen sentido, sabed que todos los partidos en este desgraciado país lo han hecho muy mal; vuestra regla es hacer lo que más se opone a lo que hacen vuestros contrarios, y todos en sustancia causáis perjuicios irreparables, aunque en escala opuesta. El liberal que proclama la absoluta libertad del pobre cumple su vocación, y dice a la vez una imperdonable tontería pues no hay mayor esclavitud que la que impone el vientre vacío; el reaccionario que sueña retrasar las cosas al año de ocho es un estúpido que también cumple su vocación, queriendo volver el río a su origen. Libertad y orden¹⁵ son una misma cosa, señores, cuando hay honradez; la diferencia la dan los bribones según el lado en que se cargan... y son tantos, hay sobradamente para los dos partidos...

Los que escuchaban al mayordomo de monjas no sabían qué pensar al oír tan inesperada peroración, que amenazaba no perdonar a ninguno de los circunstantes, cuando vinieron las señoras que habían acompañado a la novicia, a quienes Clara había persuadido volviesen a la mesa, pues quedaba la enferma con el médico y los de su familia.

Don Justo, muy obsequioso con toda la concurrencia a la que suplicó terminase el almuerzo, invitó al cura que también había acompañado a la paciente, diciéndole:

¹³ Las logias masónicas de rito escosés y rito yorkino aparecieron después de la Independencia y fueron las primeras que hubo en México.

¹⁴ Se refiere al movimiento popular que estalló en París con motivo de la Revolución Francesa y que ejercía la democracia directa.

¹⁵ Éste es el título de uno de los ensayos de Pizarro que está incorporado al primer volumen de esta edición de sus obras.

—Siéntese usted señor cura, y hablaremos un poco acerca de la vocación; gusto mucho de hablar con la gente entendida.

El ruido que comenzaron a hacer los convidados, impidió el que se oyese lo que don Justo y el cura platicaron, que a veces fue de mucha animación de parte de este último, quien puso fin a la conversación agarrándose la cabeza, y diciendo:

—¡Decididamente está loco el hombre!

Entre tanto pasaba esta otra escena en la pieza en que estaba Rosita. Recostada en un sofá, pues no había cama, mostraba una languidez alarmante, tenía los ojos entreabiertos, de los que se escapaban de tiempo en tiempo gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas; aún no había distinguido quiénes la rodeaban, que eran como hemos indicado, Clara, María y Antonia; el médico estaba cerca de su cabecera observándola atentamente, don Fausto había ido a traer lo que el doctor había ordenado.

—¡Rosita! ¡Rosita!, exclamaba Clara, tomándole cariñosamente la mano; ¡vive para hacer la felicidad de los que te aman!

La paciente abrió los ojos y paseándolos vagarosos por la estancia, dijo con voz dolorida:

—¿Dónde estoy?

—Con sus amigos, con su familia a quien había usted olvidado, contestó Antonia.

Rosita se esforzó en reconocer a todos y murmuró en voz algo inteligible:

—¡Antonia! ¿Y cómo la han dejado entrar aquí? Clara, ¡siempre tan cariñosa conmigo! ¿Te acuerdas de aquella terrible noche en que murió mi padre? ¿Quién es esa otra señorita?, preguntó refiriéndose a María, que estaba algo más lejos y un poco cubierta con Clara. Ésta retiró su silla de modo que Rosita distinguiera a María. La paciente al verla, hizo seña para que se acercase, tendiéndole la mano, que María apretó entre las suyas.

—¿Por qué tienes esa corona de rosas blancas, vas también a profesar como yo? Pero yo te he visto en alguna parte, ¿quién eres?

María iba a responder, cuando lanzó un grito la enferma, diciendo:

—¡Su esposa! ¡Su esposa! y se incorporó hasta sentarse en el sofá. María iba a retirarse.

—No, no te vayas; también voy a casarme, y como mi prometido excede en hermosura a todo lo creado, cometería una grave falta si echara de menos el amor de algún hombre. Es verdad que en un tiem-

po yo quise mucho a ese con quién ahora te has casado; por eso no te enojas, ¿es verdad?

María sollozando, abrazó a Rosita; ésta continuó:

—Fuera de que ese tiempo pasó; ¿y le quieres mucho? Sí, debes quererle porque es bueno; yo todavía le quiero... pero ya ese tiempo pasó...

Antonia, que conocía la equivocación que hacía sufrir a Rosita, y que de paso torturaba el corazón de María, preguntó:

—¿Pero de quién habla usted, Rosita?

—¡Silencio!, respondió con severidad la paciente; y estrechando cariñosamente a María, le decía con mucha ternura:

—Anda, hija mía; anda a la felicidad, que no en balde el cielo te hizo tan hermosa, mientras que a mí...

Un profundo y prolongado suspiro, mostró cuánto sufría Rosita en tal momento.

—¿Me quieres?, preguntó María, haciéndole un cariño.

—Sí, aunque eres la causa inocente de mi desgracia... El moribundo no puede odiar a nadie, pues que tanto necesita del perdón de Dios; así la que va a profesar, que se mete a la tumba para esperar allí la muerte. Delante de personas que mucho me han amado, debo conceder a mi corazón el último desahogo que en toda la triste vida que me resta será permitido, y por esto voy a decir lo que siento en este momento.

Clara y María escuchaban sollozando a la novicia que se había puesto en pie.

—Yo he amado una sola vez, pero no sabré decirte qué ha sido mayor en esta pasión desgraciada, si la ternura o el orgullo. Debes compadecerme María, porque tú que has nacido y vivido libre, sin las exigencias continuas que me han rodeado desde mi cuna, que me han aprisionado en mi infancia, y más aún, en mi triste aunque brillante juventud, no comprenderás tal vez porqué una pobre mujer tiene que asirse siempre de un poco de altivez que la defiende de las críticas injustas y de las acusaciones calumniosas. Formada así en una segunda naturaleza, todos mis afectos, todos mis goces y dolores se han resentido, primero de la vanidad que a porfía todos me inspiraban, y de que pronto supe curarme, después de la soberbia, que te confieso ha tenido siempre un eco poderoso en mi alma. Pues bien, ahora que nada soy, que nada espero, que no temo a la sociedad, es cuando me despojo del orgullo que me ha acompañado tanto tiempo; pero al sentirme libre de este peso que me agobiaba, descubro que vive aún en mí el



amor de un hombre a quien he preferido en otro tiempo, porque era bueno. Pero no te alarmes, María, que nunca te lo disputaré; marchó resignada a la muerte del claustro donde espero morar por poco tiempo, pues llevo una herida mortal: ¡te he dicho ya que soy humilde! Permíteme la última confesión de hermanas, después de la cual iré a cubrirme para siempre con el santo hábito, pues me quedan ya pocos momentos de libertad, y no extrañes que mi última palabra se refiera al hombre que he amado, porque cuando pienso que vas a estar toda tu vida con él, que vas a tener la dicha de probarle a todo momento tu amor, de consolarle en sus dolores, de guiarle, porque a un ciego es necesario conducirlo por la mano...

María se puso tan pálida como Rosita, y comenzó a temblar.

—¿Te espanta tu propia felicidad?...

—¡Veremos si yo tiemblo al pronunciar mis votos! Días hace que te he convidado para que los presenciaras: ¿Qué, nada te ha dicho *él* acerca de esto?

—Me espanta el pensar, dijo María, que para disfrutar la felicidad de que hace poco me hablabas, hubiera sido preciso que yo te hubiera privado de ella.

—Eso es lo que has hecho.

—¡Nunca!

—¿Pues no te has casado hoy?

—Sí, precisamente ahí viene mi marido; y señaló con la mano hacia el lado en que llegaba un joven elegantemente vestido, en quien no se notaba otra insignia de sacerdote, que el llevar cuello; pero como traía del brazo al maquinista, Rosita quedó en una completa incertidumbre, y por ella en una actitud indefinible. María, a la sazón que llegaba el padre don Luis y su amigo, tomó la mano de éste y lo acercó a donde estaba Rosita, diciéndole con resolución:

—¡Fernando! tú me has dado un esposo a quien amaré más que a mi vida; ahí tienes a la virgen de tus primeros amores que merece toda tu ternura.

—¡Rosita!

—¡Fernando!

Un tierno abrazo que se dieron la novicia y el ciego fue el principio de su reconciliación.

En ese mismo día la superiora del convento de San Jerónimo, a tiempo que esperaba a la novicia ya formada la comunidad en el coro bajo, recibió una esquela en que se le avisaba que Rosita había sufrido



un ataque inesperado, y que el médico era de opinión que en mucho tiempo no volviese a la clausura. Un bienhechor desconocido acompañaba a esta esquila una libranza de cinco mil pesos, para que sirviese de dote a la primera niña que *sin profesar* quisiese vivir en el convento, indicando que esta limosna era en remuneración de los cuidados que en aquella casa había recibido la señorita Dávila.